

A close-up, high-angle shot of a woman's face. She has dark hair and is looking directly at the camera with a serious expression. A sword is held in her right hand, with the blade pointing towards the bottom left of the frame. The lighting is dramatic, highlighting her features.

HQN™

SOBRE LOS PUENTES DE PARÍS



SOBRE LOS
PUENTES DE PARÍS

África Ruh

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2018 África Vázquez Beltrán
© 2018 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Sobre los puentes de París, n.º 189 - abril 2018
Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imágenes de cubierta utilizadas con permiso de Fotolia.

I.S.B.N.: 978-84-9188-190-2

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Índice
Dedicatoria
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

Capítulo 28
Epílogo

Para mi papá, Rafa, porque Francia es tan nuestra que es imposible no quererla. Para mi mamá, Ana, porque no escribiría novelas de amor si no fuese por ti. Para mi fabulosa hermana, Ane, por haber sido la primera en casi todo. Esta historia también es vuestra.

Para Nacho, con amor. Por recordarme que los buenos siempre ganan.

Prólogo

Mala noche para batirse

París, 1635

Había algo en el ambiente. Susurros, medias palabras, conversaciones que se detenían bruscamente. Expectación. El hombre tuerto llevaba demasiado tiempo patrullando las calles de París como para no reconocer la calma que precede a la tempestad; quizá por eso sus botas de mosquetero le condujeron hacia el Jardín de las Tullerías, pasada ya la hostería Pot d'Or, en busca de la pequeña arboleda en la que los duelistas se citaban a espaldas de las autoridades.

Tal y como sospechaba, ya había una veintena de personas apiñadas alrededor de dos candiles. Los que estaban más atrás estiraban el cuello para no perderse la diversión; el hombre tuerto se abrió paso a codazos hasta llegar a la primera fila.

—Mala noche para batirse en duelo —dijo en voz alta.

Una muchacha que estaba a su lado se giró para mirarle. La luna creciente iluminó su cara, redonda y morena, y se reflejó en sus grandes ojos oscuros.

—No han querido esperar a la luna nueva, señor —respondió con garbo.

Después se recolocó el mantón. Iba vestida con harapos, pero había cierta elegancia en sus movimientos. Aquello llamó la atención del hombre tuerto.

—¿Cómo os llamáis? —le preguntó.

—Fifi Lachance, señor —dijo ella—. Y debéis saber que este duelo es por mí.

Lo decía casi con orgullo. El hombre tuerto dejó de observarla para fijarse en los duelistas: uno de ellos era un joven delgado y bello, sin barba y con la mirada vivaz; el otro, un gentilhombre de cuarenta o cuarenta y cinco años, tocado con boina, cuyo tahalí estaba ostentosamente decorado.

—Un gascón, ¿eh? —musitó el hombre tuerto—. ¿Y quién es el chico?

Fifi Lachance mostró sus dientes de conejo en una sonrisa. Después contestó:

—Léonide de La Rochelle, señor. Habréis escuchado ese nombre antes.

El hombre tuerto gruñó algo ininteligible mientras Léonide se erguía y levantaba el candil con la mano izquierda para dejarlo suspendido detrás de su cabeza. Su diestra aún reposaba en la empuñadura de la espada.

Su rival, el gascón, también estaba listo. Él no sonreía como Léonide; más bien parecía irritado. Y es que era obvio quién de los dos gozaba del favor del público.

—¿Me estáis diciendo que esos hombres van a batirse en duelo por vuestro amor? —inquirió el hombre tuerto.

Era imposible saber si su tono era escéptico o divertido, pero Fifi rio:

—No por mi amor, señor, sino por mi honor. —Contempló al hombre tuerto con un brillo pícaro en la mirada—. Puede que sea pobre como una rata, pero os aseguro que no abriré las piernas para un hombre que no me pida matrimonio... siempre y cuando la suerte esté de parte de Léonide.

En ese instante, los dos contendientes mostraron sus espadas. Y el duelo comenzó.

El hombre tuerto fue siguiendo los movimientos de ambos con interés. Un ligamento lateral, otro semicircular; tal y como esperaba, el gascón hizo un batimiento enseguida; Léonide presionaba, sobre todo, buscando el agotamiento del contrario...

Ras, ras, ras. El metal chocaba. Los candiles oscilaban en el aire. La gente empezaba a murmurar.

El muchacho hizo una finta. Parecía que iba a atacar el pecho del gentilhombre... pero, en vez de eso, retrocedió y dejó que él se desequilibrara.

Entonces hizo algo extraño: soltó el puño de la espada, agarró la hoja y golpeó a su rival en la cara con el arma del revés.

Se oyeron risas entre la multitud, pero fue un gesto temerario: mientras Léonide volvía a empuñar su espada, el gascón tuvo tiempo de atacarle dos veces.

No dio en el blanco, pero no fue por la habilidad de su contrincante, sino porque estaba demasiado enfadado como para calcular bien sus movimientos. Cuando se detuvo para coger aire, Léonide aprovechó para contraatacar... y

lo consiguió.

El jubón del gentilhomme se abrió a la altura del hombro. Una rosa de sangre le manchó la pechera mientras los aplausos invadían el Jardín de las Tullerías.

—¡Bravo, Léonide! —aclamó Fifi Lachance.

Rabioso, el gascón arrojó su espada al suelo. Y Léonide habló con voz clara:

—Y ahora, puesto que os he vencido, dejaréis en paz a la joven Fifi Lachance para siempre.

El hombre tuerto reprimió un bostezo. Conocía bien las bravatas de los jóvenes; no es que no las aprobara, pero le aburrían.

No obstante, tenía que admitir que estaba en el lugar indicado. Lo de Léonide había sido una auténtica exhibición... en el mejor y en el peor de los sentidos.

—Léonide de La Rochelle —musitó—. El defensor de las doncellas en apuros.

Fifi Lachance apretó los labios, pero no hizo ningún comentario. El hombre tuerto esperó a que la muchacha abrazara a su héroe y después le hizo una seña a este.

Léonide volvió a levantar el candil para alumbrar la cara del hombre tuerto. Fifi le susurró algo al oído, pero la ignoró; sus ojos claros, que se habían tornado rojos a la luz del fuego, estaban clavados en aquel tipo con botas de mosquetero.

—¿Señor?

Su tono era cordial, pero no servil.

El hombre tuerto le miró de arriba abajo. Llevaba ropa oscura y de baja calidad, con algunos rotos en el jubón y en las calzas. Su tahalí también era de cuero negro, sin adornos.

—¿Sois Léonide de La Rochelle? —ladró.

—Lo soy, señor —respondió el chico—. ¿Y vos? ¿Sois un mosquetero, acaso?

El hombre tuerto levantó la comisura del labio. Era lo más parecido a una sonrisa que se podía obtener de él.

—Lo fui —fue todo lo que dijo.

Léonide levantó la barbilla.

—¿Y qué queréis de mí?

—Conozco vuestro secreto... *señor* —pronunció esa última palabra con tono burlón.

Léonide abrió los ojos de par en par. Luego los entornó.

—¿Secreto?

—A mí no podéis engañarme —dijo el hombre tuerto—. Dicen que sois el mejor duelista de París, pero no es verdad.

Su interlocutor abrió la boca, seguramente para protestar, pero el hombre se lo impidió:

—No sois el mejor duelista de París: sois la mejor. —Un bufido escapó de su nariz—. Y ya va siendo hora de que tengáis un maestro.

Y, sin decir nada más, echó a andar hacia el Sena. Ni siquiera miró hacia atrás; estaba seguro de que Léonide le seguiría.

Y tenía razón.

Capítulo 1

La mejor duelista de París

Léonide de La Rochelle se jugaba la vida a dos cartas: su innegable atractivo y su habilidad con la espada.

Por extraño que parezca, su cara le había sacado de más aprietos que su acero. Y no porque fuese redonda y perfecta, como la de las Vírgenes de Châlons; era más bien afilada, poderosa, de piel clara y con los pómulos muy marcados. Era la cara de alguien que parecía un hombre bajo el sol y una mujer a la luz del fuego. O tal vez fuese al revés. En cualquier caso, lo importante de aquella cara no eran los rasgos, poco armoniosos, ni los ojos, de un marrón completamente vulgar; era la sonrisa. Una sonrisa torcida y blanca que, cuando iluminaba su rostro, hacía que las pordioseras como Fifi Lachance y las grandes damas como *mademoiselle* Archambault sintiesen el impulso irracional de proteger a su dueña.

Pero la espada también era una buena aliada. Léonide había aprendido a manejarla por su cuenta, usando una de las armas defectuosas que había templado su padre, Absolon de La Rochelle, en la pequeña herrería que poseía en dicha ciudad. Tenía un estilo particular y una aplastante seguridad en sí misma, algo que, según *mademoiselle* Archambault, «iba a matarla cualquier día».

No obstante, Léonide no se había convertido en duelista hasta que el destino la puso rumbo a París. Mientras vivía con sus bondadosos padres en La Rochelle, las armas no eran más que un escandaloso entretenimiento para ella; París y sus peligros lo habían cambiado todo.

Pero ese era un episodio de su vida que prefería no recordar.

Por lo pronto, seguía con vida. Y no había nada que le gustara más que tentar a la suerte. La noche parisina era suya: iba de la hostería Pot d'Or a la Bourbon en busca de gascones presuntuosos y otros hombres a los que

hubiese que mantener a raya, y luego se dejaba invitar a vino y recibía las chucherías de sus admiradoras. Seguida fielmente por Fifi Lachance, reina de los bribones, sentía que la ciudad nocturna le pertenecía por derecho.

No quería un maestro. De hecho, pensaba que ningún hombre de armas podía enseñarle más de lo que sabía ya. Pero su curiosidad natural le hizo seguir al hombre tuerto hasta la Île de la Cité.

Para entonces, los primeros rayos de sol alumbraban las torres de Notre Dame y las gárgolas de piedra parecían guiñar los ojos en señal de protesta. El hombre tuerto se metió por un tortuoso callejón y se detuvo frente a una puerta semioculta en la penumbra.

—Es aquí —indicó secamente.

La puerta estaba marcada con tres flores de lis. Léonide la cruzó con pasos cautelosos.

—Podéis quitar la mano de la espada —dijo su guía sin mirarla—. No debéis tener miedo.

—Yo nunca tengo miedo, señor —replicó Léonide.

El hombre entrecerró su único ojo.

—Entonces, sois más idiota de lo que creía.

La muchacha apretó los labios.

Su anfitrión encendió un candil. El interior de la casa era como cualquier otro: había muebles sucios, cacharros amontonados de cualquier manera y una chimenea cargada de hollín. Solo dos cosas revelaban que el tuerto no era un hombre normal: el arsenal de espadas, mosquetes y cuchillos que había colgado de la pared... y, de nuevo, las tres flores de lis que aparecían talladas en las panoplias de madera.

—¿Cuál es vuestro nombre, señor? —preguntó Léonide mientras devoraba con los ojos uno de los mosquetes.

—Dufort. Benoit Dufort.

La joven se giró hacia él.

—Jamás había oído hablar de vos.

Lo dijo con tono suspicaz, pero el supuesto señor Dufort ni se inmutó. A la luz del candil, su cara parecía de cuero cuarteado.

Léonide observó que le brillaba el ojo sano, de color gris piedra. El otro estaba cubierto por un parche oscuro.

—¿Qué queréis de mí? —le preguntó.

Dufort resopló.

—Ya os lo he dicho: necesitáis un maestro.

—Con el debido respeto, señor, yo sé mejor que vos lo que necesito.

—¿De veras? —El hombre tuerto empezó a pasearse por la habitación—. En ese caso, no querréis escuchar mi propuesta...

Léonide ladeó la cabeza.

—¿Tenéis una propuesta para mí?

Dufort volvió a torcer la boca hacia arriba.

—Oh, este vejstorio no quiere robaros vuestro precioso tiempo. Podéis marcharos, puesto que sabéis tan bien lo que os conviene.

Léonide decidió tragarse el orgullo.

—Ya que he venido hasta aquí, quiero escucharos.

—Bien. Antes de nada, debo aconsejaros que seáis discreta. Sé que la pequeña Lachance tiene la oreja pegada a mi puerta ahora mismo, pero la madera es a prueba de fisgones. Y es mejor así: esto solo os incumbe a vos.

—La muchacha quiso decir algo, pero su interlocutor se lo impidió—. Hablando de Fifi Lachance, también querré tener unas palabras con ella. Luego.

Léonide se había quedado perpleja, y el asombro no era un sentimiento habitual en ella. Por eso, cuando Dufort empujó un taburete en su dirección, tomó asiento sin protestar.

—Voy a ir al grano —dijo el hombre—. ¿Habéis oído hablar de *le Renard Noir*?

—¿Esa alimaña? —resopló Léonide—. Por supuesto que he oído hablar de él. ¡Quiera Dios que no se crucen nuestros caminos ni nuestras espadas, pues uno de los dos no saldría vivo de ese encuentro!

Dufort carraspeó:

—En ese caso, sabréis que el domingo pasado asesinó a otro mosquetero cerca del Palacio del Louvre...

—¡Vaya si lo sé! —exclamó la muchacha—. Ese canalla nunca se bate en duelo: ataca por la espalda como un cobarde. ¡Ay, si yo le pillara...!

Le Renard Noir era algo más que un matón buscando pelea: era un hombre perverso que acorralaba en los callejones y dejaba un rastro de sangre allá por donde pasaba. Se rumoreaba que el mismísimo Luis XIII estaba preocupado por sus correrías, y que el eterno rival de Su Majestad, el cardenal Richelieu, las esgrimía como argumento para poner en entredicho su buen gobierno.

Pero lo que realmente indignaba a Léonide era que ese villano no diese la

cara. Y es que, como siempre iba encapuchado y rodeado de secuaces, nadie conocía su verdadera identidad.

—Celebro vuestros sanguinarios deseos —dijo entonces Dufort—. Precisamente, mi intención es detener a *le Renard Noir*.

—Los mosqueteros del rey ya van tras él —señaló Léonide—, pero aún no han podido echarle el guante. Y eso que está matando a sus hombres...

—¿Y eso no os hace sospechar?

—¿Sospechar? —La chica parpadeó—. ¿Qué queréis decir?

—Tengo entendido que *le Renard Noir* está bajo la protección de alguien influyente, por eso nadie sabe quién es en realidad. Y por eso está fuera del alcance de los mosqueteros.

—No lo entiendo.

—No pretendo que lo entendáis —atajó Dufort—. Pretendo que atrapéis a ese rufián.

Léonide se quedó con la boca abierta. Una cosa era fanfarronear frente a un vaso de vino afirmando que podía atrapar al criminal más peligroso de París y otra, comprometerse a hacerlo. Estaba pagada de sí misma, pero no era estúpida.

—¿Por qué yo? —preguntó para ganar tiempo.

El hombre tuerto apoyó los nudillos en la mesa.

—Porque sois la mejor duelista de París. —Su tono era socarrón, pero saltaba a la vista que hablaba en serio—. Os he analizado esta noche, mientras luchabais contra ese gascón presuntuoso. Os pavoneáis en exceso, pero sé reconocer el talento. Aunque sois demasiado confiada: un buen duelista sabe esperar a la luna nueva. Pero con un buen maestro —añadió—, podríais ser realmente hábil. Y poner vuestra espada al servicio de una causa noble.

Léonide cruzó los brazos sobre el pecho.

—Para mí, señor, el honor de mis amigos ya es una causa noble.

—Mientras *le Renard Noir* ande suelto, vuestros amigos estarán en peligro, igual que muchos otros. —El hombre tuerto dio una palmada en la mesa—. Pero si no tenéis lo que hay que tener para enfrentaros a él...

—¡No intentéis provocarme! —saltó Léonide—. Vos mismo habéis comprobado que no soy ninguna cobarde.

—¿Por eso os disfrazáis de hombre?

La joven apretó los puños.

—¿Qué tiene que ver la cobardía con la ropa que uso? Como comprenderéis, no puedo batirme en duelo llevando un corpiño y faldas. Y no tengo la culpa de que Léonide sea un nombre tanto de mujer como de varón.

Dufort soltó una carcajada que parecía un ladrido.

—Vaya, tenéis espíritu —suspiró—. Y, por desgracia, la arrogancia de un príncipe. Pero eso podemos arreglarlo.

Volvió a suspirar. Ahora Léonide le escuchaba con mal disimulado interés.

—¿Y bien? —El hombre tuerto se irguió—. ¿Queréis recibir clases de un maestro de esgrima a cambio de seguirle la pista a *le Renard Noir*?

La muchacha no contestó enseguida. Una idea había empezado a coger forma en su mente.

—¿Para quién trabajáis? —quiso saber.

Dufort chasqueó la lengua.

—Veo que usáis la cabeza de vez en cuando.

Pero no satisfizo su curiosidad.

Léonide intuyó que era inútil insistir. Dufort ya había puesto las cartas sobre la mesa: ahora ella debía decidir si seguía jugando o no.

Su mirada fue del único ojo del hombre a la panoplia grabada con las flores de lis.

Después volvió a centrarse en el ojo.

—Acepto —dijo simplemente.

Si Dufort se sintió complacido, lo disimuló. Sin quitarse el guante, tendió su mano derecha a Léonide; ella la estrechó con firmeza.

—Decidme, señor —dijo entonces—, ¿quién será mi maestro de esgrima? Tenía un presentimiento.

—Yo.

Sí, eso era exactamente lo que Léonide esperaba.

—Volved aquí mañana —ordenó Dufort—. Al alba.

—Sí.

—«Sí, maestro».

—Sí, maestro.

—No soy un hombre paciente.

—Ya se le nota, maestro.

—Bien. —El hombre tuerto extendió una mano hacia la puerta—. Haced pasar a la señorita Lachance. Y no hagáis preguntas —advirtió al ver que Léonide abría la boca.

La muchacha se encogió de hombros y giró sobre sus talones. Pero, antes de salir, miró a su nuevo maestro una última vez.

—¿Cómo perdisteis ese ojo? —curioseó.

Dufort no respondió enseguida.

—En una pelea de borrachos —dijo finalmente.

Léonide asintió y fue en busca de Fifi. Tal y como Dufort había predicho, la pequeña estaba intentando espiarlos... sin éxito.

—¿Qué te ha dicho? —le preguntó nada más verla.

—Luego te lo cuento. Ahora quiere verte a ti.

—¿A mí? —La chica dio un respingo, pero se sobrepuso enseguida—. Vale.

Correteó hacia el interior de la casa. Léonide cerró la puerta tras ella y volvió a fijarse en las tres flores de lis.

Mientras se alejaba, su corazón latía con fuerza. Tenía la certeza de que una nueva aventura acababa de empezar.

Lo que aún no sabía era que iba a jugarse la vida en ella.

Capítulo 2

La princesa de los mendigos

La hostería Pot d'Or era un edificio de dos plantas, estrecho y torcido, que olía a una mezcla de guiso barato, queso curado y sudor. Pero era lo más parecido a un hogar que tenía Léonide, y no le disgustaba del todo.

Había empezado a vivir allí hacía un año, nada más llegar a París. Cuando se despidió de sus padres en La Rochelle, creía firmemente que iba a instalarse en la margen derecha del Sena, junto a la zona industrial, en compañía de un honrado esposo; por suerte o por desgracia, las cosas no fueron exactamente como esperaba. Ahora tenía alquilada una de las habitaciones más modestas de la hostería, que pagaba con lo que ganaba en los duelos y los regalos ocasionales de *mademoiselle* Archambault, y lo más parecido a una esposa que había conocido era Fifi Lachance.

Las dos cenaban juntas allí a menudo, pero aquella noche era especial.

—¿Potaje? —les preguntó Émeline, la dueña.

Léonide señaló a Fifi con la cabeza. Su amiga observó con interés a Émeline mientras le llenaba el cuenco; después lo cogió con las dos manos y empezó a devorar el potaje. Siempre decía que la comida le sabía mejor cuando era gratis.

Léonide se quedó mirándola con una leve sonrisa. Ella no tenía hambre, pero bebía vino a sorbos.

—¿Qué tal tu primera clase con el señor Dufort? —le preguntó Fifi con la boca llena.

La joven duelista apoyó los codos en la mesa y se llevó las manos a la nuca.

—No sabría decirte...

Había vuelto a casa de Dufort por la mañana. Primero él le había pedido que se pusiese en guardia; después le había entregado una espada, un florete

y un sable y le había hecho atacarle de diferentes maneras; finalmente, le había sacado media docena de fallos y le había pedido (o más bien exigido) que estuviesen corregidos al día siguiente.

Estaba agotada.

—¿Y eso? —Fifi tragó con ganas—. No parecía un inútil.

—No lo es —admitió Léonide—, pero es de la vieja escuela.

—Quieres decir que es un hombre.

—Sí, bueno. —La muchacha se masajeó el cuello—. Le gustan mucho las reglas y todo eso. Supongo que es porque a él le enseñaron a hacer las cosas de una forma determinada...

—Mientras que a ti nadie te enseñó —apuntó Fifi—. Aprendiste sola, ¿verdad?

—En la herrería de mi padre —recordó Léonide, aunque Fifi conocía de sobra esa historia—. Y pensar que eso me ha salvado la vida...

—A mí también me gustaría saber luchar.

Léonide arrugó las cejas.

—Me he ofrecido a enseñarte cien veces, Fifi...

—Me gustaría, pero sé que no es para mí. —La muchacha agitó sus manos morenas—. No soy como tú, Léonide. Yo admito mis defectos.

—Yo los admitiré el día que los tenga.

Fifi rio y miró a Léonide con coquetería. Sus dedos delgados se deslizaron por la mesa para rozarle el antebrazo.

—¿Qué haría yo sin mi príncipe encantador?

—No te iría tan mal. —Léonide bebió un poco de vino—. ¿Sigues sin querer contarme lo que te ha pedido a ti Dufort?

—No es que no quiera, es que no puedo.

—¿Yo te he hablado de mi primera clase con él!

—Tú no le prometiste guardar el secreto.

—¿Qué secreto?

—Léonide. —Fifi apoyó los codos en la mesa—. Solo quiere que le cuente cosas. No es para tanto.

—Pero...

—¿No te preguntas por qué te quiere a ti, precisamente? —terció ella—. Como si no hubiese otros duelistas hábiles en París...

Léonide torció el gesto.

—¿Gascones jactanciosos!

—Hombres, Léonide.

—¿Acaso yo no soy un hombre?

—Tal vez. —La muchacha pestañeó—. Si me dejases ver bien lo que escondes entre las piernas...

El calor empezó a subir por las mejillas de Léonide, pero la joven se obligó a contenerse. Entre Fifi y ella había atracción física, sí... pero también había mucho más que eso. Cariño, por ejemplo, y confianza.

Léonide siempre decepcionaba a sus amantes, y no porque careciese de habilidad; simplemente, nunca se comprometía a nada que no fuesen unas cuantas noches de diversión. Por eso no quería que Fifi se hiciese ilusiones.

Pero tampoco era de piedra.

—No me tientes —advirtió.

—Da igual lo mucho que te tienta, nunca caes en mis redes —dijo Fifi con resignación—. En cualquier caso, ya respondo yo a la pregunta, si quieres.

—¿A qué pregunta?

Fifi hizo un gesto de impaciencia.

—El señor Dufort sabe que eres la mejor duelista de París —observó—. Y, si conociese tu historia, se quedaría impresionado.

Por alguna razón, el tono con el que dijo aquello hizo sospechar a Léonide.

—No se la habrás contado tú, ¿verdad?

La expresión de Fifi fue de lo más elocuente.

—¡Jesucristo! —siseó Léonide—. No es algo que me guste airear, ¿sabes?

—No veo por qué. —Fifi se cruzó de brazos—. Viniste a París para casarte con un herrero y acabaste vengando su muerte antes de la boda. Es una historia muy romántica.

Léonide la miró con frialdad.

—No creo que la muerte sea romántica, Fifi.

—Puede ser horrible y romántica al mismo tiempo —dijo ella con ligereza—. Además, tú ni siquiera estabas enamorada de ese hombre.

—Pero no quería que unos bandidos le asesinaran para robarle la bolsa.

—Lo sé, lo sé. —Fifi suspiró—. Pero entiende que te admire por ello. La primera vez que te vi batirte en duelo, querida, aún llevabas el pelo largo y lucías un bonito vestido. Parecías Santa Catalina de Alejandría blandiendo su espada...

Léonide le restó importancia con un ademán.

—No fue para tanto.

—Claro que lo fue. —Su amiga se inclinó sobre la mesa—. Después nos hicimos amigas y, cuando supiste que aquel cordelero me acosaba, le retaste a un duelo. Pero, como sabías que no aceptaría enfrentarse a una mujer, te cortaste el pelo y te pusiste ropas de hombre. ¡Y te convertiste en el amor de mi vida!

—No digas tonterías —masculló Léonide—. Tú no estás enamorada de mí. Y haces bien: traigo mala suerte a los esposos y soy incapaz de ir más allá con los amantes. Me canso demasiado pronto de ellos.

—Eso es porque aún no has dado con la persona indicada.

Fifi Lachance adoptó un aire misterioso.

—Hablando de amantes... ¿cuándo piensas introducir tu espada en el vientre de *le Renard Noir*?

—¡Baja la voz! —chistó Léonide. Después miró a todos lados para asegurarse de que no había nadie escuchando la conversación—. No hables de él aquí, no es seguro.

Fifi levantó las manos y se puso en pie.

—Me voy, entonces. Me esperan en la iglesia.

La chica dormía en Saint-Germain l'Auxerrois junto a otro medio centenar de personas sin hogar. Habían formado una pequeña familia, mejor avenida que muchas, y siempre se reencontraban al anochecer.

—¿No te ibas ya? —preguntó Léonide al ver que Fifi remoloneaba.

—Confiaba en que me invitaras a subir a tus aposentos por una vez —suspiró ella con aire teatral—. Pero veo que hoy tampoco es mi día de suerte.

—Adiós, Fifi —sonrió Léonide a su pesar.

—Gracias por la cena, querida.

La muchacha se le colgó del cuello y le dio un rápido beso en los labios. Después salió corriendo de la hostería.

Léonide, por su parte, arrastró las botas hacia las escaleras. Se sentía exhausta y culpaba de ello al señor Dufort; pero, al mismo tiempo, anhelaba secretamente retomar las lecciones de esgrima al día siguiente.

Y es que, aunque el orgullo le impidiese reconocerlo en voz alta, tenía la sensación de que le esperaba algo grande.

Capítulo 3

Una extraña petición

El cielo encapotado se reflejaba en las aguas sucias del Sena, pero Léonide no podía permitirse el lujo de mirar hacia abajo. Sus pies danzaban sobre el pretil del Pont Neuf, peligrosamente cerca del borde, mientras su mano derecha trataba de detener los ataques de su maestro.

—¡Abusas de las marchas! —le estaba gritando Dufort—. ¡Haz algún fondo!

El hombre manejaba la espada con destreza. Los movimientos de Léonide eran intuitivos; aunque acertados, poco tenían que hacer frente a la firme precisión de su maestro.

—¡No tengo espacio para hacer un fondo en el pretil! —protestó la joven.

—¿Es que tienes miedo de acabar en el río?

Al ver que Dufort reía, Léonide maldijo entre dientes e hizo una finta. Pero su maestro no era tan fácil de engañar: cuando la vio venir, contraatacó.

Momentos después, el taco de madera que cubría la punta de su espada se hundió en el costado de la muchacha.

—Baja de ahí —le ordenó—. Ya está bien por hoy.

Léonide saltó al puente y se limpió el sudor de la frente. Después quitó el taco de madera de su propia espada y la guardó en el tahalí. Dufort mantuvo la suya desenvainada, como siempre que practicaban esgrima al aire libre. Llevaba cuatro semanas instruyendo a Léonide, y hacía dos que se dedicaba a llevarla por toda la ciudad. Ya se habían batido en las Tullerías, en la zona universitaria y bajo las torres de la Bastilla; Dufort insistía en que *le Renard Noir* podía presentarse en cualquier momento y lugar, por lo que Léonide debía estar preparada.

—No soy tan idiota como para enfrentarme a él desde el pretil del Pont Neuf —refunfuñó.

El ojo de su maestro reflejó un escepticismo insultante.

—¿No lo soy! —insistió ella.

—Aun así, es mejor que sepas cómo hacerlo. —Dufort se crujió el cuello—. De todos modos, hoy no te he traído hasta aquí solo para practicar.

—¿No?

—Hay algo más.

Para entonces, la joven conocía lo suficiente a su maestro como para saber cuándo estaba barruntando algo. Intrigada, lo siguió por el puente. Al otro lado estaba la Place Dauphine, donde tenían su residencia alguna de las gentes más distinguidas de París; por razones evidentes, Léonide no solía pisar esa zona de la ciudad demasiado a menudo.

—Aquí vive uno de los notables de la ciudad —explicó Dufort mientras los dos contemplaban la hilera de casas con soportales—. Leroy, se llama. Un hombre rico e influyente. Podría haber llegado a ser el preboste de la ciudad.

Léonide se pasó una mano por el pelo. Lo tenía apelmazado por culpa del sudor.

—¿Debería importarme la vida de ese tal Leroy, maestro?

—Más de lo que te imaginas. —Dufort la miró de reojo—. Me ha escrito una carta... en la que te menciona.

—¿A mí?

—Tu fama te precede.

—¿A qué os referís, maestro?

El hombre inspiró profundamente.

—El señor Leroy tiene un hijo, Valérian. Es un poco más joven que tú y, al parecer, su padre no está muy contento con él. —Dufort resopló entre dientes—. Por lo visto, no es lo bastante duro. Y su padre cree que «el famoso Léonide de La Rochelle» podrá enseñarle a ser un hombre.

Léonide dejó de admirar la coqueta plaza y soltó una carcajada.

—¿Pues a buen sitio ha ido a parar!

—Es mejor que piense que eres un varón.

—¿Por qué?

—Porque tengo planes para ti, Léonide.

La muchacha alzó la barbilla.

—Dejadme adivinar: ¿tengo que ser la maestra de esgrima de un niño mimado? Suena de lo más emocionante.

—Maestros de esgrima hay pocos y tú no eres una de ellos —fue la

respuesta cortante de Dufort—. Pero tendrás que enseñar al joven Leroy, en efecto. Su padre es un hombre poderoso: por mucho que disfrace su carta de petición, es una orden velada. Y espera que la cumplamos.

Léonide entornó los ojos.

—Pero ¿por qué yo?

—Lo ignoro. Pero la gente adinerada no hace las cosas porque sí. —El ojo gris de Dufort pareció volverse negro de repente—. Leroy tiene una reputación intachable y su hijo no parece una amenaza, pero la experiencia me dice que hasta el más débil de los hombres puede ser peligroso.

Léonide sacudió la cabeza. La perspectiva no era demasiado alentadora.

Entonces se le ocurrió algo:

—¿Esto lo sabe Fifi?

—¿La señora de los granujas? —pareció sorprenderse su maestro—. ¿Por qué tendría que saberlo?

—Ah, no lo sé. Como ahora es vuestra amiga...

Léonide estaba un poco celosa. Fifi Lachance era su más fiel admiradora; no le gustaba tener que compartirla con un exmosquetero malhumorado.

—No es mi amiga, sino mi socia —corrigió Dufort—. Puedes contárselo, pero pídele que siga tratándote como si fueses su enamorado.

—A sus órdenes, maestro —dijo Léonide con aspereza—. Como siempre, haré lo que me decís sin que vos me expliquéis el porqué.

Dufort le puso la mano en el hombro.

—Tienes la lengua demasiado larga, Léonide —respondió simplemente—, y te gusta el buen vino. Algún día te contaré mis secretos... pero ese día no es hoy.

—¿Ni siquiera vais a decirme para quién trabajáis?

—No.

—¿Ni cómo perdisteis el ojo?

—Ya te lo dije: fue en un duelo a muerte.

—Me dijisteis que fue en una pelea de borrachos —se impacientó Léonide.

—¿Eso te dije? —Dufort miró hacia otro lado—. Vaya, qué cosas tengo.

La chica exhaló un suspiro y contempló la Place Dauphine con aire abatido. Hacía tan solo unas semanas, le hubiese encantado la idea de averiguar qué había tras esas hermosas fachadas decoradas con relieves de piedra; ahora, en cambio, le parecían terriblemente aburridas.

—Si le doy clases a ese Valérian... ¿ya no recibiré vuestras lecciones de

esgrima?

—Tendremos que suspenderlas temporalmente, me temo.

—No es justo.

—La vida no lo es. —Dufort siguió el recorrido de su mirada—. La casa de Leroy es la que tiene una cabeza de grifo en la aldaba y los muros cubiertos de hiedra. Mañana te esperan allí a las cuatro en punto.

Ella no respondió. Dufort sacudió la cabeza y volvió a girarse para contemplarla.

—¿Tanto vas a echar de menos mis clases?

Sin saberlo, dio en el clavo. Y es que Léonide se había acostumbrado a aquellos largos y extenuantes encuentros. Pero no quiso admitirlo.

—Las retomaremos —insistió su maestro—. En cuanto nos sea posible. Yo también preferiría seguir como hasta ahora, pero... no tenemos elección, ¿comprendes?

—Comprendo —admitió Léonide a regañadientes—. En fin, enseñaré a ese blandengue a ser un hombre de verdad. No parece muy complicado.

Dufort la miró de soslayo.

—No des nada por sentado, Léonide. Nunca sabes cómo va a ser un duelo hasta que no muestras tu espada.

La chica se limitó a encogerse de hombros. Y los dos echaron a andar por el Pont Neuf bajo la niebla de París.

Pero, más adelante, Léonide tendría que darle la razón a su maestro.

Capítulo 4

Valérian

Nada más llegar a la Place Dauphine, Léonide adivinó lo que iba a encontrar en la casa de Leroy: amplios ventanales, cortinas de brocado, gruesas alfombras y candelabros de plata. Y una familia poco dada a las muestras de cariño.

Al parecer, la señora Leroy había muerto hacía tiempo. Su viudo no se había vuelto a casar, por lo que Valérian era su único hijo. Acababa de cumplir diecinueve años y apenas salía de casa; por lo que decía su padre en la carta que le había enviado a Dufort, no le interesaban la guerra, la caza ni las mujeres, lo cual era intolerable para un joven de su posición.

Léonide fue recibida por un criado de aspecto anodino y conducida al interior de la casa. El criado le hizo esperar en la salita para «comprobar si el joven señor estaba listo»; la muchacha se quitó el sombrero, la capa y el tahalí y se sentó a esperar.

Frente a la salita había una escalera que conducía al piso superior. La barandilla estaba encerada y desprendía un suave perfume a limón; Léonide no pudo evitar compararla mentalmente con los desangelados escalones de piedra de su hostería. Solía preguntarse cómo sería vivir en una casa amplia y confortable, con camas mullidas y asientos tapizados. Hasta entonces, ella solo había estado en la de *mademoiselle* Archambault, y siempre en calidad de invitada. Por un lado, el lujo le provocaba cierta fascinación; por otro, le hacía sentirse fuera de lugar.

Aún estaba pensando en ello cuando oyó pasos y se levantó. Alguien estaba bajando por las escaleras; Léonide se colocó estratégicamente para poder husmear sin ser vista y aguardó.

Le sorprendió ver aparecer a un joven alto y esbelto. Tenía los ojos verdes, la cara cuadrada y una barbilla que reflejaba determinación. Llevaba una capa

con forro de terciopelo y un sombrero de ala ancha adornado con una pluma de ganso. No era exactamente apuesto, pero la seguridad con la que se movía le otorgaba cierto encanto.

¿Ese era Valérian?

—¿Señor De La Rochelle?

La voz del criado sobresaltó a Léonide: el hombre había entrado por una puerta distinta. Avergonzada por haber sido descubierta espiando, la chica gruñó una disculpa, pero el criado no hizo ningún comentario al respecto. Solo dijo:

—El joven señor os recibirá en el salón principal. Hemos retirado los muebles para que podáis moveros con libertad.

Su tono era quejumbroso, como si retirar los muebles de una habitación fuese una tarea sumamente dolorosa o humillante. Léonide estuvo a punto de preguntarle por el joven de ojos verdes, pero cambió de idea enseguida: tenía la certeza de que el criado no satisfaría su curiosidad sin obtener nada a cambio, y ella no llevaba ni un mísero escudo en la bolsa. Así que se limitó a seguirle por las escaleras.

La ventana del salón estaba abierta de par en par. La brisa entraba a raudales por ella, agitando las cortinas y creando remolinos de aire. Léonide, que ya se había quitado las prendas de abrigo, sintió que el frío se le colaba bajo el jubón.

Había una figura de espaldas a la puerta. Su silueta oscura se recortaba contra la luz blanca del exterior; si les oyó entrar, no lo demostró.

El criado se dirigió hacia ella pesadamente:

—¿Queréis que cierre las ventanas, señor?

No hubo respuesta.

Léonide esperó unos segundos antes de carraspear.

—¿Señor Leroy? —probó suerte.

Por fin, Valérian (¿era él?) se movió. No se dio la vuelta, pero giró la cara lo suficiente como para que Léonide pudiese apreciar su elegante perfil. Tenía porte, sin duda, aunque estaba muy delgado. Su piel pálida contrastaba con su oscura melena, cuidadosamente peinada hacia atrás, y con sus ojos, carentes de brillo. La ropa que llevaba, aunque discreta, parecía de un excelente corte.

No dijo nada, pero estiró una de sus blancas manos para cerrar la ventana con un golpe seco. Léonide contempló sus dedos largos con aire crítico: no

parecían haber tocado una espada en su vida.

—¿Necesitáis algo más, señor? —dijo el criado con aire ofendido.

Con un suspiro, Valérian terminó de darse la vuelta y, ahora sí, se dignó a mirar a Léonide. Ella esperaba ver desprecio en sus ojos opacos, pero solo encontró aburrimiento. Y eso le pareció todavía más insultante.

Tras una breve vacilación, el joven se acercó. Sus pasos eran largos y ligeros; más que caminar, parecía flotar por el salón vacío.

—Señor De La Rochelle —dijo con una inclinación de cabeza.

Léonide le devolvió la reverencia de mala gana.

Los ojos de Valérian se detuvieron en el criado durante una fracción de segundo.

—Puedes retirarte, Poulin —añadió con un gesto florido.

Poulin, el mustio criado, anadeó hasta la puerta y la cerró tras de sí sin hacer ruido.

Cuando Léonide y Valérian se quedaron solos, el chico relajó la tensión de sus hombros. Y algo remotamente parecido a una sonrisa curvó sus labios, aunque sus ojos continuaban apagados.

—Señor De La Rochelle —repitió con suavidad—. ¿Habéis venido a convertirme en un héroe? Celebro vuestro optimismo y espero que sea contagioso.

Léonide frunció el ceño.

—¿Estáis siendo irónico? —le preguntó.

La expresión de Valérian no cambió un ápice.

—¿Es que no me encontráis heroico?

Léonide miró al chico de arriba abajo, desde el pelo largo hasta las botas de tacón, y luego frunció el ceño.

—No —fue crudamente sincera.

—Bien. Eso me complace. —Valérian alzó la barbilla—. Mi padre considera que un joven de mi posición debería poder agujerear a otro sin problemas. Sin embargo, yo opino que la valía de un gentilhombre no depende de su capacidad para comportarse como un animal de bellota.

A Léonide le costaba un poco interpretar ese lenguaje refinado, pero intuyó que el joven Leroy no le estaba diciendo nada agradable y se puso a la defensiva:

—Con el debido respeto, señor, la esgrima es un arte.

—Sé lo que es el arte —replicó Valérian sin inmutarse—. Y no tiene nada

que ver con derramar la sangre de un semejante.

Léonide tendría que haberse callado. Tendría que haberlo hecho, pero no pudo:

—Me asombra que habléis con tanta seguridad de aquello que ignoráis — dijo acaloradamente.

Durante un instante, los ojos de Valérian parecieron atravesar los suyos. Pero el joven no perdió aquella leve sonrisa de suficiencia.

—A mí me asombra que habléis con tanta vehemencia de algo tan burdo —contestó—. Está bien, señor De La Rochelle: enseñadme.

—¿Tenéis una espada? —siseó Léonide.

—Una espada, un florete y un sable.

—La espada es lo más sencillo. ¿Sabéis empuñarla?

—¿Eso requiere aprendizaje alguno?

Léonide reprimió un suspiro.

—Sí, lo requiere —dijo entre dientes—. Coged vuestra espada y empezaremos por el principio.

Contra todo pronóstico, Valérian se mostró complaciente y fue a por el arma, que estaba envainada en un precioso tahalí marrón con zafiros incrustados. El tahalí debía de valer una fortuna, pero no era nada comparado con la espada: nada más verla, Léonide sintió deseos de empuñarla.

—¿Puedo...? —preguntó intentando disimular su impaciencia.

Valérian asintió.

—Faltaría más.

Léonide colocó su diestra enguantada alrededor del puño y sopesó el arma. La hoja estaba perfectamente equilibrada.

—Es una espada excelente —alabó mientras se la devolvía a su dueño.

Pero, como este no apreció el cumplido, se apresuró a añadir:

—Poneos en guardia.

Valérian flexionó las rodillas y repartió el peso de su cuerpo entre las dos piernas. La joven analizó su postura con aire crítico.

—La espalda tiene que estar más recta —indicó—. Y la barbilla, ladeada. Así. —Empujó el mentón del muchacho con los dedos índice y corazón—. Por lo demás, no está mal.

No, no estaba mal. Por un momento, había temido que aquel joven de aspecto altivo no supiese colocar un pie delante del otro.

Entonces se fijó en su muñeca. La piel de esa zona era tan fina que se le

transparentaban las venas azules. Como a algunas doncellas.

Recordó lo que le había contado Dufort. Que el padre de Valérian no consideraba que su hijo fuese «lo bastante hombre». Eso le había hecho pensar que toparía con un joven debilucho y timorato... pero Valérian Leroy no era ninguna de las dos cosas, desde luego.

Léonide sintió nacer en su interior un fuego al que ya estaba acostumbrada. El mismo fuego que le había conducido a batirse en duelo por el honor de la pequeña Fifi Lachance, no una, sino varias veces; el mismo que le obligaba a poner en su sitio a los gascones deslenguados y a los canallas con las manos demasiado largas. El que le había hecho acceder a la petición de Benoit Dufort de seguirle la pista al criminal más peligroso de París.

Era el fuego que ardía en ella cada vez que se enfrentaba a un nuevo desafío. Y es que Léonide de La Rochelle adoraba los retos.

En ese instante, se hizo una promesa. Se prometió que convertiría al quisquilloso Valérian Leroy en un buen espadachín. Por mucho esfuerzo que le costara.

No se imaginaba a lo que iba a tener que enfrentarse. Todavía no.

Capítulo 5

Esgrima para principiantes

Léonide no quería perder los nervios, pero le estaba costando.

—Sexta posición —dijo entre dientes.

Valérian le dirigió una mirada de hastío. Después dobló el codo derecho hacia el interior de su cuerpo.

—Esa es la cuarta posición —suspiró Léonide—. No es tan difícil, señor: solo tenéis que formar una «z» en el aire. ¿Lo veis? —Ejecutó el movimiento—. Cuarta, sexta, séptima y octava. Fijaos en la punta de la espada, no en el brazo...

El joven dejó caer el arma con un mohín.

—No entiendo la necesidad de tantos preámbulos para matar a un hombre.

Léonide se armó de paciencia:

—Llevo días diciéndoos lo mismo, señor: la esgrima no consiste solo en matar.

—¿Y los duelos? —preguntó Valérian con tono mordaz—. ¿Son una forma de hacer amigos?

—Existen los duelos a primera sangre —explicó la muchacha—. El primero que hiere gana.

—Ahora entiendo por qué seguís con vida.

—Sigo con vida porque soy el mejor. —Léonide alzó la barbilla—. Y vos no os estáis esforzando.

—¿Acaso debería? —Valérian se giró hacia la ventana—. Haga lo que haga, mi padre nunca me aprobará.

Parecía estar mirando a través del cristal, pero Léonide tenía la sensación de que no veía lo que había al otro lado. Ni la Place Dauphine, ni el Pont Neuf, ni las lejanas torres de Notre Dame. Nada.

De repente, sintió pena por aquel joven quisquilloso. Porque su voz

encerraba una dolorosa resignación.

Dio un paso hacia él y, vacilante, le tocó el hombro.

—¿Por qué no os dais una oportunidad, señor?

El joven tensó los músculos.

—No soy como vos. Yo no creo en los milagros.

—¿Qué os hace pensar que yo sí? —se sorprendió Léonide.

Por fin, Valérian apartó los ojos de la ventana. Los tenía de un marrón tan claro que parecía ocre cuando le daba la luz. Léonide se había acostumbrado a contemplarlos mientras practicaban esgrima; en ellos veía orgullo, sí, y un profundo desprecio por las cosas que le decía... pero también algo más. Algo que aún no sabía interpretar.

—El trato que me dais es exquisito —murmuró el chico finalmente. Y sus carnosos labios se curvaron hacia arriba con una pizca de burla—. ¿No agoto vuestra paciencia?

—Nunca habéis sido grosero conmigo, señor Leroy —replicó Léonide sin entender muy bien a dónde quería ir a parar.

—Tengo modales, pero mi compañía rara vez resulta agradable. —Lo admitió sin tapujos—. Vos, sin embargo...

Léonide aguardó, pero Valérian no llegó a terminar la frase; en vez de eso, se puso a jugar con los puños de su camisa. Estaban ricamente bordados.

—¿Qué os gusta hacer? —le preguntó ella impulsivamente.

Lentamente, el chico alzó la vista. Y la interrogó con la barbilla para que se explicara.

Léonide sintió calor en las mejillas, pero lo hizo:

—Sospecho que vuestra compañía resulta más agradable cuando hacéis algo que os gusta y no algo que os han impuesto. ¿A qué os dedicáis cuando no estáis conmigo?

Por primera vez desde que se conocían, Valérian le dirigió una mirada un poco menos fría de lo normal.

—Os dije que conocía bien el arte —admitió—. Y los libros... también son de mi agrado. Y la danza, por supuesto.

Léonide asintió y, sin darse cuenta, esbozó una pequeña sonrisa. Una sonrisa que se desvaneció al comprender por qué el señor Leroy opinaba que su hijo no era un hombre de verdad.

Valérian era esbelto y de gustos refinados, y su arma más afilada no era la espada, sino la lengua. Incluso tenía un toque que muchos hubiesen

considerado afeminado. Léonide había cruzado su acero con muchos jóvenes de alta cuna, pero ninguno de ellos se acercaba a Valérian. Al lado de su pupilo, todos le parecían brutos y zafios.

¿Acaso el señor Leroy consideraba que un hombre solo lo era si sabía batirse en duelo? En ese caso, Léonide sería el hombre y Valérian, la mujer.

Qué absurdo. Como si todo hombre, por el hecho de serlo, tuviese que ser bravo y diestro con la espada. Como si toda mujer tuviese que ser pacífica y frágil.

Antes de que pudiese responder, la puerta se abrió.

Era el dichoso Poulin. La joven le dirigió una mirada de pocos amigos.

—¿Qué pasa?

—Mi señor quiere veros.

Con «mi señor» se refería al padre de Valérian, naturalmente. Léonide aún no le había conocido, lo cual no dejaba de resultar extraño; al fin y al cabo, había sido Leroy quien había exigido que fuese la instructora de su hijo.

No, la instructora no: el instructor. No debía olvidarlo.

—Estábamos a punto de terminar... —empezó a decir, pero el criado insistió:

—Mi señor quiere veros *inmediatamente*.

Léonide comprendió que tenía que despedirse de Valérian.

—Hasta mañana.

—Adiós.

El chico se giró hacia la ventana como si aquel breve momento de complicidad jamás hubiera existido. Y, ligeramente decepcionada, Léonide siguió al criado escaleras abajo.

Capítulo 6

Doble amenaza

El despacho del señor Leroy daba a un jardín interior protegido por un muro de las miradas indiscretas. Los muebles habían sido encerados con el mismo producto que las escaleras, por lo que el aroma del limón se mezclaba con el de la tinta fresca. Léonide inspiró profundamente y se dijo que ser rico tenía algunas ventajas, como los buenos olores.

El señor Leroy estaba sentado en una butaca ricamente tapizada. No levantó la mirada de sus papeles; sin soltar la pluma que sostenía con los dedos índice y pulgar, hizo una floritura en el aire con la que despachó a Poulin. Después chasqueó la lengua con impaciencia.

—«Atentamente» —estaba murmurando para sí mismo—, «señor Leroy».

Estampó su firma al final de lo que parecía una carta. Léonide no sabía leer ni escribir con fluidez, pero le llamó la atención que el destinatario fuese un tal «R», sin nombre ni apellidos.

El señor Leroy enrolló la carta y la selló con lacre. Solo entonces se tomó la molestia de mirar a Léonide.

—Señor —dijo ella.

El hombre no se levantó, pero Léonide tampoco lo esperaba. Leroy era un notable; no tenía por qué impresionar a un duelista recién sacado del arroyo. Por mucho que le fuese de utilidad.

—¿Cuántos días lleváis enseñando a ese hijo mío? —preguntó en primer lugar.

—Diez, señor.

—¿Y bien? ¿Ya sabe por dónde se coge la espada?

La muchacha le observó con detenimiento. Solo se parecía a Valérian en el pelo, oscuro y denso, y en los huesos marcados; por lo demás, los dos eran muy distintos. El señor Leroy tenía la piel aceitunada, los ojos verdes y un

cuidado mostacho con las puntas curvadas hacia arriba. Léonide pudo ver en su nariz las venillas rojas que delataban el gusto por los vinos caros. En cuanto a su ropa, era de colores vivos y parecía de una extraordinaria calidad.

—El joven señor está progresando —mintió Léonide.

—A mí no me engañáis —gruñó Leroy—. Apuesto a que ya os ha enredado con su palabrería para que no le hagáis esforzarse. Un holgazán, eso es lo que es...

Su tono no gustó a la muchacha.

—No me ha enredado de ninguna manera, señor —se defendió—. Tal vez no sea muy diestro con el brazo, pero sus pies son ligeros. Solo necesita tiempo.

—¿Le habéis llevado a alguna taberna?

La pregunta le pilló desprevenida. De hecho, tardó un instante en reaccionar:

—¿Qué?

—Os he preguntado si le habéis llevado a alguna condenada taberna, De La Rochelle —le espetó Leroy—. Quiero que sepa cómo son las mujeres más allá de los... cuadros. —Pronunció esa última palabra con desdén—. Haced el favor de emborracharle algún día. Y si hay alguna fulana con él, mejor para todos.

Léonide decidió que no le gustaba el señor Leroy: se parecía demasiado a los imbéciles a los que retaba en la arboleda. Afortunadamente, él mismo le ahorró la molestia de abrir la boca:

—Sois mi última esperanza, De La Rochelle. No me falléis.

No dijo aquello con el menor atisbo de ilusión o amenaza. Más bien parecía escéptico.

—No, señor —tuvo que decir Léonide.

—No solo quiero que le enseñéis a usar un arma. También quiero que le enseñéis a ser duro.

—Sí, señor.

—Si no lo hacéis vos, lo haré yo mismo.

Léonide no sabía a dónde quería ir a parar. Sea como fuere, no pudo formular ninguna pregunta; instantes después, Leroy la despidió:

—Tengo mucho trabajo.

Y Léonide no tuvo más remedio que ponerse el sombrero y la capa y abandonar la casa de la Place Dauphine.

Curiosamente, ya había alguien esperándola en los soportales.

Nada más verla, Fifi echó a correr hacia ella con sus piececillos descalzos. Tenía la cara sucia y los ojos muy abiertos; al llegar a su altura, se puso de puntillas, le rodeó el cuello con el brazo y la besó con cierta brusquedad.

—Hola, Fifi. —Léonide estaba acostumbrada a esos arrebatos, pero tuvo un mal presentimiento—. ¿Va todo bien?

La expresión de su amiga le hizo intuir la respuesta:

—No —dijo Fifi—. Ven conmigo.

Sin darle tiempo a reaccionar, la muchacha la soltó y cruzó a toda prisa el Pont Neuf.

Léonide fue siguiéndola por los intrincados callejones que conducían a la iglesia de Saint-Germain l'Auxerrois. El aire olía a ceniza y la joven oyó el tañido de las campanas mientras se alejaban. Pasaron junto al Jardín de las Tullerías y, por fin, se detuvieron frente a la hostería Pot d'Or.

Cuando la joven duelista vio lo que había sucedido, se quedó sin aliento.

La puerta estaba cerrada, pero alguien había hecho una pintada en la madera.

—¿Eso es...? —jadeó Léonide.

Fifi la miró con aire sombrío.

—Una huella de zorro.

—¿Y qué significa?

En el fondo, ya lo sospechaba. Pero su amiga se lo confirmó:

—Significa que *le Renard Noir* sabe que vas tras él —suspiró—, y ahora juega con ventaja.

Léonide apretó las mandíbulas. Y, casi sin darse cuenta, se llevó la mano a la empuñadura de la espada.

—¿A dónde vas? —le preguntó Fifi al ver que echaba a andar de nuevo.

Pero ella ni siquiera se giró.

—A ver a Dufort.

Y, decidida, dirigió sus pasos hacia la Île de la Cité.

Capítulo 7

Una cara sin secretos

Al día siguiente, Léonide llegó a la Place Dauphine de un humor de perros. La conversación con Dufort le había hecho enfadar. Para empezar, su maestro no parecía muy preocupado por la amenaza de *le Renard Noir*; cuando Léonide le explicó lo sucedido, todo lo que dijo fue:

—Razón de más para darle caza lo antes posible.

—¿Y qué queréis que haga? —bufó Léonide—. ¡Vos ibais a enseñarme esgrima, pero solo me habéis dado un puñado de clases y después me habéis enviado a hacer de nodriza! —Dio un puñetazo en la mesa—. ¡Me habéis metido en todo este lío y ni siquiera me habéis explicado por qué!

—Tú aceptaste ser mi discípula —replicó Dufort sin inmutarse—. Dije que te ayudaría a mejorar y a luchar por causas nobles; nunca prometí contarte mi vida.

Léonide empezó a pasearse por la habitación.

—Pues yo no creo que haya mejorado. Solo me habéis enseñado a hacer acrobacias y a olvidar mis trucos.

Dufort consideraba que darle la vuelta a la espada para atacar con el puño era «una bufonada». Aquello había ofendido a Léonide, que se jactaba de haber inventado una nueva técnica para despistar al contrario.

—Tú misma —respondió Dufort—. Si prefieres volver a las andadas, adelante. Seguirás siendo la mejor duelista de París... hasta que llegue un día en el que la suerte no esté de tu parte y acabes flotando en el Sena.

Léonide rechinó los dientes.

—¿Esa es la confianza que tenéis puesta en mí?

—No. —Dufort pareció atravesarla con su ojo—. Si no confiara en ti, no querría que fueses mi pupila. Pero soy demasiado viejo para dedicarme a la doma de potros. —El hombre estiró el brazo con desgana—. Ya sabes dónde

está la puerta.

—No he dicho que quiera renunciar —ladró Léonide.

Su maestro se puso en pie.

—Entonces, no me hagas perder el tiempo. ¿Quieres que siga enseñándote lo que sé? Ocúpate del hijo de Leroy y podremos retomar nuestras lecciones.

—Esa es otra —resopló Léonide—. El chico no tiene ningún interés en aprender esgrima. Considera que los duelos son propios de bárbaros sedientos de sangre —dijo eso último con cierta rabia.

Dufort ladeó el rostro.

—Y eso te molesta —adivinó.

—¿Cómo no va a molestarme?

—Diría que no eres alguien que se tome muy a pecho las opiniones de los demás.

Léonide se quedó mirándole con suspicacia.

—¿Estáis insinuando que...?

—¿Qué piensas del señor Leroy? —la interrumpió Dufort—. Del padre, no del hijo.

La joven se encogió de hombros.

—Vos le conocéis mejor que yo, de eso no me cabe la menor duda. —Seguía habiendo un deje amargo en sus palabras—. Si os escribió, por algo sería...

—Por algo sería —concedió su maestro.

Léonide se inclinó hacia él.

—Por un momento, llegué a pensar que querriais que fuese vuestra espía o algo así.

El hombre rio entre dientes.

—Oh, ya tengo a otras personas consiguiéndome la información que necesito —reveló—. De ti no espero astucia, sino habilidad con la espada.

Sin saberlo, Dufort acababa de meter el dedo en la llaga. Y es que Léonide sabía de sobra que la inteligencia no era uno de sus dones; en eso, Fifi la superaba con creces.

Y Valérian, por supuesto.

Ese pensamiento le hizo sentirse irritada. Ella tenía encanto y una espada; eso era todo. Y, de pronto, no le parecía suficiente.

No alargó la conversación con Dufort. Volvió a la hostería de un humor pésimo y solo cenó un pedazo de pan negro con mantequilla. A la mañana

siguiente, acudió a su cita con Valérian Leroy sin apenas haber dormido y con la mente burbujeando como un puchero. Lo último que le apetecía era ponerse a repasar las nociones de la esgrima con el estirado de su aprendiz.

Sin embargo, esa lección no iba a ser como las demás.

Valérian la esperaba junto al ventanal. Al verle, Léonide se aclaró la garganta y dijo:

—Dado que os fascinan las vistas de París, me sorprende que no salgáis más a menudo.

El chico se giró para mirarla. Ese día llevaba un jubón de cuero rojizo y el pelo recogido con una cinta a juego.

—Prefiero observar sin ser observado.

—Eso no es justo para los que son observados, ¿no creéis?

El joven Leroy estiró la comisura del labio.

—Vos y yo entendemos la justicia de diferente manera, me temo.

—Vos y yo lo entendemos todo de diferente manera, me temo.

Léonide cerró la puerta a sus espaldas y caminó hacia él dando zancadas. Aún estaba enfadada con Dufort; pero, por encima de todo, estaba enfadada consigo misma. Por dejarse mangonear por él y por la familia Leroy. Por soportar los ácidos comentarios de un muchacho que no mostraba el menor interés por aprender lo poco que ella podía enseñarle.

Y entonces comprendió, no sin asombro, que una parte de su frustración estaba relacionada con Valérian Leroy. Con el culto y refinado Valérian Leroy, que siempre estaba listo para dirigirle miradas burlonas o palabras mordaces. Que despreciaba abiertamente todo aquello que significaba algo para ella.

Esos sentimientos debieron de reflejarse en su rostro, porque Valérian entornó ligeramente los ojos.

—¿Va todo bien, señor De La Rochelle? —preguntó con suavidad.

Léonide tendría que haberle dicho que sí, que todo iba bien, y haber comenzado la lección de ese día. Tendría que haberle puesto buena cara, como correspondía a alguien de su condición, y haber soportado estoicamente las siguientes dos horas.

Pero no lo hizo. En vez de eso, se quitó los guantes y los arrojó al suelo.

—¿Cómo queréis que vaya bien? —le espetó a Valérian—. No vais a aprender jamás. Y no porque no seáis válido, pues lo sois, sino porque consideraréis que todo esto es brutal y estúpido y está muy por debajo de vos.

Y con «todo esto» se refería también a sí misma. Y eso era lo más humillante de todo.

Léonide no estaba acostumbrada a sentirse dolida. Era una sensación extraña, desagradable y de la que quería huir. Pero no podía.

Valérian no dijo nada. Durante varios segundos, un pesado silencio reinó en la habitación.

Entonces Léonide se agachó para recoger sus guantes.

—Olvidadlo —dijo en voz baja—. No debería haberos hablado así. Es solo que...

—Lo siento.

Aquellas dos palabras le sorprendieron tanto que se quedó muda. La voz grave de Valérian aún vibraba en sus oídos cuando se incorporó con los guantes apretados en la mano derecha.

El joven se acercó a ella con cautela. Él también parecía desorientado de repente.

—Lo siento —repitió, aunque sabía que Léonide le había escuchado perfectamente la primera vez—. No... No es fácil para mí ser la deshonra de esta familia. —Tragó saliva. Cada sílaba que pronunciaba parecía costarle un gran esfuerzo—. Pero vos no tenéis la culpa, vos... os portáis bien conmigo.

Se mordió el labio y desvió la mirada. Léonide dedujo que ya se estaba arrepintiendo de haber hablado de más.

Y, una vez más, tendría que haberse callado. Tendría que haberlo hecho, pero las palabras salieron de su boca sin que nada pudiera impedirlo:

—Para lo que os importa lo que yo haga...

Entonces le tocó a ella arrepentirse. No de su atrevimiento, sino de ese momento de debilidad. ¿Por qué le importaba la opinión del dichoso Valérian Leroy? ¿Por qué se sentía herida cada vez que la miraba por encima del hombro?

El joven entreabrió los labios y dejó escapar un suspiro entre ellos. Después se quitó la cinta del pelo y dejó que este cayese a ambos lados de su rostro. Lo llevaba más largo que la propia Léonide, y más limpio. Todo en él parecía limpio y correcto.

Léonide le giró la cara y se cruzó de brazos. Le temblaban las manos, pero no iba a permitir que Valérian se diese cuenta. Eso sí que no.

Él seguía mirándola. Podía notarlo.

Por fin, volvió a hablar:

—No quiero que os equivoquéis, Léonide de La Rochelle —musitó—. Os dije que no era un hombre agradable, pero eso no quiere decir que no me gustéis. Me gustáis más que la mayor parte de la gente... aunque eso tampoco es mucho decir —añadió con un amago de sonrisa.

En otras circunstancias, Léonide hubiese valorado la mano que le tendía. Pero una parte de ella, cobarde y mezquina, decidió castigar a Valérian ignorándola:

—Coged vuestro florete, por favor —dijo con toda la frialdad que fue capaz de aparentar—. Ya hemos perdido suficiente tiempo.

Pero Valérian no se movió. Continuaba observándola de esa forma que le ponía tan nerviosa.

—No me creéis —suspiró. No era una pregunta—. En ese caso, tendré que probar que digo la verdad. Haced el favor de acompañarme.

No esperó respuesta, tan solo abandonó el salón y empezó a subir las escaleras.

Léonide se quedó mirando su espalda. Luego, tras un momento de vacilación, fue tras él.

El taconeo del chico la guio hasta el desván. Valérian hizo girar la llave en la cerradura mientras Léonide se preguntaba qué diría Poulin si los veía juntos fuera del salón. Afortunadamente, el joven abrió la puerta enseguida y le franqueó el paso.

Léonide esperaba encontrar una habitación oscura y llena de trastos inservibles. Por eso se quedó paralizada al ver lo que había dentro.

—Dios mío...

La luz cenital de una claraboya alumbraba la estancia. Casi no había muebles, solo unos bultos rectangulares tapados con tela de saco. El suelo estaba cubierto de polvo, pero había un surco de huellas que conducía hasta una mesa de pinturas... y un caballete con un cuadro.

Léonide soltó de golpe el aire que había acumulado en los pulmones. Después contempló a Valérian, que permanecía en silencio.

—¿Puedo...? —tanteó.

Él inclinó la cabeza.

—Faltaría más.

La joven avanzó hasta situarse frente al cuadro. Era un retrato de medio cuerpo, el retrato de una hermosa muchacha de pelo dorado, ojos marrones y expresión despierta. Tenía la mirada encendida, pero el gesto de su boca

revelaba cierta dulzura. No llevaba un vestido, sino... un jubón negro. Y una camisa del mismo color.

Sus manos estaban desnudas. Y en la derecha blandía una espada.

Era ella, Léonide. Era un retrato suyo.

Era el retrato de una mujer.

Ahora se sentía confundida. Confundida y un poco asustada.

—Soy yo —murmuró.

Miró a Valérian de nuevo. La boca del muchacho permanecía relajada, pero había pequeñas arrugas alrededor de sus ojos. Arrugas que delataban una sonrisa contenida.

Una sonrisa en la que, curiosamente, no había el menor asomo de burla. Solo cierta satisfacción.

—Sí —admitió—. Sois vos.

—¿Me habéis pintado? —Léonide sacudió la cabeza—. Yo... —Volvió a mirar el retrato y se le encogió el estómago—. Sois muy bueno.

El joven echó a andar y se detuvo al llegar junto a ella. Tenía las manos en la espalda y la cabeza un poco ladeada.

—Al menos, soy mejor con el pincel que con la espada. —Contempló su propia obra con aire crítico—. Todo empezó cuando estuve con Georges de la Tour. Me gustó lo que hacía y... en fin, me propuse seguir su ejemplo. Pero mi estilo es un poco más... atrevido.

Su voz se extinguió, pero no el brillo de sus ojos. Léonide no podía dejar de contemplarlos: ya no le parecían tan grises como al principio. Tenían vida.

Entonces la chica se armó de valor y formuló la pregunta que le quemaba los labios:

—¿Desde cuándo sabéis...? —Se llevó la mano a la nuca—. ¿Desde cuándo lo sabéis?

Valérian se giró para observarla.

—Si os referís a vuestro sexo, siempre lo he sabido. Vuestra cara no sabe guardar un secreto. —Volvió a hacer aquel amago de sonrisa—. Pero no diré nada. No me importa lo que seáis, me importa vuestra compañía.

—No veo por qué. —De pronto, Léonide se sentía torpe y vulgar—. Esto es...

—Esto —la interrumpió Valérian— sois vos. Tal y como yo os veo, y os aseguro que podéis considerarlo un cumplido.

Léonide sintió que le ardía la cara. Léonide de La Rochelle, la mejor

duelista de París, se estaba ruborizando por el cumplido de un niño mimado al que su propio padre consideraba una molestia.

No le había dado tiempo a elegir una respuesta cuando una voz potente los sobresaltó:

—¿Valérian?

La muchacha se giró de golpe. Y sus ojos se encontraron con una cara vagamente conocida.

Era aquel otro joven, el que había visto el primer día que pisó la casa de los Leroy. Ese día iba sin sombrero ni capa, pero sus ojos verdes eran fácilmente reconocibles.

Apenas echó un vistazo a Léonide antes de dirigirse a Valérian:

—¿Qué haces aquí?

El muchacho no contestó enseguida. Su rostro había perdido el color; ahora volvía a ser una máscara de cortés frialdad.

—Podría preguntarte lo mismo... hermano.

Léonide reprimió una exclamación de asombro. ¿Ese joven era... el hermano de Valérian?

—He oído voces en el desván y he venido a ver qué sucedía —explicó este sin inmutarse—. ¿Y tú? ¿Acostumbras a recibir al señor De La Rochelle aquí arriba?

Léonide se mordió el interior de la mejilla. No sabía nada del hermano de Valérian; él, en cambio, parecía estar al corriente de su presencia en la casa. ¿Qué pensaría de que anduviera husmeando por ahí?

—Quería mostrarle mis pinturas —dijo Valérian con lentitud.

Su hermano dio un paso al frente y miró el cuadro con aire reprobador. Léonide observó que era algo más bajo que Valérian, pero, a diferencia de este, poseía un cuerpo fornido y unas manos grandes y llenas de cicatrices.

Su experiencia le dijo que se hallaba frente a un buen espadachín; su instinto, que no debía bajar la guardia frente a él.

—¿Sigues perdiendo el tiempo con esto? —dijo el joven con tono impaciente—. Por el amor de Dios, Valérian...

—No es una pérdida de tiempo.

Léonide escuchó el sonido de su propia voz antes de ser consciente de que estaba hablando. Y comprendió que tendría que haberse mordido la lengua.

—No os he pedido vuestra opinión, señor De La Rochelle —atajó el recién llegado sin mirarla.

Léonide se dispuso a gruñir una disculpa, pero Valérian se le adelantó:

—Debo decirte, Dieudonné, que yo sí le he pedido su opinión. Por eso estamos aquí, para que pueda opinar —añadió con intención.

—¿Solo para eso?

La joven estuvo a punto de volver a sonrojarse al escuchar esas palabras. No de vergüenza, sino de rabia. Porque entendía lo que Dieudonné estaba insinuándoles.

—Si quisiéramos revolcarnos en un pajar, hermano, estaríamos en un pajar, no en un desván —dijo Valérian con tono cortante. Después se giró hacia Léonide—. Señor De La Rochelle, debo pedirlos que os retiréis. Me temo que esta conversación no va a ser agradable y prefiero ahorrárosela.

Léonide no solo no quería ahorrarse esa conversación, sino que le hubiese partido el morro a Dieudonné con gusto. No obstante, el tono de su discípulo no admitía réplica... y no quiso llevarle la contraria en presencia de su hermano.

—Hasta mañana, señor Leroy —dijo mientras le hacía una reverencia inusualmente formal—. Señor —se despidió fríamente de Dieudonné.

Bajó las escaleras con el corazón golpeándole las costillas. No estaba muy segura de lo que había sucedido allá arriba, pero no le había gustado.

O sí. La parte del retrato le había gustado, y mucho. Pero el encuentro con Dieudonné...

Solo mientras cruzaba la Place Dauphine se dio cuenta de lo extraño de la situación. Si Valérian tenía un hermano, ¿por qué nadie le había dicho nada?, ¿por qué no solía verle por la casa?, ¿conocería Dufort su existencia?

Eran demasiadas preguntas, y no tenía respuesta para ninguna de ellas. En cualquier caso, se obligó a no distraerse pensando en la familia Leroy: ahora que *le Renard Noir* le había dejado claro que iba tras ella, no podía confiarse.

Por desgracia, pronto iba a tener noticias de ese canalla.

Capítulo 8

La vida es como un duelo de esgrima

La lluvia había empapado el pelo de Léonide, pero ella ni siquiera se había dado cuenta.

—¡Es suficiente por hoy! —le gritó a Valérian.

El chico envainó la espada en silencio. Hacía días que no resoplaba continuamente mientras practicaban; en concreto, desde que le mostró a Léonide su retrato.

No habían vuelto a mencionar el tema, pero las cosas habían cambiado entre ellos desde entonces. Valérian se mostraba más interesado en las lecciones de esgrima (o, al menos, lo fingía); en cuanto a Léonide...

—Habéis estado bien, señor —alabó en voz baja.

Valérian alzó sus negras cejas. Por sus mejillas rodaban gotas de agua.

—He estado lamentable y lo sabéis.

Un trueno hizo retumbar el cielo. Léonide pensó que debían apresurarse antes de terminar calados hasta los huesos... pero no se movió de donde estaba.

Poco a poco, había ido comprendiendo algunas cosas. Como, por ejemplo, por qué Valérian se empeñaba en mostrarse altivo y sarcástico. Por qué renunciaba a aprender aquello que su padre consideraba tan importante.

Léonide sospechaba que se estaba marchitando en la casa de la Place Dauphine y que el desprecio de su familia tenía mucho que ver. Si el chico llevaba diecinueve años escuchando que no era lo bastante bueno, ¿cómo no iba a erigir un muro en torno a él?, ¿cómo no iba a escudarse en las virtudes que sabía que poseía?

¿Acaso la propia Léonide no hacía lo mismo? ¿Acaso no disimulaba su escaso ingenio haciéndose la valiente? ¿Acaso no buscaba insistentemente la admiración de los demás?

No podía reprocharle a Valérian que llevara una máscara cuando ella también se ocultaba tras la suya.

Todo eso estaba cambiando su forma de ver las cosas. Pero, por desgracia, seguía estando al servicio del señor Leroy. Había decidido tomar ejemplo de Dufort y sacar a Valérian al aire libre para que el quejumbroso Poulin no anduviera espíandolos durante las lecciones; sin embargo, no podía evitar que el padre de Valérian le diese órdenes.

Y su última orden había sido... extraña.

Léonide no sabía si la idea le disgustaba o no.

—Sois muy ágil —insistió para ganar algo de tiempo.

—¿Os sorprende? —Valérian trató de peinarse la melena mojada sin mucho éxito—. Que no me guste batirme no quiere decir que no sepa usar mi cuerpo. —Miró de reojo a Léonide—. Ya os dije que se me daba bien bailar.

—A mí se me da fatal.

—¿De veras? —El joven la miró de arriba abajo—. Y yo que ya os imaginaba girando en los brazos de algún apuesto galán...

—Valérian Leroy —dijo ella entre dientes—, ojalá ardáis en el Infierno.

El chico soltó una risa tan clara que Léonide no pudo seguir frunciendo el ceño.

—¿Cómo osáis pronunciar mi nombre de pila? —le preguntó él sin perder la sonrisa—. ¿Tendré que responder a vuestro atrevimiento retándoos a un duelo a muerte?

—Os tengo dicho que casi todos los duelos son a primera sangre —suspiró Léonide—. Y no duraríais ni cinco minutos contra mí.

—Ni cinco ni uno —admitió el joven—. Sea como fuere... puedes llamarme Valérian.

Léonide evitó mirarle. Pero Valérian siguió hablando como si tal cosa:

—Como te decía... Léonide —pronunció su nombre conscientemente—, sé bailar. Y trepar como un gato.

—¿Vas a enumerarme tus muchas virtudes? —bufó ella.

Le resultaba extraño tutear a su aprendiz... pero sonreía casi sin darse cuenta.

Dejaron atrás el Pont Neuf y tomaron una sinuosa callejuela. La lluvia había embarrado la calle y a Léonide le pareció muy divertido observar que Valérian intentaba no mancharse las botas.

—Bien pensado, la vida es como un duelo de esgrima —dijo el joven sin

dejar de mirar el suelo—. Nuestras armas son nuestros dones. Y mis dones son la agilidad de mi cuerpo y de mi mente.

Léonide, que pisaba los charcos sin inmutarse, le miró de reojo.

—¿De qué te sirve ser ágil si no puedes enfrentarte a un rival?

Valérian rio:

—Me sirve para escapar de él.

De nuevo, aquella risa se mezcló con el rumor de la lluvia. Léonide desvió la mirada y sacudió la cabeza con incredulidad.

—Tú eres valiente —suspiró el muchacho entonces—. No concibes la posibilidad de que alguien prefiera huir de sus miedos que hacerles frente.

—¿Tanto crees conocerme?

—Es fácil conocerte.

Por algún motivo, aquello molestó a Léonide. ¿Valérian le estaba dando a entender que era una persona simple? De acuerdo, lo era; pero de ahí a decirlo tan claramente...

No le dio tiempo a seguir enfurruñándose: cuando doblaron la esquina, la flamante hostería Bourbon apareció ante ellos.

Valérian levantó una ceja.

—¿Así que vas a emborracharme?

Léonide le miró con aire culpable.

—Tu padre me ha pedido...

—Mi padre te ha pedido que conviertas al soso y mojigato de su hijo legítimo en un borracho con las manos largas, ¿cierto? —preguntó Valérian arrastrando las palabras.

De repente, ya no parecía de tan buen humor. Y eso inquietó a Léonide.

Pero aún le inquietó más el adjetivo que había usado para referirse a sí mismo: «legítimo».

Y decidió arriesgarse a preguntar:

—¿Dieudonné es... el hijo natural de tu padre?

Valérian le dirigió una mirada penetrante.

—El hijo bastardo, sí. —A pesar de su crudeza, la palabra «bastardo» no sonaba como un insulto en sus labios—. Cosa que ni mi padre ni Dieudonné saben llevar con elegancia. Dieudonné es el mayor; si fuese legítimo... — Valérian evitó sus ojos—. Todos estaríamos más contentos.

—¿Tú también?

El chico torció el gesto. Sin mirarla.

—Yo solo quiero que me dejen en paz.

Otra vez aquel deje amargo en su voz.

Léonide quiso decir algo para consolarle, pero no encontró las palabras adecuadas. Y se maldijo por no ser más ingeniosa.

—Vayamos a por ese vino —murmuró Valérian.

Entró en la hostería como quien se encamina hacia el patíbulo. Y Léonide, resignada, dejó que el bullicio los engullese.

Capítulo 9

Nada que perder

Léonide decidió que, puesto que estaban en su terreno, debía tomar la iniciativa. Así que cogió a Valérian del codo, empujó a un grupo de hombres para abrirse camino y fue a hablar con la dueña de la Bourbon, una gigantesca mujer a la que todos llamaban Crevette.

—¡Mi querida Crevette! —exclamó mientras los hombres la miraban con cara de pocos amigos—. Esta noche estás tan radiante como de costumbre...

—¿Crevette? —le preguntó Valérian en voz baja.

—Es por la barba —dijo ella señalando su propia barbilla. Cuando Crevette se aproximó, esbozó una sonrisa resplandeciente—. ¿Tienes algo para nosotros, preciosa?

Crevette no despegó los labios; tan solo señaló una de las mesas del rincón con el dedo pulgar. Tenía la uña larga y dura como la concha de una almeja.

Valérian contempló esa uña con fascinación. Después se inclinó hacia Léonide para hablarle al oído:

—Pero ¿sabe que le llamáis Crevette por la barba?

—Ella piensa que lo hacemos porque es pelirroja —susurró Léonide—. Vendrá a servirnos a la mesa, así que ponte cómodo.

El joven le dirigió una mirada de circunstancias antes de instalarse en el tonel vacío que hacía las veces de asiento. Léonide estuvo a punto de prorrumpir en carcajadas, pero se limitó a observarle con una sonrisilla.

—¿Esto no es lo bastante elegante para vos, señor Leroy? ¿Esperabais ocupar el trono de Luis XIII?

—Ojalá ardáis en el Infierno, Léonide de La Rochelle —respondió él imitándola.

La muchacha se llevó los nudillos a los labios con aire apurado.

—No tendría que haberte hablado así, ¿verdad?

—Estás muy graciosa cuando te enfadas.

—¡Pero serás...!

—¿Lo ves? —Valérian esbozó una sonrisa—. Te dejas provocar fácilmente. Es...

—¿Ridículo? —sugirió ella con aspereza.

—Entrañable —corrigió el chico. Y su sonrisa se volvió más amplia—. Aunque espero que no te lleve a la tumba.

Por un momento, los dos callaron. Aunque la hostería Bourbon no era ningún antro, Léonide pensó que Valérian seguía estando fuera de lugar allí: a pesar del suelo de tablones, los adornos de asta y las lustrosas botellas, el local seguía siendo un lugar para beber, vociferar y coquetear. Ya había un par de mujeres medio desnudas analizándolos con aire crítico desde una esquina, y Léonide temía que Valérian tuviese demasiado interés en ellas.

Pero él ni siquiera las miraba. Sus ojos claros estaban fijos en la propia Léonide.

—¿Buscas algo en mi cara? —le preguntó ella.

—Estaba pensando que quizá la próxima vez debería retratarte como a un hombre.

Que Valérian estuviese pensando en una próxima vez hizo que Léonide sintiera emoción en el pecho. Aunque luchó contra ese sentimiento.

Valérian Leroy no era su amigo. Por mucho que se comportara como tal, pertenecían a mundos distintos... y sus caminos se separarían en cuanto el distinguido señor Leroy comprendiese que Léonide no iba a cambiar a su hijo.

Porque no pensaba cambiarle. Valérian le gustaba tal y como era.

Ahora se daba cuenta.

Ese pensamiento tendría que haberle resultado turbador; afortunadamente, el propio Valérian la distrajo:

—¿Qué eres en realidad, Léonide, un hombre o una mujer? Y no me refiero a lo que hay bajo tus calzones, sino dentro de ti.

Se lo preguntaba con total seriedad. Léonide alzó las cejas.

—Me sorprende que menciones lo que hay bajo mis calzones antes de haber bebido —comentó. En ese instante, Crevette apareció con dos vasos de vino; Léonide se apoderó del suyo rápidamente—. Respondiendo a tu pregunta... no estoy segura. Diría que soy una mujer que se viste como un hombre por razones prácticas, pero la verdad es que no me molesta que me

confundan con un varón. En realidad —añadió tras dudar un instante—, hay veces que me gusta.

Bebió un sorbo de vino. No se había dado cuenta de lo seca que tenía la boca.

Valérian también se llevó el vaso a los labios. Léonide observó cómo temblaba su garganta al apurarlo.

—Entonces, seguiré pensando en ti como en una mujer. Excepto que me digas lo contrario.

—¿Es que piensas en mí alguna vez?

Se le estaba soltando la lengua y no podía echarle la culpa al vino. ¿A qué, entonces? ¿Al ambiente caldeado de la hostería, donde todo el mundo estaba demasiado ocupado con sus cosas como para prestarles atención? ¿A la súbita intimidad que había nacido entre ellos desde que Valérian le enseñó su cuadro?

¿Al hecho de que él hubiese dado a entender que volvería a pintarla?

—Pienso en ti a menudo —fue la cauta respuesta del joven—. Pero te veo a diario, así que no es tan extraño.

Volvió a beber y vació su vaso. ¿Se lo parecía a Léonide o intentaba justificarse con eso último? No lo sabía. Ni siquiera sabía si debía preguntárselo.

Estaba acostumbrada a flirtear. ¿Por qué todo era distinto con Valérian? ¿Por qué apenas se atrevía a abrir la boca? Ella no era así, no lo era.

Si se lo propusiese, pensó con cierta irritación, podría llevárselo a la cama. Se había llevado a la cama a mucha gente. Pero no quería. No quería porque...

Porque no.

Cuando Crevette trajo más vino, Léonide lo agradeció enormemente. Estiró la mano para cogerlo, pero entonces Valérian le puso la suya encima.

El roce de sus dedos era suave como una pluma. Aun así, paralizó a Léonide, que miró al chico con sobresalto.

—¿Qué te gusta hacer a ti?

La pregunta le dejó casi tan perpleja como el gesto. Valérian chasqueó la lengua con impaciencia:

—Tú ya sabes lo que me gusta hacer a mí: pintar, leer, bailar y quejarme de mi familia. —Sus carnosos labios se fruncieron—. ¿Qué te gusta hacer a ti? Más allá de enseñar al inútil de Valérian Leroy a ser un hombre...

—No digas tonterías —farfulló Léonide.

—¿Qué te gusta? —insistió él por tercera vez.

—Beber, dormir y batirme en duelo.

Valérian resopló.

—Habrà algo más...

—Revolcarme en pajaes. —Léonide empezaba a sentirse mareada. ¿Qué diablos llevaba el vino de Crevette?—. Con gente que no me pone nerviosa.

El joven arrugó el entrecejo. Por primera vez, Léonide se dio cuenta de que sus movimientos se habían vuelto más lentos y pesados.

—Con gente que... no te pone nerviosa —repitió—. ¿Yo te pongo nerviosa?

Léonide apretó los puños.

—Tú nunca te revolcarías conmigo en un pajar.

¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué le hablaba así? Su tono había sido claramente acusador. Como si Valérian le debiese algo.

Se arrepentía de haber bebido.

Se arrepentía de estar allí.

Se arrepentía de no saber callarse a tiempo.

Pero Valérian parecía igual de confundido que ella. Había apoyado los codos en la mesa y tenía el pelo ligeramente humedecido por culpa del sudor.

—No en un pajar —admitió al cabo de un momento—. Tal vez en... una cama.

Léonide se atragantó.

—¿Qué?

Los ojos de Valérian se abrieron un poco. Después el chico le giró la cara.

—Te repugna la idea, ¿no? —murmuró—. Como no soy ni la mitad de hombre que tú...

—Valérian... —Léonide se sentía perdida.

Por suerte o por desgracia, alguien los interrumpió:

—Buenas noches, caballeros —canturreó una voz femenina. Cuando Léonide se volvió, descubrió que pertenecía a una de las mujeres ligeras de ropa que habían estado observándolos desde un rincón—. ¿Buscáis compañía?

La chica tendría más o menos su edad. Era rubia y oronda, y solo llevaba un pedazo de encaje encima del corsé.

En otro momento, Léonide hubiese dejado que se sentara en sus rodillas.

Pero ahora su presencia le incomodaba.

Valérian le dirigió una mirada interrogante. Por toda respuesta, Léonide se puso en pie.

—No, gracias.

—Pero... —boqueó la joven.

Léonide parpadeó un par de veces y trató de enfocar su cara redonda.

—Sois muy bella —dijo cortésmente—, pero mi amigo y yo ya nos íbamos.

Sin esperar respuesta, agarró a Valérian de la muñeca y tiró de él hacia la puerta con más brusquedad de lo que se consideraba socialmente aceptable. Curiosamente, el chico no protestó; parecía estar poniendo toda su atención en mantenerse erguido.

Y los dos se escabulleron de la hostería Bourbon con la misma elegancia que las ratas que huyen del barco que se hunde. Sin ser conscientes de que alguien los observaba.

Capítulo 10

Emboscada

La calle estaba oscura, vacía y fresca, y Léonide lo agradeció. Necesitaba despejarse.

En cuanto estuvieron solos, Valérian le pasó el brazo alrededor de los hombros y se apoyó en ella con un suspiro.

—Léonide —musitó—, creo que... estamos borrachos.

Ella se giró para mirarle. Estaban tan cerca que podía distinguir algunas pecas en su nariz, y también el olor del vino con miel en su aliento.

—Eso me temo —respondió empleando el mismo tono que él—. Solo Dios sabe cómo voy a llevarte a casa en este estado...

Valérian bizqueó para mirarla. Después se pasó la lengua por los labios.

—Podemos ir por... los tejados.

—¿Cómo...? —empezó a decir Léonide, pero Valérian esbozó una sonrisilla y se apartó de ella.

Metió los dos pies en un charco de un palmo de profundidad. Léonide recordó cómo los había evitado mientras se dirigían hacia la hostería y alzó las cejas, pero Valérian ni siquiera parecía ser consciente del agua que empapaba sus botas. Su mirada estaba fija en el edificio más próximo.

—¿Qué haces? —le preguntó Léonide.

Por toda respuesta, Valérian empezó a escalar la pared.

—¡Valérian! —se alarmó la muchacha—. ¡Baja de ahí ahora mismo!

Él rio, pero siguió trepando. Se deslizaba por la fachada con movimientos sinuosos; durante unos instantes, Léonide solo pudo contemplarle con la boca abierta.

Cuando llegó arriba del todo, su cuerpo osciló peligrosamente. Léonide ahogó un grito, pero el chico movió las piernas para coger impulso y, por fin, se encaramó al tejado de la casa.

—¡Te dije que era como un gato! —le gritó desde arriba. Y rompió a reír sin control.

Léonide no sabía si hacer lo mismo o echarse a llorar. En el peor de los casos, Valérian podía perder el equilibrio y romperse algún hueso; en el mejor, los vecinos de la casa les echarían un cubo de agua por encima para que dejaran de gritar.

—¿Te parece gracioso? —intentó hablar en voz baja, pero no era fácil—. ¡Vuelve conmigo, por lo que más quieras...!

Sin dejar de reír, Valérian se descolgó del tejado. Por un momento, Léonide pensó que iba a perder el equilibrio.

Pero el chico cayó de pie frente a ella. Y, sin darle tiempo a reaccionar, le pasó los brazos alrededor de la cintura y la estrechó contra su pecho.

—Siento haberte asustado.

Léonide no podía verle la cara, pero su voz sonó inesperadamente dulce.

—No me has asustado —mintió ella.

Fue a apartarse del chico, pero él ya no parecía capaz de tenerse en pie sin su ayuda y, resignada, le sostuvo.

Ahora cada paso les costaba una eternidad.

—Iríamos más rápido por los tejados... —iba farfullando Valérian.

—Sí, Valérian, es una gran idea dejarte trepar mientras caminas haciendo esos —replicó ella con impaciencia.

—¿Siempre... te mareas tanto... cuando bebes? —gruñó el chico—. Yo no volveré a hacerlo... en mi vida.

—No sé qué llevaba ese condenado vino —admitió Léonide. Ella estaba más acostumbrada al alcohol, por eso aguantaba el tipo, pero era la primera vez que se sentía tan embotada después de beber dos vasos—. A no ser...

De repente, se le ocurrió algo terrible. Pero no, no creía que...

—¿Léonide? —Valérian debió de notar su turbación, porque se detuvo en seco—. ¿Va... todo... bien?

Estaban en el cruce de dos estrechos callejones. Todo estaba oscuro, pero no lo suficiente como para que Léonide no distinguiese los ojos de Valérian.

Y también notaba el calor húmedo de su cuerpo a través de la camisa.

«Esto no está bien», pensó.

Lo pensó, pero no se apartó de él.

—¿Léonide? —insistió el chico.

—El vino —dijo ella tratando de volver a la realidad—. Alguien ha podido

echarle algo más fuerte...

—¿Veneno? —Había una nota de pánico en la voz de Valérian—. ¿Crees que nos han... envenenado?

—¡No, no! —Léonide envolvió su cara con las manos para tranquilizarle—. No te asustes, no... No pasa nada. Estás a salvo... Conmigo estás a salvo.

El chico ladeó el rostro para buscar su contacto. Después sonrió.

—Lo sé. Contigo... estoy a salvo.

Léonide sabía que tenían que seguir caminando, volver a la Place Dauphine, pensar en el vino que habían bebido y averiguar si... Pero no podía concentrarse. No con Valérian tan cerca.

En ese momento, supo que iba a besarle.

Y supo que lo lamentaría.

Pero apenas había empezado a inclinarse hacia él, con los labios entreabiertos y el corazón desbocado, cuando una voz áspera resonó en sus oídos:

—Señor De La Rochelle.

Se giró bruscamente y apartó a Valérian de ella. Tres siluetas oscuras habían aparecido en el callejón; una de ellas iba encapuchada.

Y llevaba una espada en la mano.

A Léonide se le aceleró el pulso. Sin embargo, su instinto le dictó los siguientes movimientos: empujó a Valérian con la mano izquierda mientras desenvainaba su espada con la derecha.

Luego se puso en guardia y gruñó:

—Corre, Valérian.

El enmascarado rio entre dientes.

Y Léonide supo, sin necesidad de que nadie se lo dijese, que se hallaba frente al hombre más buscado de París.

Le Renard Noir.

Se suponía que había estado siguiéndole la pista... pero lo cierto es que casi no había pensado en él. O no tanto como debería, al menos. Sus lecciones con Dufort y sus encuentros con Valérian habían ocupado su mente.

Y ahora comprendía que se enfrentaba a un enemigo que la conocía bien... mientras que ella apenas sabía nada de él.

—¿Os habéis perdido? —le espetó.

Entonces cayó en la cuenta de que no había oído pisadas alejándose.

—¡Vete, Valérian! —repitió con un tono de voz más agudo de lo normal.

—No... No voy a ir a ninguna parte —murmuró él desde atrás.

Léonide le hubiese golpeado.

—En eso estamos de acuerdo —dijo el encapuchado. Tenía una voz musical, más propia de un aristócrata que de un matón—. Tengo entendido que Léonide de La Rochelle no puede resistir la tentación de defender a las doncellas en apuros. —Los hombres que iban con él rieron—. Veamos si es cierto.

Entonces, para el espanto de Léonide, otros dos hombres aparecieron tras ellos y agarraron a Valérian. Él trató de resistirse; la respuesta fue un golpe en la nuca que le hizo caer de rodillas al suelo.

—Bastardos... —le oyó murmurar Léonide.

Le Renard Noir también debió de oírle, porque hizo ademán de acercarse a él. Pero la joven se interpuso en su camino.

—No os atreveréis.

—No me conocéis —replicó él con tono burlón—. Por desgracia para vos.

Léonide luchó contra su propia furia y le miró de arriba abajo: era un varón, sin duda, más o menos alto y bastante corpulento. Pero su cara estaba oculta bajo la capucha y cada centímetro de su cuerpo parecía cubierto de tela negra. ¿Cuántos hombres fuertes habría en París? ¿Miles, decenas de miles? *Le Renard Noir* tenía que saberse a salvo.

—¿No os da vergüenza esconderos? —dijo para ganar algo de tiempo—. ¿Es que teméis enfrentaros a mí si no jugáis con ventaja?

El hombre volvió a reír. Su risa le erizaba el vello de la nuca y le provocaba una ira difícil de reprimir.

—A diferencia de vos, De La Rochelle, yo no soy un fanfarrón. No necesito que todo París me adule,

Entonces silbó y, momentos después, se oyeron pasos.

Y gritos.

—¡Suéltame! —chilló una voz aguda—. ¡Suéltame, asqueroso...!

Léonide sintió que se le caía el alma a los pies.

No, no podía ser cierto... Aquello tenía que ser una pesadilla...

—¡Mátale! —gritó Fifi—. ¡Mátale, Léonide!

Otro hombre llegó arrastrando a su amiga. Ella se resistía con fiereza, pero sus diminutos puños golpeaban los brazos de su captor como dos palillos hubiesen golpeado un tambor.

—Veamos si los rumores os hacen justicia —dijo *le Renard Noir* con tono mordaz—. ¿A quién de los dos vais a rescatar? Elijáis a quien elijáis, el otro morirá.

Pese al frío, Léonide sudaba copiosamente. ¿Cómo habían podido atrapar a Valérian y Fifi la misma noche? ¿Cómo sabían...?

Entonces lo comprendió: era una trampa. Les habían tendido una trampa.

El vino estaba adulterado. Ahora lo veía claro.

—Y esto no es todo —anunció *le Renard Noir* con el mismo tono socarrón—. Mientras nosotros charlamos, dos de mis hombres se dirigen hacia la casa de vuestro maestro. —Se giró como si pretendiese contemplar el lejano campanario de Notre Dame—. Solo podéis salvar a uno de ellos, De La Rochelle. ¿A quién escogeréis? Se os está acabando el tiempo...

Las rodillas de Léonide temblaban. Intentaba pensar con calma, pero no podía. Tenía la mente nublada por el alcohol y el miedo.

Sí, sentía miedo. Por primera vez, la noche parisina no era suya, sino de un criminal que se proponía asesinar a dos de las tres personas que más le importaban.

—¿Salvaréis a vuestro maestro? —*Le Renard Noir* parecía estar disfrutando con todo aquello—. ¿Al hombre que no os cuenta sus secretos? ¿Vais a arriesgaros por ese viejo cascarrabias?

Léonide tragó saliva y tensó el brazo con el que sostenía la espada, pero no contestó.

—¿Salvaréis a vuestra amiga? —preguntó entonces *le Renard Noir*—. ¿A una pequeña rata que disfruta metiéndose en problemas?

—¡Mátale, Léonide! —volvió a chillar Fifi—. ¡Olvídate de mí y mátale!

La sangre parecía haber abandonado el corazón de la joven duelista. Estaba toda en la garganta, a punto de hacerle vomitar las entrañas.

—¿O salvaréis a vuestro... discípulo? —*Le Renard Noir* pronunció esa palabra con desprecio—. Es un inútil y un cobarde. No serviría ni para alimentar a los gusanos.

—No es un inútil —escupió Léonide. Todo su cuerpo temblaba violentamente—. Ni un cobarde. ¡Vos sois el cobarde!

Entonces comprendió cuál era su única opción.

No echó a correr en dirección a la Île de la Cité.

No fue a arrancar a Fifi de los brazos de aquel matón.

Tampoco recogió a Valérian del suelo.

En vez de eso, elevó una silenciosa plegaria y atacó a *le Renard Noir* con toda su rabia.

Por desgracia, la rabia nunca es una buena aliada en los duelos. El hombre se hizo a un lado y dejó que Léonide perdiera el equilibrio; entonces le clavó la punta de la espada en la cara. Léonide sintió la quemazón de un corte profundo y, por un momento, se le nubló la vista.

Pero no en vano la consideraban la mejor duelista de París. Sacudió la cabeza, ignoró el dolor y se puso en guardia. Cubrió las partes vulnerables de su cuerpo con el brazo con el que sostenía la espada y planeó su próximo movimiento sin dejar de vigilar a los hombres de *le Renard Noir*.

—¿Queréis que os derrote de uno en uno o preferís venir todos a la vez? — jadeó—. Si eso os parece poco, también podéis llamar a los tercios españoles.

Se permitió esbozar una sonrisa desdeñosa. Oyó la risa nerviosa de Fifi y eso le dio fuerzas.

Pero *le Renard Noir* no respondió a la provocación. Volvió a silbar y todos sus hombres avanzaron.

Léonide supo que le esperaba una pelea desigual. Hasta entonces, había jugado a la muerte con reglas: ni el más gallo de los gascones se hubiese rebajado a convertir un duelo en una carnicería. Pero *le Renard Noir* era distinto.

Comprendió que tenía pocas posibilidades de salir con vida de aquello, pero eso solo le dio motivos para ser valiente. Y, antes de que los siete hombres la rodearan, se lanzó al ataque.

Empezó con una finta. Orientó su cuerpo hacia el matón que estaba a la derecha de *le Renard Noir*, pero la punta de su espada apuntaba al que había a la izquierda; cuando este avanzó, Léonide le hundió el arma en el estómago y volvió a sacarla, roja y brillante, para blandirla en dirección al líder.

«Quedan seis», pensó.

Sentía náuseas. Siempre se batía en duelos a primera sangre: un tajo, una burla y una noche de juerga. Pero ahora tenía que matar, y eso era casi tan difícil como resignarse a morir.

Su segundo golpe fue para *le Renard Noir*, pero él ya estaba preparado. Desvió la punta de la espada de Léonide y trató de cortarle de nuevo; ella lo esquivó.

Entonces alguien le atacó por la espalda. Pero estaba preparada para eso y lanzó un cabezazo hacia atrás. El desagradable «crac» de una nariz rota y el

posterior lamento le indicaron que había derribado a otro rival.

Quedaban cinco.

Con un gruñido, fue a pinchar el brazo de *le Renard Noir*. Pero no calculó bien la distancia y le clavó la espada en la mano.

Un grito prolongado le indicó que había tocado el hueso, por lo menos. Entonces su alma de duelista regresó: siguiendo un impulso, dio la vuelta a su espada para golpear a *le Renard Noir* con el mango... pero, mientras lo hacía, él atacó de nuevo.

Y, como tenía la espada cogida por la hoja, no pudo detenerle.

En ese instante, creyó oír el eco de la voz de Dufort: «Esas bufonadas no te salvarán la vida, Léonide».

Por desgracia, su maestro tenía razón.

Un tajo en los nudillos le obligó a soltar el arma. Después *le Renard Noir* usó la mano izquierda para darle un puñetazo en la cara.

La cabeza de Léonide se estrelló contra la pared y la sangre inundó su boca. Y la voz de su enemigo le atravesó los oídos:

—... ha huido. ¿Lo veis, De La Rochelle? Os dije que era un cobarde. Y vais a morir por intentar protegerle...

Una bota se clavó en su estómago. Se encogió sobre sí misma y la segunda patada fue contra su espalda.

Un hilo de sangre resbaló por su barbilla.

«Es el fin».

Alguien gritó. Al principio, Léonide no pudo distinguir lo que decía.

Tardó unos segundos en darse cuenta de que los golpes habían cesado.

Entonces, por fin, lo entendió:

—¡Alto! ¡Alto ahí!

—¡Alto, en nombre de Su Majestad!

¿Cuándo había empezado a llover? Léonide sintió que le ardían las heridas cuando las primeras gotas de lluvia se mezclaron con su sangre.

—¡Corred, son los mosqueteros!

—¡Alto ahí, he dicho!

—¡No escaparéis esta vez!

Las voces se mezclaban en su cabeza. Parecía que se habían olvidado de ella...

Pero entonces supo que había alguien a su lado. Lo supo incluso con los ojos cerrados.

—Léonide —llamó la voz de Valérian desde algún punto lejano—.
Léonide.

Ella quiso responder, pero no pudo. Porque entonces todo se volvió negro.
Y la voz de Valérian se desvaneció como los sueños más hermosos.

Capítulo 11

El precio de la lealtad

Soñó con Valérian.

El chico estaba pintando en una playa, con el pelo suelto y la camisa abierta. Tenía el ceño fruncido en señal de concentración; Léonide no quería interrumpirle, así que permanecía en silencio. De vez en cuando, el joven se llevaba el pincel a los labios con aire pensativo y ella tenía que reprimir el impulso de quitárselo para besarle.

—¿Cuándo podré ver el cuadro? —le preguntaba.

—Pronto —decía él.

Pero ese momento nunca llegaba.

De repente, la playa desapareció. Y Valérian también. El olor del mar dejó paso al de la leña quemándose, y la brisa a un calor seco.

Lo primero que oyó Léonide fue el crepitar del fuego.

Lo primero que sintió, un pinchazo agudo en la sien.

Trató de incorporarse, pero fue en vano. Le dolía todo el cuerpo y notaba el sabor de la sangre seca en el paladar.

Cuando se removió, oyó una voz conocida cerca de ella:

—No hagas esfuerzos, muchacha.

—Maestro —quiso decir Léonide.

—Brrr —gruñó en realidad.

Entreabrió los ojos y parpadeó para acostumbrarse a la luz. Entonces descubrió que se hallaba en la casa de Dufort; concretamente, en su cocina. Tumbada en un banco y con un almohadón bajo la cabeza.

De nuevo, intentó levantarse. De nuevo, no fue capaz.

—Demonios —masculló.

—Veo que sigues viva —gruñó su maestro. Y, por fin, apareció en su campo de visión. Llevaba la melena gris despeinada e iba sin jubón ni

guantes, solo con la camisa y las calzas—. Creo que tu orgullo te ha impedido morir.

En ese instante, Léonide lo recordó todo: la borrachera con Valérian, la emboscada nocturna... y su miserable derrota.

—¿Dónde están? —preguntó en voz baja—. ¿Dónde están Valérian y Fifi? Dufort parpadeó.

—A salvo. —Entrelazó los dedos sobre el regazo—. La señorita Lachance se ha marchado a su iglesia, pero volverá mañana por la mañana. En cuanto al joven Leroy... —Su boca se torció en una mueca—. Me ha costado persuadirle de que se retirara. No es un muchacho que sepa captar una indirecta.

Léonide estaba segura de que Valérian podía captar una indirecta, y también de que Dufort había sido bastante directo. No pudo evitar preguntarse cómo habría sido su intercambio de opiniones.

—Deja de poner cara de doncella enamorada —gruñó Dufort—. Has estado al borde de la muerte.

—Por culpa de esa rata de cloaca —masculló Léonide.

—Por culpa de tu propia estupidez —replicó su maestro—. ¿Por qué diablos le diste la vuelta a la espada?

Léonide le dirigió una mirada perpleja.

—¿Cómo sabéis...?

—¡No lo sabía, pero me lo imaginaba! —Dufort cerró los puños sobre las rodillas—. ¿Cuándo aprenderás, condenada?

—¡Sé que fue un error! —se defendió Léonide—. ¡Pero lo sé ahora!

—Te lo dije. Te dije que no hicieses bufonadas.

—Yo solo...

—Tú solo estabas recorriendo las calles de París borracha como una cuba —la interrumpió el hombre—. ¡Y con el hijo de Leroy, nada menos! ¿No podríais haberos citado en un pajar, como todos los amantes?

Léonide estalló:

—¡Valérian y yo no somos amantes!

—Pero a ti no te importaría, ¿me equivoco? —Dufort alzó las cejas—. Te creía más lista, Léonide.

—Me lo llevé a la Bourbon porque su padre me lo ordenó —farfulló ella—. Y apenas bebimos. De hecho —añadió antes de que su maestro pudiese intervenir—, creo que nos echaron algo en el vino.

Al escuchar esas palabras, Dufort exhaló un largo suspiro.

—Hablando de vino —masculló—, yo necesito un poco ahora. Y tú también.

Cogió una botella que reposaba en la alacena, la destapó y bebió un trago. Después se la ofreció a Léonide. Ella la aceptó con un cabeceo y también bebió; agradeció tanto el sabor áspero del vino como el hecho de que su maestro no siguiese preguntándole por Valérian.

—¿Viste al que lo hizo?

A Léonide le costó entender la pregunta.

—¿Lo del vino? —Arrugó la frente—. No. Recuerdo que había un grupo de hombres cuando entramos en la hostería, pero... no me fijé en ellos.

¿Serían los mismos que acompañaban a *le Renard Noir*? ¿Y si él también se encontraba en la Bourbon esa noche? Léonide se maldijo por no ser capaz de recordarlo.

—Supongo que los mosqueteros no atraparon a ese rufián...

—Supones bien —dijo Dufort—. Aunque debo decir que tu amigo —pronunció esa palabra con intención— fue muy inteligente yendo a dar la voz de alarma. De lo contrario, no lo hubieses contado.

De pronto, Léonide recordó algo que *le Renard Noir* le había dicho cuando ya estaba en el suelo: «Ha huido. ¿Lo veis, De La Rochelle? Os dije que era un cobarde. Y vais a morir por intentar protegerle».

Era mentira. Valérian no había escapado: había ido en busca de ayuda. Había usado la agilidad de su cuerpo y de su mente para salvar a Léonide. Había intervenido en el duelo, pero recurriendo a sus propias armas.

Y esa idea le calentó el pecho. Irremediablemente.

Entonces se le ocurrió algo:

—¿También vinieron a por vos, maestro?

El ojo gris de Dufort emitió un destello.

—¿A por mí?

—*Le Renard Noir* dijo...

—*Le Renard Noir* quiso ponerte nerviosa —atajó él—, y lo consiguió.

—Yo solo...

—Tú solo le has dejado ver cuáles eran tus puntos débiles. —Dufort le quitó la botella de vino y le dio la espalda para volver a colocarla en su sitio—. Ahora ya sabe cómo hacerte daño. ¿Te das cuenta de lo tonta que has sido?

—¿Y qué opción tenía? —protestó ella débilmente—. Pensé que iba a mataros...

—Ni siquiera él se atrevería a provocar a Leroy atacando a su hijo —resopló Dufort—. En cuanto a la pequeña Lachance, tiene demasiados amigos en los bajos fondos de París.

Léonide se llevó las manos a la cabeza. Le dolía como si la estuviesen golpeando con un martillo.

—¿Y qué hay de vos, maestro? —murmuró por lo bajo—. ¿Vais a decirme que tampoco corríais peligro alguno y que hice el ridículo?

Empezaba a sentirse abatida. Había sido vapuleada por su peor enemigo y se estaba llevando la reprimenda del siglo. Y lo peor de todo era que se la merecía.

Dufort tardó un poco en responder. Aún seguía dándole la espalda.

—Sí y no —suspiró finalmente—. Es verdad que no corría peligro, no inmediato, pero... no hiciste el ridículo. —Echó la cabeza hacia atrás y los rizos grises se desparramaron por su espalda—. Simplemente, tus buenos sentimientos te jugaron una mala pasada. Los villanos nos llevan ventaja porque no hay nadie que les importe más que ellos mismos. —Despacio, Dufort se dio la vuelta y volvió a mirarla—. Si te digo la verdad, este viejo cascarrabias se enorgullece de que le incluyas entre tus amigos.

Su enorme boca se torció en una especie de sonrisa. Y Léonide, que aún se sentía dolorida y humillada, descubrió que también estaba sonriendo.

Pero la magia se rompió enseguida:

—Bueno, ya está bien de sentimentalismos —ladró Dufort. Y volvió a sentarse junto al fuego—. Te he lavado las heridas con vino y creo que no tienes ningún hueso roto. Así que espero que mañana mismo puedas tenerte en pie sin ayuda.

Léonide gruñó algo ininteligible. Lo único que le apetecía era cerrar los ojos y dormir durante semanas, pero lo siguiente que dijo Dufort le puso en guardia:

—*Mademoiselle* Archambault celebra un baile en su casa mañana por la noche —anunció—. Sé que es amiga tuya y no dudo que estarás invitada. Y tengo la corazonada —dijo con tono solemne—, de que *le Renard Noir* también asistirá.

—¿Seguís pensando que es un hombre rico y poderoso? —murmuró Léonide.

—Apostaría mi ojo sano a que lo es. —Su maestro resopló—. Y ahora tenemos una forma de encontrarle.

—¿Cuál?

—Le cortaste un dedo anoche. —Dufort alzó la barbilla ligeramente—. Juraría que era el índice de la mano derecha. Así que solo tenemos que encontrar a un gentilhombre al que le falte ese dedo.

El corazón de Léonide se aceleró.

—No parece muy complicado, entonces.

—Excepto porque los hombres distinguidos llevan guantes cuando bailan —le recordó Dufort—. Pero algo es algo, ¿no te parece?

—Supongo. —La chica sintió que se desinflaba—. Lástima que no pueda bailar con ellos, así notaría si hay algún dedo falso bajo sus guantes.

El ojo de Dufort parpadeó.

—¿Te gustaría bailar con Valérian Leroy?

—¿Es que él también asistirá al baile?

—Supongo que *mademoiselle* Archamboult le invitará.

—Bueno, eso da igual —gruñó Léonide—. Tampoco bailaré con él.

Su maestro adoptó un aire grave.

—Definitivamente, no soy capaz de imaginarte con un corpiño y faldas.

La risa se atascó en la garganta de Léonide y tuvo que beber más vino. Mientras lo hacía, volvió a contemplar las panoplias adornadas con flores de lis.

—Maestro...

—¿Umm?

—¿Por qué tenéis tan claro que *le Renard Noir* no osaría atacar al hijo del señor Leroy? —musitó—. Yo diría que Valérian es un estorbo para su padre.

—Estorbo o no, sigue llevando su sangre.

—Pero no es el único. —Léonide le miró con el ceño fruncido—. Ese otro joven al que vi, Dieudonné, también es hijo de Leroy. Su hijo ilegítimo.

—Tú lo has dicho: ilegítimo.

—Aun así, Valérian piensa que su padre le prefiere a él.

—Valérian piensa muchas cosas, ¿eh?

La muchacha no pasó por alto el tono socarrón de su maestro, pero optó por ignorarlo:

—No me gusta el señor Leroy.

—Y es muy probable que tú tampoco le gustes a él.

—¿Os fiaríais de un hombre que pone a su único hijo legítimo en manos del mejor duelista de París?

—Solo si ese duelista llevara un corpiño y faldas.

—¡Hablo en serio, maestro! —se impacientó Léonide—. Ese hombre me da mala espina.

—¿Cuántas veces le has visto?

—No muchas, pero me parece un hombre con secretos.

—¿Qué terrible! —exclamó Dufort.

—Nuestro primer encuentro me pareció extraño, de verdad —insistió ella—. El despacho, él mismo... Incluso la carta que estaba escribiendo. Se dirigía a un tal «R»...

Por fin, su maestro reaccionó:

—¿A un tal «R»? ¿Y pudiste ver...?

—No vi nada, pero pensé que sería un nombre en clave. —Léonide se hinchó de orgullo—. ¿Veis como a veces pienso?

—Pero no tanto como Valérian —contraatacó Dufort.

La muchacha se enfurruñó:

—¿Vais a martirizarme con eso eternamente...?

Unos golpes en la puerta interrumpieron sus palabras.

—¿No vais a ver quién es? —preguntó al ver que Dufort no se movía.

—Aún no. —Su maestro parecía pensativo—. Con respecto a esa carta...

Los golpes se repitieron. Y lo hicieron acompañados de gritos:

—¡Abrid la puerta, señor Dufort!

El maestro de Léonide se levantó con tanta brusquedad que derribó la silla. Ella se quedó mirándole mientras cogía un sable de su panoplia e iba a recibir a su misterioso visitante entre juramentos.

Cuando abrió la puerta, la tenue luz de la madrugada se proyectó en los tablonos del suelo.

—¿Qué queréis? —rugió Dufort.

—Mi señor desea ver a Léonide de La Rochelle de inmediato —dijo la voz de Poulin desde la puerta.

—Dile a tu señor que estas no son horas de enviarte a mi casa. Ni siquiera ha cantado el gallo.

—Mi señor está esperando —insistió el criado de Leroy.

Por fin, Léonide encontró las fuerzas que necesitaba para ponerse en pie. Se mareó un poco y tuvo que apoyarse en el banco, pero logró mantener el

equilibrio; con dificultad, pasó por encima de la silla que Dufort había derribado y se acercó a la puerta.

Poulin le dirigió una lúgubre mirada desde el umbral.

—¿Por qué quiere verme vuestro señor? —quiso saber Léonide.

—Me temo que no me hace partícipe de sus asuntos, señor De La Rochelle —respondió el criado con tono afectado—. ¿Seréis tan amable de acompañarme para averiguarlo vos mismo?

Dufort parecía dispuesto a rebanarle el gaznate, pero Léonide asintió.

—Sin problemas. Dadme un rato para vestirme e iré con vos.

Su maestro le dirigió una mirada interrogante, pero Léonide le devolvió otra cargada de seguridad. Después fue a ponerse las botas, la capa y el sombrero.

No le interesaba lo más mínimo lo que el señor Leroy tuviese que decirle, pero necesitaba una excusa para acercarse a la casa de la Place Dauphine... y reencontrarse con Valérian.

Su maestro seguía junto a la puerta, pero se hizo a un lado para dejarle pasar.

—Hasta pronto... hijo —se despidió.

Léonide tragó saliva.

—Hasta pronto, maestro.

Y, sin perder más tiempo, siguió al criado de Leroy hacia la Place Dauphine.

Capítulo 12

Entrevista con el Diablo

Aunque ya había amanecido, el despacho del señor Leroy estaba iluminado por el fuego de la chimenea. Cuando Poulin se retiró pomposamente, Léonide pudo ver su propia sombra proyectada en las cortinas de brocado.

El dueño de la casa se hallaba inclinado sobre el escritorio, garabateando en silencio. O había madrugado mucho o había pasado la noche en vela; sea como fuere, tenía ojeras. Léonide aguardó paciente; ella misma se había propuesto disimular la debilidad de sus miembros, pero no podía hacer gran cosa por los cortes de su cara.

—Señor —dijo al ver que Leroy no le prestaba más atención que a un mueble.

Por fin, el hombre levantó la cabeza con parsimonia.

—De La Rochelle —dijo con calma—. Me sorprende veros en tan buen estado. ¿Es que el viejo Dufort es cirujano, además de maestro de esgrima?

—Veo que estáis informado de lo que sucedió anoche —respondió Léonide—. Estoy algo magullado, pero nada más.

—Gracias a Dios.

El tono que empleó Leroy le pareció inquietante. Trató de descifrar la expresión de sus ojos verdes, pero no lo consiguió.

El hombre se recostó en el respaldo de la silla.

—Fue muy oportuno que los mosqueteros apareciesen cuando todo estaba perdido, ¿verdad?

—Era un combate desigual —se defendió Léonide.

—Aun así, fue muy oportuno.

—Vuestro hijo los llamó. —La joven alzó la barbilla sin pretenderlo—. Valérian —aclaró con cierta aspereza.

Leroy parpadeó lentamente.

—Estoy al corriente de todo.

—Y, sin embargo, no parecéis preocupado —saltó Léonide—. Pese a que vuestro hijo estaba conmigo cuando fuimos atacados.

—Ya os he dicho que estoy al corriente de todo.

Léonide sintió que se le erizaba el vello de la nuca. Había algo turbador en cómo hablaba Leroy.

Algo que no terminaba de encajar.

—¿Valérian... os lo ha contado?

El hombre rio secamente:

—Valérian ha demostrado ser el mismo cobarde de siempre —sentenció—. No pasó la prueba, tal y como esperaba.

—¿La... prueba? —Léonide abrió los ojos de par en par—. ¿Disculpado?

—Sí, deberíais pedirme disculpas por engañarme —replicó Leroy con dureza—. Dijisteis que convertiríais a mi hijo en un hombre, pero sigue siendo un mocoso malcriado.

La joven podría haberle recordado que ella jamás dijo tal cosa, que todo aquello había sido idea del propio Leroy y, en todo caso, de su maestro, pero estaba demasiado asombrada por lo que acababa de escuchar.

—¿A qué os referís con que Valérian no pasó la prueba? —insistió.

Leroy le dirigió una mirada penetrante.

—Sospechaba que estabais siendo demasiado indulgente con mi hijo y anoche pude confirmar mis sospechas: sigue siendo el mismo de siempre. Podría haberse enfrentado a vuestros atacantes, pero ¿qué hizo? ¿Pedir auxilio como una damisela en apuros! Qué poca hombría...

Léonide no daba crédito a lo que oía.

—¿Vos lo hicisteis? —estalló—. ¿Vos hicisteis que nos atacara *le Renard Noir*?, ¿el criminal más buscado de París, por el amor de Jesucristo?

—Tened cuidado con lo que decís, De La Rochelle. —Leroy hizo ademán de ponerse en pie—. Todo cuanto ha salido de mis labios es que anoche comprendí que mis esfuerzos han sido en vano: Valérian nunca será un digno hijo de su padre. En cuanto a vos —añadió—, no volveréis a pisar mi casa.

Léonide sintió que le faltaba el aire. No podía hablar en serio...

—Largo.

Sí, por supuesto que podía. Ese hombre era rico y poderoso; si se lo proponía, podía colgarla del Pont Neuf.

Aun así, tenía que hacer un último intento:

—Dadme otra oportunidad, señor Leroy —dijo tragándose el orgullo—. Con un poco más de tiempo...

Pero la mirada acerada del hombre le hizo enmudecer.

Sabía que se había puesto pálida. Ah, ¿por qué tenía que ser tan obvia?

—Me marcho —musitó.

—Será lo mejor, sí —dijo Leroy mientras retomaba lo que estaba haciendo antes—. No sufráis, De La Rochelle —agregó cuando ella ya estaba girándose hacia la puerta—: encontraréis a otro jovencito afeminado que se rinda a vuestros encantos. En lo que respecta a mi hijo —alzó la vista un instante—, no volveréis a verle. Ya me ha avergonzado bastante.

Aquella implícita acusación fue lo último que necesitaba Léonide para odiar al señor Leroy. Temblando de ira, salió del despacho y bajó las escaleras dando zancadas.

Había acudido a la casa de la Place Dauphine para ver a Valérian, pero esa puerta se le había cerrado para siempre. Hubiese podido subir las escaleras igualmente, llamarle a gritos y armar un escándalo... pero comprendió que lo más sensato era esperar al día siguiente. Al fin y al cabo, Valérian también asistiría al baile de *mademoiselle* Archambault.

Y Léonide encontraría la forma de seguir viéndole a pesar de la prohibición de su padre. Porque ese demonio podía echarle de su casa y prohibirle la entrada para siempre, podía mostrarse cruel y despectivo con ella e incluso podía enviarle a *le Renard Noir*, no una, sino cientos de veces... pero no iba a poner en peligro a Valérian de nuevo. Eso sí que no.

Léonide se lo impediría. Si alguien intentaba tocar a Valérian Leroy, tendría que pasar por encima de su cadáver.

Capítulo 13

El perfecto galán

Léonide sabía cómo engatusar a *mademoiselle* Archambault. Y no porque acostumbrara a tratar con señoras distinguidas cuando vivía en La Rochelle (al fin y al cabo, solo era la hija del herrero), sino porque aquella mujer era, como ella, una superviviente.

Claro que, a diferencia de Léonide, *mademoiselle* Archambault no vivía de su labia ni de su acero. Tenía dinero, y eso lo cambiaba todo. Hija única de un notable parisino, había heredado la fortuna de este y se había negado rotundamente a compartirla con un esposo; inmune a las pullas y a los cuchicheos que se oían a su paso, su vida se resumía en dormir mucho, comer más y distraerse siempre que le era posible.

Léonide era su niña mimada. Al contrario que el resto de la gente, sabía lo que se ocultaba bajo sus calzones, pero guardaba el secreto celosamente. No por lealtad, sino porque le parecía muy divertido engañar a todo el mundo. A Léonide no le importaba ser su juguete: *mademoiselle* Archambault pagaba sus gastos, la colmaba de regalos y, por encima de todo, no arrugaba la nariz al verla con sus ropas de duelista.

Aun así, Léonide decidió esmerarse aquella noche. Dufort le consiguió un jubón azul de lo más favorecedor, una camisa blanca y hasta un par de guantes de seda; ella, por su parte, se tomó la molestia de peinarse e incluso se perfumó el cuello y las muñecas.

Cuando se miró en el espejo, se dijo que tenía mejor aspecto que cualquiera de los jóvenes que se codeaban con la aristocracia parisina. Y ese pensamiento le provocó un orgullo casi infantil.

Hubiese llegado al baile de un humor excelente de no ser por lo que sucedió apenas una hora antes.

Léonide ya no estaba con Dufort, sino en la hostería, donde había estado

bebiendo con Fifi. Su pequeña amiga estaba furiosa y clamaba venganza cada pocos minutos; por lo demás, había salido ilesa de su encontronazo nocturno. Léonide le dijo que tenía un plan y ella se mostró complacida y confiada.

Pero entonces recibió un mensaje inesperado. Un mensaje que le trajo el dichoso Poulin.

El criado de la familia Leroy entró en Pot d'Or como si cargara un gran peso sobre los hombros, pero lo cierto es que solo llevaba consigo un delgado bulto envuelto en tela carmesí. Cuando localizó a Léonide entre la gente, se dirigió hacia ella con aire sombrío.

—Esto es para vos —anunció tendiéndole el bulto—. De parte de mi señor.

Le dirigió una mirada de reproche, como si la culpaba de haber tenido que mancharse los zapatos en un lugar tan ingrato, y se retiró.

Al principio, Léonide pensó que Poulin venía de parte del señor Leroy. Pero, cuando retiró la tela que cubría el bulto, descubrió que no era así.

—¿Qué es esto? —preguntó Fifi. Y enseguida ahogó una exclamación de asombro—. ¡Dios mío! ¡Eres tú, Léonide!

—Eso parece —replicó ella de mala gana. Lo que tenía en sus manos no era otra cosa que el retrato que le había pintado Valérian—. Pero no entiendo por qué...

En ese momento, un pedazo de papel cayó a sus pies. Debía de estar envuelto con el cuadro.

Léonide lo recogió del suelo y leyó lo que ponía:

Aquí tenéis vuestro retrato, señor De La Rochelle. Guardadlo, quemadlo o disponed de él como mejor os parezca; a mí ya me trae sin cuidado.

*Atentamente,
V. Leroy*

—¿Perdón? —bufó Léonide—. ¿A qué viene esto, Valérian...?

Fifi intentó sonsacarle cuál era el problema, pero fue en vano: Léonide no tenía ganas de contarle nada. La despachó tan amablemente como fue capaz y, como no sabía qué hacer con el retrato, lo dejó en su habitación de la hostería. Apoyado en la pared, pero con la pintura escondida. No tenía ganas de verla.

¿Qué pretendía Valérian con ese mensaje? No lo comprendía.

No lo comprendía, pero estaba dispuesta a averiguarlo.

Esperó a que declinara el sol para encaminarse hacia la Île de la Cité. *Mademoiselle* Archambault vivía en una lujosa casa con vistas a Notre Dame; cuando uno se acercaba a los soportales, casi podía sentir el tañido de las campanas vibrando en sus huesos. La mujer solía quejarse de que la despertaban a todas horas, pero jamás se planteaba la posibilidad de mudarse.

No era la primera vez que Léonide pisaba esa casa, pero sí la más importante. Por varias razones. Tenía que disimular sus heridas lo mejor posible y prestar atención.

No iba a ser una noche fácil.

La criada de *mademoiselle* Archambault le abrió la puerta y le acompañó hasta el salón de baile. Léonide no se detuvo a admirar los tapices, las alfombras ni los candelabros; nunca le habían impresionado los grandes lujos, y prefería prestar atención a la gente.

Era obvio que su anfitriona se había propuesto dar una fiesta inolvidable. Léonide comprendió que ni su juventud ni su atractivo eran rivales para los lujosos tejidos y joyas que exhibían los demás invitados; mientras la criada le abría camino entre ellos, la muchacha podía notar miradas atravesándola.

Habrían oído hablar de ella, naturalmente. Todo el mundo conocía las andanzas de Léonide de La Rochelle.

Pero no todos las veían con buenos ojos.

Afortunadamente, enseguida localizó a *mademoiselle* Archambault. Y es que la dama no era difícil de ver: gruesa, sonrosada y ruidosa, solía llevar complicados peinados y ostentosos vestidos que llamaban la atención incluso entre las multitudes. En cuanto sus bizqueantes ojillos se cruzaron con los de Léonide, un grito agudo brotó de su garganta:

—¡Señor De La Rochelle! Qué honor...

Léonide notó que varias cabezas se giraban hacia ella. Y, como de costumbre, se dispuso a desempeñar su papel de perfecto galán.

—Mi querida *mademoiselle* —saludó con una cálida sonrisa—. Estáis tan radiante esta noche que no sé si podré contemplaros durante mucho tiempo sin que me deslumbréis.

La papada de la mujer tembló de risa. Léonide se inclinó frente a ella y atrapó su mano regordeta para rozarla con los labios.

—Sois un zalamero —suspiró *mademoiselle* Archambault con fingido reproche—. ¿Qué os ha pasado en la cara? ¡No me digáis que algún canalla

ha decidido estropearos!

Léonide desechó esa idea con un gesto.

—Tuve que pararle los pies a un gascón pretencioso y me dejó esto de recuerdo —mintió con descaro—. ¿Consideráis que ha estropeado mi belleza, entonces?

—Seguís brillando como un lucero, señor De La Rochelle —replicó la mujer con fervor—. Sea como fuere, no os culparé si esta noche no me miráis demasiado: mi encantadora acompañante está distraendo a todos los jóvenes. Permitidme que os presente...

Por primera vez, Léonide se fijó en la muchacha que estaba sentada junto a su anfitriona: era una criatura pelirroja, pálida y delicada, vestida de raso y peinada con tirabuzones. A Léonide le recordó a una muñeca de ojos dulces, y besó su mano con suma delicadeza.

La chica se ruborizó, lo cual le hizo pensar que, en efecto, era encantadora.

—*Mademoiselle* Belrose —cloqueó Archambault—, os presento a Léonide de La Rochelle, el mejor duelista de París.

—Es un placer —dijo ella. Su voz era suave como una brisa.

—El placer es mío —aseguró Léonide—. Os ruego que no creáis todo lo que *mademoiselle* Archambault os cuente sobre mí, pues solo lo bueno es verdad.

Mademoiselle Belrose se tapó la boca con la mano y rio discretamente. Léonide se permitió la pequeña galantería de sonreírle.

—Mi querida Henriette lleva bailando desde que ha entrado en mi casa —dijo entonces *mademoiselle* Archambault—. A este paso, le dolerán los pies antes de la medianoche.

Mademoiselle Belrose (es decir, Henriette) agachó la cabeza pudorosamente. Y Léonide abrió la boca para preguntarle quién había tenido el honor de ser su pareja de baile, pero entonces oyó una voz conocida a sus espaldas:

—¿Henriette?

Su corazón se aceleró cuando se giró y vio que Valérian estaba justo detrás de ella. Él también tenía buen aspecto: llevaba el pelo ondulado, un jubón ocre bordado con hilo de oro y unos zapatos tan relucientes que las velas se reflejaban en ellos.

Léonide buscó su mirada... pero no la encontró. Los ojos claros del chico estaban fijos en *mademoiselle* Belrose.

—Valérian —respondió ella con timidez—. ¿Conoces al señor De La Rochelle? Acaban de presentarnos.

Léonide no pasó por alto que se tuteaban.

—Le conozco, sí —dijo él con calma—. Fue mi instructor de esgrima.

«Fue». En pasado. Y lo decía desapasionadamente.

—¿De verdad? —La boca de *mademoiselle* Belrose formó una «o» diminuta—. Qué emocionante.

—Sí, fue... emocionante —concedió Valérian.

Pero en su voz había cualquier cosa menos emoción.

Léonide recordó que debía guardar las apariencias e inclinó la cabeza respetuosamente; Valérian respondió con un gesto similar.

Como si fuesen meros conocidos.

¿Acaso no lo eran? ¿Acaso Léonide no se había dicho a sí misma que no debía encariñarse con Valérian Leroy? ¿Acaso no había sabido desde el principio que sus caminos se separarían tarde o temprano?

Mientras ella maldecía su propia debilidad, Valérian volvió a contemplar a Henriette Belrose.

—¿Bailamos? —le preguntó.

El rostro de la muchacha se iluminó. Sí, era encantadora. Y, cuando cogió el brazo que Valérian le ofrecía, Léonide pensó que los dos parecían encantadores cuando estaban juntos.

Y se sintió más vulgar que nunca.

Contempló cómo se alejaban en silencio. Hasta que la voz de *mademoiselle* Archambault la sacó de su ensimismamiento:

—Sé que se burlan de ese muchacho. —Léonide se giró para mirarla y vio que ella también estaba observando a la feliz pareja—. Pero es mucho más inteligente de lo que todos piensan. Puede que sea un tanto afeminado, pero... mírale. —Una sonrisa traviesa curvó los labios de la mujer—. En este momento, es la envidia de todos los demás.

Léonide comprobó que su anfitriona tenía razón: el resto de los invitados miraban a Valérian con evidente fastidio. Y es que *mademoiselle* Belrose era, sin lugar a dudas, la muchacha más bella que había en el salón.

La música empezó a sonar. Léonide no reconoció la pieza, pero *mademoiselle* Archambault se puso a canturrearla con su voz atiplada.

Y entonces Valérian empezó a bailar.

Léonide sintió que le faltaba el aire. *Mademoiselle* Belrose era exquisita,

sí... pero los movimientos de Valérian Leroy ensombrecían su encanto. El chico danzaba por el salón con firmeza y elegancia, como si llevara aquella tierna canción en la sangre; incluso su mirada parecía ir al compás de la melodía.

—Ah, adoro las composiciones de Moulinié —suspiró *mademoiselle* Archambault desde su asiento—. Si tuviese las piernas más firmes, yo también querría que el joven Leroy las bailara conmigo...

Buscó la complicidad de Léonide, pero no la encontró. La joven estaba demasiado ocupada haciéndose reproches amargos.

Había ido a ese baile en busca de un peligroso criminal. Un peligroso criminal que bien podía estar paseándose por el salón bebiendo vino caro y charlando mientras saboreaba los restos de su victoria. Y, mientras tanto, Léonide estaba pendiente de Valérian Leroy. Del altivo y caprichoso Valérian Leroy, que parecía haberse olvidado de ella de la noche a la mañana.

¿Cómo se había dejado enredar tan fácilmente?

No, no iba a permitirlo. Si Valérian quería cortar toda relación con ella, merecía saber por qué. Como mínimo.

Dos canciones después, Henriette Belrose se sentó a descansar. Fue entonces cuando Léonide se dirigió hacia Valérian dando zancadas.

El chico se estaba sirviendo un vaso de vino. Tenía las mejillas rojas por el baile y el pelo un poco revuelto, y eso le hacía aún más atractivo.

—¿Te estás divirtiendo? —le preguntó Léonide.

Su tono sonó más cortante de lo que pretendía, pero Valérian alzó la vista y parpadeó con calma.

—Más de lo que creía.

Léonide dejó escapar un resoplido de incredulidad.

—¿No vas a darme ninguna explicación?

—¿Yo a ti? —Valérian esbozó una sonrisa amarga—. No me hagas reír.

—¿Qué quieres decir con eso? —Al ver que el chico se alejaba, Léonide hizo ademán de retenerle—. ¡Valérian...!

Pero alguien se interpuso en su camino y, para cuando quiso alargar la mano hacia él, ya estaba casi en la otra punta del salón.

Durante unos instantes, la joven no fue capaz de reaccionar. ¿A qué venía esa actitud por parte de Valérian? ¿La estaba despreciando y ni siquiera quería decirle por qué!

¿Y si todo se debía a la presencia de *mademoiselle* Belrose? Tal vez

Valérian temiese que la joven desaprobara sus compañías.

Por algún motivo, esa idea irritó a Léonide.

Tanto que olvidó que había ido a ese baile para desenmascarar a *le Renard Noir*. Y, antes de que su conciencia pudiese gritarle que estaba cometiendo una estupidez, sus pies se dirigieron en línea recta hacia la encantadora Henriette Belrose. Con un propósito muy claro.

Capítulo 14

Duelo de encantos

Léonide observó que la silla de *mademoiselle* Archambault estaba vacía: algún otro invitado debía de haber reclamado su atención. Por tanto, Henriette Belrose se había quedado sola.

Bien. Eso lo hacía todo más sencillo.

Léonide se acercó a la muchacha fingiendo cautela. Cuando vio que esta la miraba con disimulo, hizo ver que dudaba; tras unos instantes de vacilación, respiró hondo y esbozó una sonrisa que pretendía ser tímida.

Todo formaba parte de un plan, naturalmente. Un plan que había llevado a cabo con éxito en tantas ocasiones que no podía fallar. O en eso confiaba.

Los ojos de Henriette Belrose se abrieron un poco más de la cuenta cuando se detuvo a su lado. Y Léonide se felicitó mentalmente: la primera parte de la representación había sido un éxito.

Pero ahora venía la parte más complicada.

—Disculpad —carraspeó llevándose el puño a los labios—. Me preguntaba si podría... —Dirigió una elocuente mirada al asiento vacío—. Os prometo que no os halagaré tontamente ni trataré de pareceros ingenioso con mi palabrería. Me temo que soy más diestro con la espada que con los versos, y mis chistes son tan malos que hasta mi caballo resopla indignado al escucharlos.

Henriette Belrose arqueó sus cejas pelirrojas y soltó una risilla. Léonide agachó un poco la cabeza, en parte para seguir pareciendo vergonzosa y en parte para disimular su satisfacción.

—Creo que todos los caballos resoplan, señor De La Rochelle —respondió la muchacha con amabilidad—. Por supuesto, podéis sentaros donde gustéis. Pienso que me agrada vuestra compañía.

—Eso espero —dijo Léonide con una sonrisa. Y dejó que aquel silencio

cordial se alargara un poco antes de seguir hablando—. Os sacaría a bailar, pero... no osaré rivalizar con los encantos del joven Leroy.

Levantó la cabeza para buscar a Valérian entre la multitud y le halló en un rincón... hablando con Dieudonné. Ambos parecían tensos; tras intercambiar unos cuantos susurros airados, Valérian hizo ademán de agarrarle del brazo, pero Dieudonné se apartó de él y se perdió entre los demás invitados.

Léonide tuvo que hacer un gran esfuerzo para permanecer impassible.

—El joven Leroy es encantador, sí —admitió *mademoiselle* Belrose, que no parecía consciente de la tensa escena que acababan de presenciar—. Pero vos... también lo sois. A vuestra manera.

Léonide se volvió hacia ella y observó que sus pómulos volvían a estar sonrosados. Y en sus labios apareció una sonrisa más sincera que las anteriores.

—Sois muy gentil —dijo suavemente—. Os devolvería el cumplido, pero sería una osadía por mi parte y vuestro padre podría pedir mi cabeza con toda la razón del mundo.

Los ojos de la muchacha se apagaron al instante.

—Por desgracia, señor, yo ya no tengo padre.

—Oh. —Léonide pensó en el suyo y, por un momento, olvidó que estaba representando un papel—. Lo lamento.

—Yo también. —Henriette Belrose esbozó una sonrisa de disculpa—. ¿Estáis seguro de que no bailáis, señor De La Rochelle? Ahora mismo necesito distraerme.

—Estoy seguro de que no sé bailar —respondió Léonide—, pero tal vez...

—¿Sí? —preguntó la joven al ver que dudaba.

—No creo que vos deseéis...

—¿Qué? ¿Qué cosa?

—No, de ninguna manera. —Léonide hizo una mueca de consternación—. No tenéis por qué enseñar a un pobre diablo a bailar como un señor. Ya solo pensarlo ha sido demasiado atrevido, de modo que os pido disculpas.

Tal y como esperaba, los ojos de Henriette empezaron a brillar.

—Estaré encantada de enseñaros a bailar, señor De La Rochelle. ¿Sois tan amable de ofrecerme vuestro brazo? No puedo ser yo quien tome la iniciativa, eso sí que sería demasiado atrevido.

Léonide tuvo un breve momento de lucidez. Estaba coqueteando con la invitada de honor de *mademoiselle* Archambault, una joven de alta cuna (y

huérfana, al parecer) a la que todos los hombres del salón contemplaban con mal disimulada fascinación. Y no solo eso: ahora se proponía bailar con ella. Léonide de La Rochelle, el duelista irredento, iba a pavonearse delante de la gente más distinguida de París... y de su peor enemigo. Al que se suponía que iba a desenmascarar esa misma noche.

Era una locura y, por encima de todo, una idiotez. Y Léonide estuvo a punto de rectificar, pero entonces vio que Valérian se acercaba a ellas.

Y no pudo resistir la tentación de ganar ese duelo.

—¿Me permitís? —dijo finalmente. Y le ofreció su brazo a una radiante *mademoiselle* Belrose.

—Señor Leroy —saludó ella cuando se cruzaron con Valérian—. Siento tener que abandonaros, pero me han pedido una lección de baile y no puedo resistir la tentación de impartirla. ¿Seréis capaz de perdonarme?

Por primera vez en toda la noche, Valérian dejó de contemplar a la muchacha para mirar a Léonide.

Y esa mirada le dolió. Aunque no supo comprender el motivo en ese momento.

—Por supuesto que os perdono —dijo Valérian con una graciosa inclinación de cabeza—. El señor De La Rochelle es toda una tentación.

Se llevó el vaso a los labios y les dio la espalda. Mientras se alejaba, Léonide sintió que volvían a arderle las mejillas.

Él sí que era una tentación, y una en la que Léonide había estado a punto de caer. Recordó la noche que les atacaron y comprendió, aliviada, que besar a Valérian Leroy hubiese sido una temeridad.

Ahora, al menos, tenía el orgullo intacto. Valérian nunca sabría lo que había llegado a sentir por él, y eso le consolaba un poco.

No obstante, aún tenía el corazón encogido cuando Henriette Belrose se detuvo en medio del salón.

—Poned las manos donde yo os diga —ordenó.

Y, aunque su tono seguía siendo tan dulce como al principio, Léonide comprendió que ella no era la única que había estado representando un papel. *Mademoiselle* Belrose podía parecer una muñeca, pero dentro de ella vivía un soldado. Era cualquier cosa menos cándida.

Aun así, Léonide pensó que seguía siendo encantadora. A su manera.

—Decidme la verdad —le dijo mientras se dejaba guiar—, ¿queréis bailar conmigo para disfrutar de mi compañía o para fastidiar al resto de los

presentes?

Henriette frunció los labios para disimular una sonrisilla.

—¿Ambas cosas son incompatibles, señor De La Rochelle?

—En absoluto —respondió Léonide imitando su gesto—, pero habrá alguna que pese más.

La música se volvió más alegre. Siguiendo las instrucciones de *mademoiselle* Belrose, Léonide le puso las manos en la cintura e hizo que girara sobre sí misma. Bien pensado, bailar no era tan diferente a batirse en duelo: lo más importante era saber dónde colocar los pies.

La muchacha aprovechó un momento de proximidad para susurrarle al oído:

—No me gusta ser un trofeo, señor De La Rochelle —admitió—. Pero, puesto que no me queda alternativa, prefiero ser el trofeo de Valérian Leroy... —Hizo una pausa antes de continuar—. O el vuestro.

Léonide entornó un poco los ojos. Y esperó al siguiente acercamiento para responder:

—Es todo un honor —dijo con cautela—, pero ¿puedo saber a qué se debe?

Henriette Belrose volvió a sonreír con aire juguetón.

—Sois los jóvenes más atractivos de este salón. Y tal vez los únicos que están más interesados en mi persona que en mi fortuna. Aunque no me hago ilusiones —añadió con aparente despreocupación—, ya he visto que no podéis quitarle los ojos de encima a Valérian.

Léonide casi se atragantó. Menos mal que la música sonaba lo bastante alto como para disimular los latidos apresurados de su pobre corazón.

—¿Disculpad...? —balbuceó.

La canción terminó en ese instante. *Mademoiselle* Belrose se abanicó con sus manitas cubiertas de encaje blanco y le dirigió una mirada cómplice.

—Sois un buen aprendiz, señor De La Rochelle; con un poco más de práctica, podríais convertirlos en un gran bailarín. —La muchacha hizo una graciosa inclinación de cabeza—. Si luego buscáis compañía femenina —pronunció esa palabra con lentitud—, no dudéis en pedirme la segunda lección.

Léonide se sentía tan perpleja que ni siquiera reaccionó cuando la chica se alejó de ella. Solo lo hizo al notar que alguien le daba un toquecito en el hombro.

Se dio la vuelta y vio que había tres jóvenes desconocidos observándola. El que la había tocado era un tipo bajo y recio que exhibía un jubón carmesí bordado con hilo de oro y plata.

—De La Rochelle... —pronunció su nombre con lentitud—. ¿Os estáis divirtiendo?

Léonide se irguió deliberadamente.

—Bastante, señor...

Pero el joven no se presentó. Uno de sus compañeros le dirigió una mirada agria.

—¿No habéis escuchado eso de que no se hizo la miel para la boca del asno? —le preguntó con tono áspero.

—Sí, por eso espero que jamás probéis la miel —replicó ella con tranquilidad.

Sus palabras fueron acogidas con exclamaciones de enojo.

—¿Dónde están vuestros modales? —escupió el primer joven.

—No los tiene —terció el segundo.

—¿Acaso esperabais otra cosa de un pordiosero como él? —intervino el tercero, que no había dicho nada hasta entonces.

Léonide cuadró los hombros.

—Señores, nada me gustaría más que escuchar sus insultos toda la noche, pero tengo otros asuntos que atender...

Trató de alejarse de ellos, pero le cerraron el paso. Léonide alzó las cejas.

—No sois bienvenido aquí, duelista —dijo el que llevaba la voz cantante.

—Marchaos por las buenas o tendremos que echaros —le apoyó otro de sus compañeros.

Léonide dudó. Si iniciaba una pelea, saldría victoriosa, pero su reputación quedaría manchada para siempre; sin embargo, si se dejaba echar de allí... su misión resultaría ser un fracaso.

Oh, ¿por qué había tenido que bailar con Henriette Belrose? Lo había hecho solo para molestar a Valérian... y ni siquiera lo había conseguido.

—¿Señores?

La voz del chico le provocó un escalofrío. Se giró y descubrió que estaba junto a ella; pero, de nuevo, no la miraba.

—Señor Leroy —dijo el líder del trío—. Estábamos diciéndole al señor De La Rochelle que lo más prudente sería que se marchara.

Valérian separó sus carnosos labios en señal de desconcierto. Un

desconcierto que Léonide sabía que no era real. A la luz de las velas del salón, el joven parecía envuelto en un halo dorado; todo en él brillaba, desde el cabello hasta las pupilas encendidas.

Tenía un aspecto magnífico. Léonide apenas podía creer que fuese la misma persona que le había recibido en la casa de la Place Dauphine aquel primer día de niebla y preguntas.

—No veo por qué ha de marcharse —replicó con calma.

—Estaba molestando a *mademoiselle* Belrose... —empezó a decir otro de los jóvenes, pero Valérian le interrumpió:

—Me atrevería a decir que *mademoiselle* Belrose no se ha sentido molesta en ningún momento. —Ladeó la cara con aire burlón—. Si queréis tomar el relevo, mostrad vuestros encantos... si es que los tenéis. —Su boca se torció en un mohín de desprecio—. Pero no tratéis de deshaceros de vuestros rivales, es muy poco elegante.

A juzgar por cómo miraban a Valérian, aquellos tres le hubiesen estrangulado con gusto. Pero él se limitó a añadir:

—El señor De La Rochelle está bajo mi protección. Se quedará en la fiesta hasta que yo me retire, y no tengo intenciones de acostarme temprano. —Sin previo aviso, puso una mano en el hombro de Léonide y se lo apretó con suavidad—. Si vuelven a molestarte, házmelo saber. Tomaré medidas.

La soltó y, echando un último vistazo a los otros tres, se alejó y se perdió entre la multitud.

Una vez más, Léonide quiso seguirle. Pero entonces oyó la voz chillona de *mademoiselle* Archambault llamándole y tuvo que dejarle escapar.

¿Qué acababa de suceder?

¿Por qué aquel gesto amistoso no parecía tal cosa? ¿Por qué Léonide sentía que, a pesar de todo, las cosas estaban terriblemente mal entre Valérian y ella?

Tenía que hablar con él. Sí, tenía que hacerlo; todo lo demás podía esperar. Incluso *le Renard Noir*.

Pero no debía desairar públicamente a su anfitriona, por lo que se tragó el nudo que se había formado en su garganta y, mientras la mujer parloteaba, memorizó secretamente el camino que tomaba Valérian.

Capítulo 15

Secretos de alcoba

Léonide tardó un buen rato en deshacerse de las atenciones de *mademoiselle* Archambault. La buena mujer se empeñó en que bebiese vino y conversara con Henriette Belrose; gracias a eso, Léonide confirmó sus sospechas: la joven era una rica heredera.

—Belleza y dinero —suspiró ella mientras apuraba su bebida. Conforme transcurría la noche, hablaba más y se ruborizaba menos—. Eso es todo cuanto desean los hombres.

—Por eso yo nunca me he casado —asintió *mademoiselle* Archambault—. Pero hay compañías masculinas más agradables que otras... ¿verdad, señor De La Rochelle?

Le guiñó el ojo y le acarició la rodilla. Léonide aprovechó el momento para excusarse:

—Señoritas —dijo con fingido apuro—, ¿me disculpáis un momento? Necesito... aire.

Escuchó las risillas juguetonas de las dos mujeres a sus espaldas mientras se alejaba y exhaló un suspiro de alivio. *Mademoiselle* Archambault tenía buen corazón, pero era peligrosa cuando bebía demasiado; en cuanto a la adorable Henriette... Léonide no tenía muy claro si se atrevería a meterse en su cama.

Casi podía ver a Fifi mirándolas con irritación. A su amiga no le gustaba la aristocracia parisina, quizá porque no había recibido de ella nada excepto miradas desdeñosas. Pero a Léonide no le molestaba entrar en ese juego... casi nunca.

Sea como fuere, se olvidó de las dos mujeres tan pronto como cruzó la puerta por la que había desaparecido Valérian. Lo hizo con decisión, como si supiese perfectamente hacia dónde se dirigía; con el tiempo, había aprendido

que esa era la mejor manera de que nadie la detuviese.

Esperaba que la puerta diese acceso al jardín de la casa, pero, en vez de eso, se encontró con las escaleras que conducían a las alcobas.

De repente, se le ocurrió pensar que tal vez Valérian tuviese planeado pernoctar en casa de *mademoiselle* Archambault. No sería tan raro que su anfitriona le hubiese cedido una habitación para que no tuviese que volver a la Place Dauphine a altas horas de la noche.

Bien, Léonide estaba dispuesta a averiguarlo.

La escalera estaba oscura, igual que el pasillo al que accedió cuando subió el último peldaño. La casa olía a madera y lavanda; durante unos instantes, Léonide se dejó embriagar por ese olor agradable.

Entonces captó un destello al final del corredor: era la luz temblorosa de una vela.

Cautelosa, caminó en esa dirección. Y, conforme avanzaba, fue dejando de oír los murmullos que provenían del salón de baile.

Hasta que el silencio dio paso a un lamento ahogado.

La muchacha se detuvo frente a la puerta entornada y aguzó el oído. No, no se lo había imaginado: alguien sollozaba al otro lado. Tan calladamente como podía.

Notó que se le erizaba el vello de la nuca. Y, olvidando toda norma de cortesía, empujó la puerta e irrumpió en la habitación.

Era una estancia con dos alcobas que olían a cerrado. Una de ellas tenía la cortina descorrida; sobre la cama había una larga figura.

Léonide sintió que su corazón se rompía. Valérian estaba tumbado boca abajo, con la cabeza entre los brazos y la espalda temblorosa por el llanto. Pero apenas hacía ruido; la almohada sofocaba su dolor.

¿Cuánto tiempo llevaría allí?

La vela osciló cuando Léonide se acercó a él.

—¿Valérian...?

El joven se sentó de golpe. Giró la cara para huir del haz de luz y se secó los ojos discretamente.

—Señor De La Rochelle —murmuró. Tenía la voz tomada—. ¿En qué puedo ayudaros?

Léonide sacudió la cabeza con incredulidad y se inclinó sobre la cama.

—¿Ahora soy el señor De La Rochelle? —Cogió la barbilla de Valérian para obligarle a mirarla, pero él se resistió—. Por el amor de Dios,

Valérian...

El chico retrocedió.

—Dejad de burlaros de mí. Por favor...

Se le quebró la voz al pronunciar las dos últimas palabras.

Léonide no lo entendía. No entendía nada, pero no soportaba verle así.

—No me he burlado de ti —dijo mientras notaba que sus propios ojos empezaban a arder—. ¿Por qué dices eso? —Se pasó las manos por el pelo—. Yo nunca me burlaría de ti...

Su voz se fue apagando poco a poco. Porque, mientras hablaba, recordó lo que acababa de suceder en el salón... y se sintió miserable.

Valérian estaba bailando con Henriette Belrose, la muchacha más codiciada de aquella reunión, cuando Léonide los había interrumpido. Se había exhibido junto a la joven en presencia de todos; había arruinado el breve momento de gloria de Valérian... e ignorado brutalmente los sentimientos que este pudiese albergar por *mademoiselle* Belrose. Léonide solo había pensado en sí misma, en su corazón herido y en su estúpido orgullo.

Oh, Dios, era un verdadero desastre. ¿Por qué no usaba la cabeza? ¿Por qué nunca pensaba en las consecuencias de sus actos?

—Lo siento —dijo en voz baja.

Al escuchar su disculpa, Valérian exhaló un tembloroso suspiro:

—No tiene importancia.

Mentía.

Mentía, sí, para que Léonide no se preocupara por él. Y eso hizo que la joven se sintiese aún peor.

Se dio la vuelta sabiendo que, a diferencia de Valérian, ella iba a ser sincera. Porque no le quedaba más remedio.

—Estaba celosa —confesó.

Y ya no fue capaz de decir nada más.

Valérian tardó un poco en contestar. Y lo que dijo dejó a Léonide sin aliento:

—¿Por qué ibas a estar celosa? No soy rival para ti. —Dejó escapar un suspiro tembloroso—. Ni quiero ser tu rival. He... perdido este duelo.

Léonide oyó que el joven se removía en la cama. Ella se quedó de pie, casi dándole la espalda, dolorosamente consciente de cada latido de su corazón.

—¿Mi... rival? —preguntó finalmente—. ¿De qué estás hablando?

Valérian tenía la respiración alterada. Por fin, Léonide se atrevió a mirarle de nuevo, pero descubrió que él seguía huyendo de la luz de la vela. Ahora estaba sentado en la cama, con la espalda apoyada en la pared y abrazándose las rodillas.

—Sé lo que estás pensando —murmuró con aire derrotado—. Ni siquiera soy digno de ser tu rival.

Léonide perdió los nervios:

—¡Yo nunca pensaría semejante cosa! —saltó. Volvió junto a la cama y apoyó una rodilla en ella para acercarse al chico—. ¡No entiendo nada de lo que estás diciendo, Valérian! ¿Me oyes? ¡Nada! —Le agarró del hombro y trató de girarle; él respondió zafándose de ella—. ¡Que me mires, te digo!

Intentó hacer que la mirara, pero solo consiguió que él se apartara todavía más. Y ese gesto le dolió, aunque no tanto como ver que las lágrimas volvían a empaparle las mejillas. La impotencia se apoderó de ella: ¿cómo habían llegado a ese punto?, ¿cómo podía estar haciéndolo todo tan mal?

Entonces recordó algo que el propio Valérian le había dicho: «Tú no concibes la posibilidad de que alguien prefiera huir de sus miedos que hacerles frente».

Y lo comprendió. Comprendió que él no quería mirarla, que no quería enfrentarse a sus ojos, a sus temores ni a la verdad. Todavía no.

Supo lo que tenía que hacer. Se subió a la cama, pasó los brazos alrededor de la cintura de Valérian y le atrajo hacia sí con firmeza.

Le sorprendió la naturalidad con la que él se aferró a su camisa y escondió la cara en la curva de su cuello. Léonide empezó a acariciarle la espalda en algún momento, y luego besó su pelo, su frente y sus mejillas húmedas. Y los temblores de Valérian fueron calmándose poco a poco, pero sus lágrimas seguían mojándole la camisa.

La joven dejó escapar un suspiro y elevó una silenciosa plegaria.

Después, por fin, se armó de valor. Y, con mucha más delicadeza que antes, levantó la barbilla de Valérian.

Huyó de su mirada cerrando los ojos. Y, a tientas, buscó sus labios.

Valérian tenía la boca caliente por el llanto. Gimió débilmente con el primer roce de sus lenguas; momentos después, su cuerpo se relajó.

Respondió al beso con la dulce torpeza de un principiante. Pero aquello fue suficiente para que Léonide enredara las manos en su pelo entre suspiros. Su mente se nubló por completo; su corazón, en cambio, sabía perfectamente lo

que estaba haciendo.

Rodaron por la cama hasta que Léonide se colocó encima. Sus labios descendieron por la garganta de Valérian y buscaron las zonas más sensibles del cuello. Cuando sus dientes atraparon la carne, él arqueó la espalda y volvió a gemir.

E, inevitablemente, las manos de Léonide empezaron a deshacer las lazadas del jubón y a tirar de la camisa.

Necesitaba tocar su piel, pero era una necesidad que iba mucho más allá del deseo. Necesitaba llegar a un lugar en el que pudieran encontrarse sin máscaras ni recelos, sin representar ningún papel. Solo ellos dos. La Léonide del retrato. El Valérian que sostenía el pincel.

Solo ellos.

—Léonide... —suspiró el chico.

Por fin, Léonide abrió los ojos y se encontró con una mirada que dolía, que quemaba. Pero no le importaba consumirse en esa misma cama, así que siguió despojando a Valérian de su ropa hasta que el suelo quedó cubierto de cuero grabado y sedas claras.

Y se encontró con su cuerpo sobre las sábanas. Un cuerpo delicado y estremecido por sus besos. Léonide lo contempló con verdadera adoración; luego se incorporó y se deshizo de su propia ropa.

Valérian acarició su figura con la mirada. Sacudida por un escalofrío, Léonide se tumbó sobre él y agarró sus muñecas con menos cuidado del que pretendía.

Volvió a probar sus labios, esta vez con lentitud, y no pudo reprimir un jadeo de alivio. ¿Cuántas veces los había anhelado secretamente mientras se batían en duelo, mientras intercambiaban pullas y confidencias? ¿Cuántas se había propuesto atacarlos antes de dejarse vencer por el temor a ser rechazada?

Seguía sin saber lo que les había llevado hasta ese punto, hasta esa alcoba... pero ya no le parecía tan importante.

Por una vez, la verdad podía esperar.

Apenas había empezado a besar a Valérian cuando notó la tímida caricia de su lengua entre los labios. Ahogó un jadeo y, por primera vez, fue consciente de lo húmeda que tenía la entrepierna.

—Va... Valérian —suspiró contra su boca—, si quieres parar... es el momento...

Por toda respuesta, él le mordió el labio inferior. Y forcejeó hasta liberar sus muñecas, pero solo para llevar las manos a su espalda.

—No quiero parar —susurró entre besos—. Quiero que me enseñes. Léonide sintió que le ardía la cara. Léonide de La Rochelle, la mejor duelista de París, conocida por sus hazañas y amantes, se estaba ruborizando como una doncella virgen por las palabras de Valérian Leroy. *Otra vez.*

Los dedos largos del joven acariciaron sus mejillas. Y, por fin, Léonide se atrevió a abrir los ojos.

Los de Valérian estaban nublados por el deseo.

—¿Tú quieres enseñarme? —le preguntó con timidez.

Ella suspiró.

—Claro que quiero.

Claro que quería. Y sabía cómo hacerlo. Dar placer era una de las cosas que se le daban bien, pero nunca antes lo había hecho con tantas ganas.

Y, sin embargo, fue fácil. Fue fácil dejar que los besos bajaran por el cuello, humedecerle la piel con cuidado, morder en los puntos débiles. Fue fácil seguir bajando por el vientre, rozar los muslos, arrancar suspiros con cada movimiento.

También fue fácil acariciar los lugares más íntimos y ver cómo su cuerpo se tensaba. ¿Podía haber algo más tierno que aquello? Excitada por los jadeos de Valérian, Léonide se colocó a horcajadas sobre él para terminar lo que había empezado.

Pero el chico la detuvo:

—Espera... Espera, Léonide. —Hablabla con voz ahogada, pero su tono era casi tan imperioso como de costumbre—. Espera —repitió mientras se incorporaba con ella en su regazo.

—¿Estás bien? —preguntó la joven con cierta aprensión—. ¿He ido demasiado rápido?

Valérian esbozó una sonrisa irónica. Estaba sonrojado, llevaba el pelo revuelto y tenía marcas rosadas por el cuello, pero no parecía apurado en absoluto.

—No —respondió al punto—, es solo que... Te he pedido que me enseñaras, pero lo estás haciendo todo tú.

Léonide se quedó un poco cortada.

—Eh... ¿Y eso es... malo?

—No. —Él reprimió una sonrisa—. Solo injusto. Claro que... —Empezó a

empujarla suavemente contra la cama—. Bueno, vos y yo entendemos la justicia de diferente manera.

La muchacha soltó una risa nerviosa y se dejó tumbar, pero seguía sin entender muy bien lo que estaba ocurriendo.

No lo entendió hasta que Valérian le separó las rodillas con ternura.

—Soy un completo ignorante en estos... ejem, asuntos —murmuró mientras le acariciaba las piernas—. No dudes en corregirme, ¿de acuerdo?

Léonide dejó escapar un resoplido incrédulo.

—Jesucristo, esto no es una lección de... esgrima...

Enmudeció al sentir que los labios de Valérian le besaban... ahí.

Dios.

Dios, no podía estar haciéndole...

Se le escapó el primer grito cuando el chico hundió la cara entre sus muslos. Estiró un brazo tembloroso para coger la almohada y ahogarlos, confiando en que nadie podría oírla desde el salón.

En algún momento, la vela se apagó. Pero ninguno de los dos se dio cuenta.

Capítulo 16

Confesiones nocturnas

Léonide abrió los ojos cuando aún era de noche.

La alcoba estaba oscura. Parpadeó para acostumbrarse a la penumbra y enseguida notó la caricia de un aliento en su nuca. Y el calor de un brazo rodeándole la cintura.

«Valérian», pensó. Y sonrió.

No sabía cuánto rato llevaban durmiendo. Habían caído rendidos después de entregarse el uno al otro, y Léonide todavía notaba el cansancio en el cuerpo. Despacio, puso su mano sobre la de Valérian y volvió a cerrar los ojos.

Las sábanas aún estaban húmedas, pero no hubiese podido importarle menos.

—¿Estás despierta?

El susurro de Valérian le provocó un escalofrío en la espalda. Al notarlo, el chico le dio un beso suave.

—Eso parece.

—Pero ¿estás bien?

Léonide se alegró de que no pudiese verle la cara.

—Sí —admitió—. Mejor que nunca.

Estuvo a punto de arrepentirse de ese arrebato de sinceridad, pero entonces oyó la risa de Valérian y algo cálido se extendió por su pecho.

—Tengo mucho que aprender, ¿verdad? —murmuró él. Y Léonide notó cómo se estiraba perezosamente—. Lo siento, me esforzaré más.

La joven bufó.

—Si te esfuerzas más, no te dejaré salir de la cama.

—Suena terrible.

Ahora los dos rieron al mismo tiempo. Y Léonide pensó en lo extraño de la

situación; después de todo, había encontrado a Valérian llorando.

—Valérian... —suspiró—. ¿Puedo preguntarte algo ahora?

Pudo percibir cómo él se ponía rígido. Y, de nuevo, lamentó ser tan directa.

—Sí. —Pese a todo, el chico habló con aparente tranquilidad—. Dime.

—¿Por qué llorabas antes? —Léonide buscó su cara en la oscuridad y le acarició el pómulo con el pulgar—. Me parte el alma recordarlo...

Valérian suspiró. Y, tras un instante de vacilación, respondió:

—Pensaba que no querías verme más.

—Qué tontería —bufó Léonide—. Estaba deseando que llegara esta noche.

De pronto, Valérian apartó la cara.

—Entonces, ¿por qué renunciaste a enseñarme esgrima? —preguntó con cierta aspereza.

Léonide se quedó boquiabierto.

—¿Qué dices?

—Mi padre me contó que habías renunciado —dijo Valérian con tono sombrío. En cuestión de segundos, todo se había enfriado entre ellos, hasta la propia cama. Léonide se encogió—. Que pensabas que yo... Que fui un cobarde huyendo aquella noche. —Ahora hablaba entre dientes, como si cada palabra le doliese—. Cuando nos atacaron y yo... avisé a los mosqueteros en vez de enfrentarme a esos hombres.

Léonide sintió que la rabia trepaba por su garganta:

—Valérian, tu padre es un embustero —declaró—. Él fue quien me echó de vuestra casa con el pretexto de que no había sabido enseñarte a batirte en duelo. Yo jamás hubiese renunciado, jamás.

Sus palabras fueron seguidas por un silencio tenso.

—Entonces... ¿No piensas que fui un cobarde? —preguntó Valérian al cabo de un minuto.

—Pienso que estamos vivos gracias a ti. —Léonide estiró la mano para coger la suya—. Si hubieses sido lo bastante imbécil como para empuñar tu espada, nos hubiesen encontrado muertos en ese callejón por la mañana.

Él respondió a la caricia, pero insistió:

—Pero... no fui valiente, Léonide.

—Fuiste inteligente. —La joven chasqueó la lengua—. Valérian, tú mismo lo dijiste: no eres fuerte, eres ágil. Y eso nos vino muy bien entonces y nos vendrá bien en el futuro.

Dijo aquello sin pensar y luego enmudeció. ¿Por qué daba por hecho que habría un futuro para ellos? No tenían nada en común, y ahora menos que nunca.

Valérian la abrazó por detrás. Y, aunque el cuerpo de Léonide respondió agradablemente a ese contacto, su mente seguía dándole vueltas al asunto. Sobre todo, cuando vio que el chico no se pronunciaba al respecto.

«Aún estamos separados por un abismo», se dijo con impaciencia. «La única diferencia es que hemos compartido esta cama».

Se preguntó si sus otros amantes se habrían sentido así cuando ella no quería comprometerse a nada más. Y pensó que aquello bien podía ser una broma del destino.

Pero no tenía ninguna gracia.

—Vamos a dormir —murmuró.

Volvió a tenderse de costado y Valérian la abrazó por detrás. ¿Podía haber algo más parecido a la felicidad que aquello?

Sí: la certeza de que el chico ya no saldría de su cama. Ni de su vida.

Qué tonta era. Acababa de rozar el cielo con las manos y ya pretendía abarcarlo por completo.

Lo quería todo. Pero sabía que todo no estaba a su alcance.

Cerró los ojos. Y solo entonces cayó en la cuenta de algo.

La fiesta había terminado.

Eso quería decir que Léonide había perdido su oportunidad de oro para encontrar y desenmascarar a *le Renard Noir*.

Ese pensamiento terminó de apagar su alegría. Y se durmió con la culpa mordisqueándole las entrañas.

Capítulo 17

Un mal despertar

Las voces airadas despertaron a Léonide.

—¡No!... ¡No, de ninguna manera!...

—¡Haceos a un lado, mujer!

—Os lo prohíbo, ¿me oís?... ¡No, no os atreváis a...! ¡Babette! ¡Babette, trae la escoba!

La joven se incorporó. El sol ya entraba en la habitación; afortunadamente, nadie había dormido en la alcoba de al lado. La cortina seguía descorrida y la puerta entornada.

Y los gritos se oían cada vez más cerca.

—¿Qué está pasando? —preguntó Valérian.

Él también se había sentado en la cama, cubierto por las sábanas de cintura para abajo, y guiñaba los ojos para acostumbrarse a la luz.

—No lo sé. —Léonide se frotó la cara con las manos—. Pero me temo que pronto lo averiguaremos. Apenas le dio tiempo a terminar la frase: en ese instante, distinguió una de las dos voces con total claridad:

—Se va a enterar de lo que es bueno...

Su maestro.

Léonide ahogó un grito. Y, en ese instante, la puerta se abrió de golpe... y Dufort apareció en el umbral.

Aún llevaba puesto el sombrero, como si hubiese subido las escaleras sin ceremonia alguna. Y traía consigo su espada.

Su único ojo relampagueó al ver a Léonide.

—¡Levántate, maldita! —rugió—. ¡Levántate y ven conmigo!

La muchacha se quedó con la boca abierta. Y fue Valérian quien respondió:

—Buenos días, señor Dufort —saludó con cortés frialdad—. No dudo que

su visita tendrá un motivo de peso, pero ¿sería tan amable de salir para dejar que nos vistiéramos? Es incómodo conversar bajo las sábanas.

Por toda respuesta, el hombre se agachó, hizo un fardo con las ropas de Léonide y las arrojó encima de la cama.

—Vístete —le ordenó—. Tenemos que hablar.

Por fin, la joven salió de su estupor.

Y sintió que la rabia se apoderaba de ella.

—¿A qué viene todo esto? —saltó—. ¡Vos no pintáis nada en esta alcoba!

Dufort entornó el ojo.

—Léonide, sujeta tu lengua. Esto es grave.

Estaba pálido de ira. Léonide sentía deseos de golpearle.

—No tan grave como lo que estáis haciendo ahora mismo —dijo con voz temblorosa—. No pienso vestirme hasta que salgáis.

—Ha muerto un mosquetero esta noche.

A la joven se le heló la sangre al escuchar aquello. Se le resbaló la sábana del pecho, pero ni siquiera le importó; lentamente, apoyó los codos en las rodillas y dejó caer la cabeza entre las manos.

Dufort no tenía que decir nada más: por una vez, Léonide supo leer entre líneas.

Supo que *le Renard Noir* había asesinado a ese mosquetero. Y supo quién tenía la culpa.

Ella. Ella, que había ido al baile organizado por *mademoiselle* Archambault con el propósito de detenerle, pero había terminado en la cama con Valérian Leroy.

Notó que el chico le tocaba el brazo, pero no fue capaz de mirarle. Sabía que había hecho mal ignorando su misión, pero no esperaba que las consecuencias de sus actos fuesen tan graves.

Una persona había muerto. Y ella hubiese podido evitarlo, pero no lo había hecho.

Y aquello siempre le pesaría en la conciencia. Siempre.

En ese instante, una acalorada *mademoiselle* Archambault entró jadeando en la habitación en compañía de su fornida criada.

—¡Babette, dile al... señor Dufort... que se vaya! —La mujer tenía la cara roja, quizá debido al enfado o a la carrera, y parecía faltarle el aliento—. Molestar a mis invitados... Inadmisible...

La criada blandió la escoba con aire amenazador, pero Dufort dirigió una

última mirada a Léonide y giró sobre sus talones.

—No tardes —gruñó en voz baja.

—Tómate el tiempo que quieras, querida —dijo *mademoiselle* Archambault con aire ofendido—. Ese viejo cascarrabias... no tenía ningún derecho... a interrumpiros.

Babette la miró con aire confundido, pero la mujer agitó sus rollizas manos para despacharla. Después ella también abandonó la estancia.

Cuando Léonide se quedó sola con Valérian, se sintió casi peor que antes. El chico volvió a rozarle el hombro con los dedos, pero ella se apartó de él; no quería que la consolara.

Solo quería sentirse miserable.

Se vistió en silencio, sin apenas levantar la cabeza. Cuando estuvo lista, exhaló un suspiro y rehuyó los ojos de Valérian.

—Nos vemos.

Él seguía en la cama.

—Léonide...

Mucho tiempo después de aquello, Léonide comprendería que había cometido un error. Que tendría que haber mirado a Valérian, tendría que haberle dicho cómo se sentía. Cualquier cosa hubiese sido mejor que salir de esa habitación dejando aquel pesado silencio entre los dos.

Pero esta vez fue ella quien se sintió incapaz de enfrentarse a sus miedos. Y abandonó la alcoba atormentada por los remordimientos.

Capítulo 18

El verdadero señor Dufort

Una bruma gris abrazaba las torres de Notre Dame aquella mañana. Mientras oía el lamento de las campanas, Léonide tenía la sensación de que la niebla se colaba bajo su ropa para helar aquellos lugares en los que aún sentía las caricias de Valérian.

Su cuerpo se había enfriado y había un peso en su corazón. ¿Por quién doblaban esas campanas? ¿Era por el mosquetero asesinado esa misma noche, mientras ella suspiraba en una alcoba?

Qué vergüenza.

Qué horror.

Nada más entrar en su casa, Dufort encendió el fuego y sacó el vino. Pero ninguna de las dos cosas calentó el cuerpo de Léonide.

El hombre no había dicho una sola palabra en todo el camino. Y ahora permanecía grave y callado, con las cejas fruncidas y la mirada perdida en el hogar.

Por fin, Léonide se atrevió a romper el silencio:

—¿Sirve de algo que me sienta la peor persona del mundo ahora mismo?
—preguntó con un hilo de voz.

Dufort resopló ligeramente, pero no se giró hacia ella.

—No —dijo sin rodeos—. El sufrimiento no resuelve los problemas, solo los empeora.

Entonces, por fin, volvió a mirarla.

—Te necesito más fuerte que nunca, Léonide. ¿Serás capaz de escucharme sin perder la calma?

La joven estuvo a punto de decir que lo intentaría, pero luego se dijo que eso tampoco serviría de nada: o lo hacía o no lo hacía, las medias tintas sobraban.

—Sí.

—Bien. —Su maestro se sentó frente a ella y bebió un trago de vino—. Sabes que no me gusta andarme con rodeos, así que hablaré claro: trabajo para un hombre importante.

—¿Cómo de importante? —murmuró Léonide.

Dufort le dirigió una sonrisa torcida. En ella no había el menor atisbo de alegría.

—El más importante de París... y de Francia.

—Su Majestad —adivinó la muchacha.

Ahora todo encajaba: el pasado de mosquetero de Dufort, el hecho de que tuviese informadores por toda la ciudad... y las tres flores de lis que presidían su casa.

Las tres flores de lis que formaban parte del escudo real.

Benoit Dufort era un agente de Luis XIII. Y Léonide había estado siguiendo sus órdenes, por lo que también había estado trabajando para el rey, aunque sin saberlo.

Pero ¿por qué ella? ¿Qué tenía de especial? Solo era una duelista, una duelista que había fracasado en todas sus misiones hasta la fecha...

Dufort interrumpió sus lúgubres pensamientos:

—En efecto. —Dejó la botella en la mesa con un golpe seco—. Llevo años trabajando para Su Majestad. Y el señor Leroy —añadió con lentitud— lleva años trabajando para su eterno rival.

—¿El... cardenal Richelieu? —adivinó Léonide—. Dios mío...

—Sí, eso mismo pensé yo cuando lo averigüé.

Léonide apretó los puños. Ella tenía sus propias razones para odiar a Richelieu: había sitiado su querida ciudad cuando ella solo era una niña. No es que la cuestión religiosa le importase mucho, pues ella no distinguía entre católicos y hugonotes; sin embargo, recordaba el hambre y el miedo que habían pasado los habitantes De La Rochelle durante el asedio. Y no era algo que se pudiese perdonar fácilmente.

—Entonces, ¿no lo sabíais? —gruñó—. Cuando empecé a darle clases a Valérian... ¿no sabíais que Leroy trabajaba para Richelieu?

—No, aunque tenía mis sospechas —gruñó su maestro—. Pero tú me sacaste de dudas.

—¿Yo?

—Mencionaste una carta. —Dufort extendió las manos sobre la mesa—.

Una carta que el señor Leroy escribió a un tal «R».

Léonide se sintió estúpida de repente.

—La «R» era de «Richelieu» —comprendió—. Seguro que alguien más listo lo hubiese adivinado.

—Yo lo hice. —El hombre volvió a esbozar aquella sonrisa oscura—. Y entonces entendí algunas cosas.

—¿Qué cosas?

—Por qué Leroy quiso que diceses clases de esgrima a su hijo, para empezar. —Dufort se puso en pie nuevamente y empezó a pasearse por la cocina—. Valérian no le importaba lo más mínimo: lo único que quería era vigilarte.

Léonide se quedó perpleja.

—¿A mí? ¿Por qué?

El hombre se detuvo y le dirigió una mirada interminable.

—¿Aún no sabes por qué te tomé como discípula?

Por una vez, no hablaba con tono burlón.

—Dijisteis que era para que consagrara mi espada a causas nobles.

—Y no te mentí. —Dufort suspiró—. Quería que fueses la campeona de Su Majestad.

Léonide sintió que se le cortaba el aliento.

—¿Su... campeona?

—Richelieu ha conseguido su propio campeón: *le Renard Noir* —explicó Dufort—. ¿No te das cuenta de lo que pretende? Mientras haya un peligroso criminal suelto por París, el reinado de Luis XIII estará cuestionado permanentemente. *Le Renard Noir* no es un simple canalla, Léonide: es una herramienta política para atacar a Su Majestad. —El hombre apretó los puños—. Y yo pensé... —Volvió a suspirar y su expresión se dulcificó—. Pensé que podríamos enfrentarnos a Richelieu usando sus propias armas. Que tú, Léonide, podrías detener a *le Renard Noir* y devolver la paz a París.

Conforme su maestro hablaba, Léonide notaba que se le iba formando un nudo en la garganta. Un nudo apretado e imposible de tragar.

Dufort había confiado en ella, al igual que... Su Majestad. Y Léonide había correspondido a esa confianza dejándose llevar por sus sentimientos. Por unos sentimientos egoístas... y estúpidos.

Valérian y ella habían yacido esa noche, sí. Pero Léonide sabía que pertenecían a mundos distintos. Leroy la había echado de su casa; con un

poco de suerte, volvería a ver a Valérian un par de veces, cuando coincidiesen en las reuniones de *mademoiselle* Archambault. Él acabaría casándose con una Henriette Belrose, una joven de su condición con la que pudiese bailar en público, y Léonide seguiría viviendo en su hostería, con un hermoso retrato como único recuerdo de aquel breve romance.

Era estúpida, sí. Pero su estupidez le había costado muy cara a un hombre honrado.

—Supongo que he decepcionado a Su Majestad —murmuró con tono apagado—. Y también a vos, maestro.

Dufort resopló como un caballo, arrastró una silla junto a ella y se sentó con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Léonide, ni Su Majestad ni yo hemos podido pararle los pies a *le Renard Noir* —dijo entre dientes—. No es tan fácil atrapar a un hombre enmascarado y sin escrúpulos, y menos cuando se tiene corazón. —El hombre dejó escapar un pequeño bufido—. ¿Recuerdas lo que te dije? Los villanos nos llevan ventaja...

—... porque no hay nadie que les importe más que ellos mismos —concluyó Léonide.

Y, de repente, se dio cuenta de que ya no se sentía tan mal. Las palabras de Dufort, aunque crudas y severas, habían servido para apaciguar su conciencia.

—En cuanto al joven Leroy... —suspiró él entonces.

A Léonide se le encogió el estómago sin remedio.

—Olvidad eso, maestro —le dijo entre dientes—. Es un amor imposible.

Dufort la contempló con seriedad.

—No voy a juzgarte, hija. Aunque no lo creas, yo también fui joven una vez. —La boca de su maestro no sonreía, pero la muchacha creyó ver un brillo divertido en su mirada—. ¿Alguna vez te he contado cómo perdí este ojo? —preguntó señalando el parche.

Léonide no pudo reprimir una sonrisa incrédula.

—No, maestro —dijo alzando las cejas—. ¿Cómo fue, en una pelea de borrachos o en un duelo a muerte?

—En una boda —replicó Dufort—. Hará casi veinte años. El 18 de octubre de 1615, para ser más exactos.

—Tenéis buena memoria.

—Uno nunca olvida su primera derrota. —El hombre se toqueteó el parche

con aire pensativo—. Esa boda... Bueno, no me gustaba la idea de que se celebrara, así que traté de interrumpirla. Era un idiota presuntuoso, como la mayor parte de los jóvenes.

—Gracias por la parte que me toca —bufó Léonide—. ¿Y conseguisteis raptar a la novia?

—No. Ni siquiera intenté raptarla. —Dufort volvió a coger el vino—. Estaba enamorado del novio, y creo que él estaba enamorado de mí. —Dio un largo trago y le ofreció la botella a Léonide—. Pero el amor no siempre es suficiente, ¿no crees?

Ella aceptó la botella y también bebió.

—Sí, lo creo —masculló.

Dufort miró el fuego con aire ausente.

—Somos dueños de nuestras palabras y actos, pero los sentimientos... —Sacudió la cabeza—. Los sentimientos no dependen de nosotros. Tenemos que aprender a convivir con ellos de la mejor manera posible.

Léonide debió de contemplar a su maestro con mucha pena, porque él la miró de reojo y le espetó:

—Deja de poner esa cara, mujer. Siete años después de la dichosa boda, senté la cabeza y me hice mosquetero.

—¿Y por qué dejasteis de serlo?

—Podría decirte que me hice viejo —gruñó Dufort—, pero lo cierto es que Su Majestad tenía otros planes para mí. ¿Sabes? Yo podría haber ocupado el lugar del señor de Tréville y convertirme en el líder de los mosqueteros, pero escogí realizar otra clase de trabajos. Más peligrosos, pero también más emocionantes. —El hombre le dirigió una de sus miradas socarronas—. Y no me ha ido tan mal.

Pese a todo, Léonide sonrió de nuevo.

—Ya lo veo, maestro.

Dufort tardó un poco en volver a hablar:

—Sé que ya tienes un padre en tu ciudad natal, Léonide —dijo lentamente—, pero... eres la hija que me hubiese gustado tener. —Su ojo gris emitió un destello fugaz—. Tengo que confesarte que envidio a Absolon de La Rochelle. Y, como ya habrás podido comprobar, no soy un hombre envidioso.

Léonide tragó saliva.

—Maestro, yo... puedo tener dos padres. Uno en La Rochelle y otro en

París.

Se avergonzó de aquellas palabras nada más pronunciarlas, pero Dufort respondió con una breve carcajada.

—Soy un nefasto ejemplo, querida —suspiró—, pero me honras. —Dio una palmada en la mesa—. En fin, ya está bien de ponernos melosos. Aún tenemos un asunto pendiente.

Léonide sospechó que a su maestro también le avergonzaba un poco hablar de sentimientos. Y se dijo que, aunque no llevaran la misma sangre, Benoit Dufort y ella bien hubiesen podido ser padre e hija.

Y esa idea le hizo sentirse orgullosa. Casi tan orgullosa como cuando pensaba en su humilde y bondadoso padre, Absolon de La Rochelle, tan alejado de las intrigas parisinas como el cielo de la tierra.

—¿Qué asunto, maestro? —quiso saber.

Dufort se aclaró la garganta:

—Ahora que sabes toda la verdad, debes tomar una decisión.

—¿Una decisión?

—Hemos perdido este duelo, Léonide. Los dos. —El hombre chasqueó la lengua—. ¿Vamos a seguir luchando contra Richelieu y su campeón? Yo lo tengo claro: lucharé hasta mi último aliento. Y si muero, moriré con honor y orgullo. Pero tú... —Frunció el ceño—. Tú aún puedes retirarte.

—¿Retirarme? —se indignó Léonide—. ¿Me tomáis por una cobarde? Por supuesto que seguiré buscando a *le Renard Noir*... siempre y cuando Su Majestad y vos no queráis prescindir de mis servicios.

Dufort esbozó una de sus sonrisas lobunas.

—Como maestro, me complace escuchar eso. Como padre putativo... —Se llevó la mano a la frente—. No podrías darme un disgusto más grande. —Dejó caer la mano y se encogió de hombros—. Sin embargo, lo comprendo. Lo comprendo, lo respeto y lo admiro. Y ahora —añadió con aire solemne—, voy a contarte cómo ha sido el ataque de esta noche. Cuanta más información tengamos a nuestra disposición, mejores estrategias podremos trazar.

—¿Es que vamos a ir a por *le Renard Noir* inmediatamente? —preguntó Léonide con calor.

Pero su maestro resopló:

—No inmediatamente, Léonide. ¿Qué te tengo dicho? Un buen duelista sabe esperar a la luna nueva. —El hombre se acarició la barba—. Sin embargo, pronto tendremos que enfrentarnos a él. Y debemos estar listos.

Dufort apartó la botella de vino. Y Léonide, mucho más animada, apoyó los codos en la mesa y se preparó para escuchar.

Capítulo 19

Encuentro en el Sena

Habían pasado tres días.

Y, sin embargo, a Léonide se le habían hecho eternos. Dufort y ella habían estado analizando el comportamiento de *le Renard Noir*, previendo posibles ataques y haciendo planes para evitarlos. La muchacha pasaba más tiempo en la Île de la Cité que en la hostería Pot d'Or, y solo se había encontrado con Fifi en una ocasión.

Su amiga se mostró preocupada al escuchar las novedades. Y también le dijo algo sorprendente:

—¿Has hablado con el joven Leroy?

—No —admitió Léonide con cierta incomodidad—. ¿Por qué lo preguntas?

En realidad, había intentado no pensar mucho en Valérian últimamente. Pero su subconsciente era más fuerte que su voluntad y se empeñaba en soñar con él cada noche. Menos mal que Dufort la mantenía ocupada durante el día.

—Te largaste cuando él aún estaba en la cama —le recordó Fifi—. ¿Te parece bonito?

Léonide rehuyó su mirada acusadora.

—Si te soy sincera, no creo que a él le importe mucho.

—Menuda excusa de tres al cuarto —replicó su amiga—. A ti no te gustaría que te lo hiciesen, ¿verdad que no? Yo pienso que le debes una explicación.

Sí, tal vez Fifi tuviese razón. Tal vez Léonide estuviese actuando cobardemente.

Pero es que no encontraba el valor necesario para acudir a la casa de la Place Dauphine. Y la prohibición del señor Leroy no tenía nada que ver con eso.

El problema era otro.

El problema era que Léonide se había enamorado de Valérian Leroy. De su lengua afilada, de sus mohines, de su sensibilidad para captar la belleza que le rodeaba y convertirla en arte. De su debilidad física, incluso, y de su entusiasmo a la hora de rendirse a los placeres del cuerpo. Pensaba en él y se sentía vulnerable, y sabía que esa vulnerabilidad podía llevarla a la tumba.

Si el joven estuviese amenazado por *le Renard Noir*, Léonide iría a salvarle sin dudarle. Pero, mientras estuviese a salvo en la casa de la Place Dauphine, se sentía más segura lejos de él.

Sin embargo, Fifi insistió tanto que, finalmente, acabó cediendo y le envió una nota.

—Yo misma se la llevaré —prometió su amiga—. No descansaré hasta que la reciba.

Léonide la miró con suspicacia.

—¿Por qué te importa tanto Valérian?

—Porque te importa a ti —suspiró Fifi—. Y porque tú siempre has sido mi príncipe, Léonide. Y los príncipes no se esconden.

—Él se parece más a un príncipe que yo —gruñó la muchacha—. Yo soy demasiado ordinaria.

Pero Fifi se limitó a sacudir la cabeza.

—Tonterías.

Y, aunque Léonide sospechaba que no le había contado toda la verdad, dejó que se fuese con su nota.

Apenas le había escrito unas pocas palabras con su letra grande y temblorosa:

Si quieres verme, estaré en la pasarela de San Luis esta tarde.

L.

La suerte estaba echada.

Léonide llegó a la pasarela de San Luis un poco más tarde de lo previsto. No contaba con que aún tenía el cuerpo magullado por la escaramuza nocturna; lo ocurrido durante el baile y su posterior conversación con Dufort le habían impedido prestar mucha atención al dolor, pero no se movía tan deprisa como de costumbre.

Valérian ya estaba en el lugar de la cita. O casi. En vez de esperar en la

propia pasarela, se había sentado a orillas del Sena. Tenía la cabeza echada hacia atrás, los ojos cerrados y el pelo suelto; cuando el viento soplaba, sus ropas se agitaban.

Léonide arrastró las botas hacia él y se dejó caer a su lado. Sin mirarle. Y sus ojos también se posaron en las aguas centelleantes.

—No parece tan sucio desde aquí —comentó con torpeza—. El río, quiero decir...

Valérian abrió los ojos y se inclinó hacia ella.

—¿Cómo estás?

—Bueno. —Léonide se llevó una mano a la nuca y, por fin, le miró—. He estado mejor.

Valérian bajó la vista un momento. Después apoyó la barbilla en las manos.

—¿Quieres contármelo?

Léonide debió de poner cara de sorpresa, porque el chico arqueó las cejas.

—Para eso querías verme, ¿no? Para hablar conmigo.

Léonide no supo qué contestar. Realmente, le había escrito porque Fifi había insistido, pero no tenía muy claro lo que quería decirle. De hecho, no tenía muy claro si quería decirle algo o...

¿O qué?

La expresión de Valérian se endureció al ver que no se pronunciaba.

—La verdad es que yo quería hablar contigo, pero... he cambiado de idea.
—Giró la cara hacia el río y apretó los labios—. Está claro que ya no quieres verme más.

Hizo ademán de levantarse, pero Léonide le agarró de la manga.

—¿Qué clase de tontería es esa? —protestó.

Él liberó su brazo y la miró con aire ofendido.

—¿Lo niegas, entonces?

Léonide apretó las mandíbulas, pero no respondió enseguida.

Porque había una parte de verdad en aquella acusación. No quería verle... porque estaba asustada. Porque le asustaba que lo que sentía por él fuese más fuerte que su voluntad.

Temía convertirse en una esclava de su propio corazón. Como le había sucedido la otra noche.

—No lo niegas —dijo él. Y, por fin, se puso en pie—. En ese caso, señor De La Rochelle... yo tampoco quiero veros más.

Hizo una reverencia burlona y le dio la espalda.

Pero Léonide también se levantó. Con mucha menos elegancia. Con mucha más brusquedad.

Alcanzó a Valérian en tres zancadas, le puso las manos en los hombros y le obligó a girarse de nuevo.

—Espera. No te vayas.

Él le dirigió una mirada gélida.

—No veo por qué he de quedarme.

Si Léonide se hubiese fijado bien, quizá hubiese captado el dolor que encerraban sus palabras. Quizá hubiese podido adivinar las horas muertas que había pasado el joven durante los últimos días esperando un mensaje que nunca llegaba, una señal de que ella quería volver a verle. Esperando tener algo a lo que aferrarse para no perder toda esperanza.

Pero no prestó suficiente atención. Porque ya no estaba mirando los ojos de Valérian, sino sus labios. Esos labios que podían pronunciar las palabras más ácidas y regalar los besos más dulces. Los mismos que se moría por besar en ese momento.

Y lo hizo. Rodeó la cintura de Valérian con un solo brazo, le pegó a su cuerpo y atacó su boca. Olvidando que eran Leroy y De La Rochelle, un joven aristócrata y un duelista, dos hombres besándose delante de cualquiera que pasara junto al Sena.

Le daba igual. Le hubiese dado igual tumbar a Valérian ahí mismo, a orillas del río, entre los álamos, y volver a desnudarle. Como en esa alcoba maldita en la que había perdido la poca entereza que le quedaba.

Estaban tan cerca que Léonide pudo notar cómo se agitaba la respiración del chico, cómo la debilidad se apoderaba de su cuerpo mientras sus lenguas se enredaban. Ella le sostenía con tanta delicadeza como pasión ponía en cada beso que le daba.

Por un momento, creyó estar tocando el cielo otra vez.

Pero bajó a la tierra en cuanto Valérian murmuró su nombre:

—Léonide...

Sintió frío cuando sus labios dejaron de tocarse. Intentó volver a capturar los de Valérian, pero él le puso las manos en el pecho y la apartó suavemente.

—Léonide, basta —suspiró—. No... No quiero esto. No quiero ser una de tus conquistas.

Tenía el rostro sonrojado, pero había firmeza en su tono de voz. Una

firmeza que desarmó a la joven.

—No eres una de mis conquistas —respondió acaloradamente—. Eres...

—¿Qué soy? —Él torció el gesto—. ¿Tu amigo?

—No, eres...

—Si fuese tu amigo —la interrumpió Valérian—, confiarías en mí. Pero ni siquiera lo soy, ¿verdad?

Léonide sentía que el corazón le golpeaba el pecho con cada latido. ¿Por qué no era capaz de hacer las cosas bien?

—No se trata de eso...

El chico negó con la cabeza y retrocedió un paso.

—Esto no está bien. Yo no... No quiero calentarte la cama. —¿Se lo parecía a Léonide o le costaba seguir hablando?—. Adiós, señor De La Rochelle. Que tengáis un buen día.

Léonide sintió que se le partía el alma al escuchar esas palabras. Tenía que hacer algo, tenía que decirle... ¿Qué? ¿Qué iba a decirle, la verdad? Hacerlo sería como saltar al vacío.

Así que no dijo nada. Dejó que Valérian se alejara de ella mientras el sol se ocultaba tras los tejados de París. Y, cuando su espalda erguida desapareció entre los árboles, se le empañaron los ojos.

—Adiós, Valérian —murmuró para sí misma.

Y a su memoria regresaron las palabras de Dufort: «Uno nunca olvida su primera derrota».

La suya llevaba el nombre de Valérian Leroy.

Abatida, encaminó sus pasos hacia la Île de la Cité. Confiaba en que la persecución de *le Renard Noir* pudiese aliviar un poco el dolor que sentía en el pecho.

Y hacerle olvidar que, después de todo, la famosa Léonide de La Rochelle también prefería huir de sus miedos que enfrentarse a ellos.

Capítulo 20

Fuego cruzado

Ya era de noche cuando Léonide llegó a casa de Dufort.

Había estado vagando por las calles durante horas. Necesitaba calmarse un poco antes de ver a su maestro; de lo contrario, él sospecharía que le pasaba algo.

Ahora lamentaba haber escuchado los consejos de Fifi. Pero ya no podía echarse atrás.

Había jugado con fuego... y se había quemado. Había ardido hasta los huesos y lo único que podía hacer era sacudirse las cenizas y empezar de nuevo.

Estaba sangrando por dentro, pero esas heridas se podían ocultar. Seguiría protegiendo a Valérian desde las sombras... y demostraría lo dura que tenía la piel olvidando cualquier otro sentimiento.

Sí. Podía hacerlo.

Fue al encuentro de Dufort con ese propósito. Pero dejó de pensar en Valérian en cuanto enfiló el callejón que conducía a casa de su maestro.

Algo no iba bien.

La puerta estaba abierta y se balanceaba ligeramente al compás del viento. Los goznes crujían discretamente, como si no quisiesen molestar.

Y apenas se veía luz dentro.

—¿Qué demonios...? —masculló Léonide.

Entró en la casa corriendo... y entonces lo vio.

Fue como zambullirse de lleno en una pesadilla. Una pesadilla que giraba en torno al cuerpo inerte que yacía en medio de la cocina, boca arriba y con el ojo gris clavado en el techo.

Alrededor de él había un charco de sangre oscura; apoyada en su pecho, una muchacha que sollozaba ruidosamente.

—¡Mi pobre señor...! —gimoteaba Fifi Lachance, señora de los granujas de París—. ¡Mi pobre, pobre señor...!

Léonide volvió a mirar el rostro sin vida de Dufort. Su ojo estaba muy abierto, como si él mismo no creyese del todo lo que estaba ocurriendo. Su boca, rígida, aún parecía guardar secretos.

Entonces, por fin, la muchacha comprendió que su maestro, su segundo padre, estaba muerto.

Cayó de rodillas junto a Fifi. Ella se lanzó a sus brazos y dejó escapar un gemido de angustia; Léonide la estrechó con todas sus fuerzas, como si así pudiese aplastar el dolor que sentía hasta hacerlo desaparecer.

«Maestro», dijo una voz en su corazón.

Temblorosa, se las arregló para extender una de sus manos y cerrar el párpado de Dufort.

«Lo siento, querido maestro. Siento no haber estado con vos».

Entonces se fijó en su jubón. Había un agujero oscuro en él.

Y, poco a poco, la pena que sentía fue remplazada por una ira incontrolable.

—¿Quién ha sido? —preguntó con fiereza—. ¡Dímelo, Fifi!

Ella sorbió mocos y balbuceó:

—Yo... no lo he visto, pero...

—¡Habla! —Léonide le puso las manos en los hombros—. ¡Ya está bien de ocultarme las cosas! ¡Mira a dónde nos han llevado los secretos!

Fifi habló entre hipidos:

—No sé quién ha sido, pero... lo sospecho. —Hizo un puchero—. Sabiendo la verdad sobre el señor Dufort...

Léonide se secó sus propias lágrimas con impaciencia. Ver llorar a Fifi era lo último que necesitaba en ese momento.

Pero no podía derrumbarse. El propio Dufort se lo había dicho: «El sufrimiento no resuelve los problemas, solo los empeora».

—Sabiendo la verdad sobre el señor Dufort —repitió Léonide con tono sombrío—, esto parece obra de *le Renard Noir*.

Fifi le dirigió una mirada húmeda, pero no la contradijo. Y Léonide sintió que su ira se convertía en determinación.

Iba a hacer que ese hombre pagara por sus crímenes. Aunque le costara la vida.

Entonces su amiga murmuró:

—¿Has hablado con... el joven Leroy?

Léonide le echó un vistazo incrédulo y volvió a inclinarse sobre Dufort.

—Como si eso tuviese alguna importancia ahora mismo.

El cuerpo de su maestro aún estaba caliente. Léonide le colocó las manos cruzadas sobre el pecho, le rozó la mejilla con los nudillos y le dio un beso en la frente. Sus lágrimas mojaron la piel agrietada, pero no se las enjugó; ese hombre merecía irse del mundo cubierto de afecto.

«Nunca os olvidaré, maestro. Recordaré vuestra cara, vuestros gestos y vuestras lecciones, y no volveré a darle la vuelta a la espada».

Tras despedirse de Dufort en silencio, se puso en pie y cogió su espada.

—¿A dónde vas, Léonide? —le preguntó Fifi con aire apurado.

Ella ya se estaba dirigiendo hacia la puerta con pasos firmes.

—Voy a vengar al mejor hombre de París —declaró—, o a morir en el intento.

—¿Es que te has vuelto loca? —saltó su amiga—. ¡Te matarán!

—Me trae sin cuidado.

—¡No, no y no! ¡No lo permitiré! —Fifi se puso en pie y apretó los puños—. ¡No puedes hacerlo todo tú sola! ¡Tenemos que avisar al señor de Tréville! ¡Y al joven Leroy!

—El señor de Tréville ha demostrado ser un perfecto inútil y jamás atrapará a *le Renard Noir* —sentenció Léonide—. Y Valérian es el hijo de un agente de Richelieu. —Torció el gesto al pronunciar el nombre del chico—. Solo yo puedo hacer justicia.

Fifi le dirigió una mirada furibunda.

—¿Cómo puedes ser tan cabezota? —le gritó desde la otra punta de la cocina—. ¡Si Dufort viviese...!

—Si Dufort viviese —la interrumpió Léonide con calma—, confiaría en mí.

Metió la mano en su jubón y rebuscó en su interior.

—Encárgate de que tenga un funeral —dijo mientras le arrojaba su bolsa de dinero a Fifi—. Y una misa en su honor.

Su amiga abrió la boca para protestar. Tal vez incluso estiró los brazos hacia ella. Pero, antes de que pudiera impedirselo, Léonide salió de aquella casa maldita y dejó que la noche se la tragara.

Capítulo 21

En las garras del cazador

Léonide no llamó a la puerta de la casa de Leroy: directamente, la derribó.
—¡Señor De La Rochelle! —oyó cloquear a Poulin desde el rellano—. ¿A qué viene esta intromisión?

La joven empujó al criado sin dirigirle una sola mirada.

—Lárgate —le dijo entre dientes—, o será peor.

Sus pasos resonaron en el hueco de la escalera. Al igual que su voz, potente y firme:

—¡Valérian! ¿Estás ahí, Valérian?

—¡Mi joven señor no está! —susurró Poulin desde abajo—. ¡Ha salido hace unos minutos en compañía de...!

Léonide no siguió escuchando: eso era todo lo que necesitaba saber.

Ella no era una espía ni una intrigante, sino una duelista. La mejor de París. E iba a enfrentarse al señor Leroy usando sus armas: el valor y la espada.

Pero no quería que Valérian estuviese presente. No iba a matar a su padre delante de él. Era una suerte que hubiese salido, eso lo haría todo más fácil.

El pasillo estaba iluminado por dos hileras de candelabros de plata. La joven se encaminó hacia el despacho de Leroy sin molestarse en ocultar su presencia.

Para cuando abrió la puerta de una patada, el hombre ya se había levantado de la mesa.

—¿Qué significa esto, De La Rochelle?

Léonide ignoró el tono áspero de su voz y avanzó hasta que las velas proyectaron su sombra sobre su enemigo.

Porque lo era.

Ahora más que nunca.

—Significa que vais a confesar —escupió.

El hombre entreabrió los labios con desdén.

—¿Confesar...?

—¿Habéis sido vos? ¡Responded!

—No sé de qué me hablas, chico. Yo no he matado a tu maestro.

Léonide sintió deseos de estrangularle.

—¿Y cómo sabéis que ha muerto? —siseó.

Leroy ensanchó su sonrisa.

—Os dije que era un hombre bien informado.

—Mentís, Leroy. —La muchacha puso la mano en la empuñadura de su espada—. Como siempre, mentís.

Leroy dio un paso atrás y se apoderó de uno de los sables que había en la panoplia de la pared.

—¿Y qué vas a hacer, imbecil? —le preguntó en voz baja—. ¿Atacar a un notable en su propia casa?

—No.

Léonide se quitó un guante y lo arrojó a sus pies.

—Os reto a un duelo —le espetó—, a muerte. Mañana a medianoche. En el Jardín de las Tullerías.

El hombre miró la prenda; luego volvió a mirar a Léonide.

—Te has vuelto loco.

No era una pregunta.

—¿Acaso os negáis? —se burló Léonide—. ¿Sois tan cobarde como Richelieu, que se esconde detrás de una letra para no tener que responder ante Su Majestad?

Por toda respuesta, Leroy gritó:

—¡Dieudonné! ¡Dieudonné, avisa a los hombres del cardenal!

Léonide oyó pisadas apresuradas en la escalera. Y entonces Leroy le dirigió una mirada satisfecha.

—Has mordido el anzuelo, De La Rochelle.

Por un momento, Léonide no entendió lo que quería decir con eso. Su mano derecha aún estaba posada en el puño de la espada; sus pies, en posición de guardia.

—Ya he conseguido deshacerme de Dufort —añadió Leroy en el mismo tono—, y ahora su campeón —pronunció esa palabra con desdén— ha caído en mi trampa. Siempre he sabido que eras un patán, De La Rochelle, pero esperaba que me divirtieses un poco. —El hombre inclinó la cabeza con aire

burlón—. Has sido una verdadera decepción.

Por fin, Léonide se dio cuenta de que había caído en una trampa. Una trampa tan evidente que solo una idiota como ella no la hubiese visto venir.

El propio Dufort se lo había dicho: el objetivo de Leroy (y, por tanto, de Richelieu) era Léonide. La campeona del rey.

Fue hacia la puerta, pero ya era tarde para escapar: tres hombres vestidos de rojo subían las escaleras a toda prisa.

Eran los hombres de Richelieu. Y Dieudonné iba con ellos.

El joven la miraba con aire divertido mientras se acariciaba el mentón con los dedos.

Léonide solo contó cuatro. Cuatro dedos.

Le faltaba el índice.

—¡Sois vos! —rugió—. ¡Sois *le Renard Noir*!

Dieudonné rio, pero no dijo nada.

—Soltad el arma —exigió uno de los hombres del cardenal.

Léonide hizo ademán de abalanzarse sobre el bastardo de Leroy, pero los demás se lo impidieron.

—¡Asesino! —le gritó—. ¡Gusano asqueroso...!

—Llevaos a este hombre fuera de mi vista —dijo Leroy. Y después volvió a mirarla—. Podríais haber sobrevivido, De La Rochelle; yo mismo os alejé de esta casa para salvaros. Pero ya he comprobado que vos, al igual que el viejo Dufort, no podéis resistir la tentación de creeros un héroe.

Léonide blandió su espada.

—¡No ensuciéis el nombre de mi maestro con vuestra asquerosa boca!

—Disfrutad de vuestro encierro en la Bastilla —suspiró Leroy—. Será breve, en cualquier caso: atacar a un notable se paga muy caro.

Las entrañas de la joven se retorcieron por culpa de la rabia y el miedo. Nunca antes se había visto en una situación tan crítica, ni siquiera cuando *le Renard Noir* y sus hombres la rodearon en ese callejón.

Había jurado vengarse. Y, lejos de conseguirlo, había acabado atrapada en una ratonera.

Por un momento, estuvo a punto de blandir su acero y luchar hasta su último aliento. Pero entonces tuvo un breve momento de lucidez.

«Un buen duelista sabe esperar a la luna nueva», dijo la voz de Dufort en su cabeza.

Y comprendió que no ganaba nada muriendo heroicamente en el despacho

de Leroy. De modo que envainó su espada.

Leroy pareció desconcertado y Dieudonné dejó de sonreír. Pero los hombres del cardenal intercambiaron una mirada y, resignados, se la llevaron detenida.

Estaban arrastrándola escaleras abajo cuando Léonide oyó la voz de Leroy una última vez:

—Le diré a Valérian que vinisteis a matarnos a los tres.

Ella sintió que se rompía algo en su interior al escuchar aquello. Pero se obligó a responder:

—No te creerá.

Había tanta seguridad en sus palabras que incluso ella se sorprendió. Y comprendió, demasiado tarde, que tendría que haber confiado en Valérian desde el principio. Cuando estuvieron junto al Sena. Cuando Fifi le dijo que tenía que ir a avisarle.

Tendría que haber confiado en Valérian, pero no lo había hecho. Había intentado arreglárselas sola... y, una vez más, había fracasado.

Ese pensamiento le provocó un escalofrío. Desesperada, hizo un último intento de huir, pero apenas había empezado a empujar al primero de aquellos hombres cuando algo duro impactó contra su nuca.

Sus párpados cayeron. Justo antes de perder el conocimiento, creyó oír una carcajada; tal vez de Leroy, tal vez de su hijo bastardo. Una carcajada breve, seca... y dolorosamente triunfal.

Capítulo 22

Adiós a una leyenda

Cuando Léonide abrió los ojos, lo primero que vio fue una pared de piedra frente a ella.

Después, un círculo de luz mortecina sobre su cabeza.

Parpadeó con fuerza para acostumbrarse a la penumbra. Inspiró profundamente, notó un olor desagradable y tuvo que cubrirse la nariz con la manga.

Entonces descubrió dónde se encontraba.

Era una celda. Una celda de paredes desnudas y resbaladizas, con el suelo cubierto de paja y las esquinas llenas de telarañas.

Volvió a mirar el círculo luminoso. Era una claraboya que dejaba ver los últimos restos del día. Estaba situada a más de veinte pies de altura sobre su cabeza; justo cuando levantaba la barbilla para contemplarla, la sombra de un pájaro negro se deslizó sobre ella.

Léonide cerró los ojos.

Estaba en la prisión de la Bastilla. En una de las torres, al parecer.

Le habían quitado la espada, naturalmente. Iba en camisa y calzones, y solo le habían dejado un trozo de pan húmedo y una jarra de agua sucia.

No estaba encadenada, pero se sentía más vulnerable que nunca. Porque sabía que, por una vez, tener agallas no iba a servirle de nada.

Y entonces los recuerdos regresaron de golpe: Valérian sentado a orillas del Sena, Dufort yaciendo en el suelo de su cocina. Las tres flores de lis en las panoplias. El rojo de aquellos uniformes.

Sin pretenderlo, Léonide había terminado enredada en la silenciosa guerra entre Luis XIII y el cardenal Richelieu. Había estado a punto de convertirse en la heroína de Su Majestad, de alcanzar una gloria que ni siquiera había buscado, pero todo había salido mal.

Y lo peor de todo era que también les había fallado a ellos. A las tres personas que más le importaban.

Su maestro estaba muerto. Había dejado a Fifi llorando sola en su casa. Y Valérian...

Valérian ya nunca sabría por qué se había comportado así. Nunca sabría que Léonide había huido de él porque, sencillamente, tenía miedo de admitir que le quería.

Sí, le quería. Le quería prácticamente desde que había visto su retrato, pero se había negado a reconocerlo. Y ahora, sola en aquella celda, lo lamentaba profundamente.

Ojalá hubiese podido volver atrás. Ojalá hubiese podido decirle al chico que ningún beso había sido por diversión, que no se había acostado con él para pasar el rato. Que cada momento que habían vivido juntos, bueno o malo, había valido la pena.

Léonide se tapó la cara con las manos, pero no lloró. No podía compadecerse de sí misma: aunque le hubiese gustado culpar a *le Renard Noir*, al señor Leroy o al cardenal Richelieu de su desgracia, sabía que ella era la única responsable. Por no escuchar. Por no confiar. Por dejarse provocar tan fácilmente.

«No soy la mejor duelista de París», se dijo con amargura. «No soy una maestra de esgrima ni lo seré nunca». Ni siquiera servía para proteger a las personas a las que quería.

Se puso en pie de un salto y golpeó la pared con rabia. Siguió golpeándola hasta que sus nudillos sangraron y su respiración se entrecortó; entonces volvió a dejarse caer y se hizo un ovillo en el suelo.

Era su final. El final de Léonide de La Rochelle.

Y qué final tan triste.

Capítulo 23

En una torre de la Bastilla

Un ruido despertó a Léonide.

Ras, ras, ras. Algo se arrastraba cerca de ella.

Abrió los ojos, pero estaba rodeada de oscuridad. Debía de ser de noche. Miró hacia arriba y vio un jirón de cielo salpicado de estrellas, pero su luz era demasiado tenue como para alumbrar la celda.

Ras, ras, ras. El ruido continuaba.

Entumecida, se incorporó y se puso en guardia mientras buscaba el origen de aquello. Parecía venir de arriba. ¿Y si un pájaro u otro animal se había colado a través de la claraboya?

Todavía mirando hacia arriba, Léonide dio un paso atrás. Su piel estaba erizada, quizá por el frío o por la sensación de peligro inminente.

Por fin, localizó un bulto oscuro que se deslizaba por la pared. Cuando estaba quieto, apenas lo veía, pero era capaz de distinguir sus movimientos.

Desde luego, era demasiado grande como para tratarse de un simple animal nocturno.

Léonide se agachó muy despacio y palpó el suelo en busca de una piedra suelta o alguna otra cosa que pudiese arrojar fácilmente, pero solo encontró puñados de paja empapada. Finalmente, decidió apoderarse de la jarra de agua.

Ras.

Ras.

Ras.

Léonide empezó a jadear. Estaba preparada para los duelos con espada, no para enfrentarse a lo desconocido. Y las tinieblas de la celda eran el escenario perfecto para sus más tenebrosas fantasías.

—¿Quién va? —farfulló por fin.

Aquella negra silueta dejó escapar una exclamación de asombro. Momentos después, Léonide oyó un crujido... y algo cayó pesadamente sobre ella.

La jarra se hizo añicos.

La muchacha gritó y pataleó para quitarse de encima a esa criatura... pero entonces la tocó.

Y se le cortó la respiración de golpe.

—Dios mío... —jadeó.

—Perdona. —La voz de Valérian sacudió todo su cuerpo—. No pretendía...

Pero Léonide nunca supo lo que pretendía Valérian: antes de que pudiese terminar la frase, le abrazó con todas sus fuerzas.

—Estoy delirando, ¿verdad? —murmuró—. No puedes estar aquí realmente. Es imposible.

Oyó que él bufaba:

—¿Tanto te desagrada mi presencia?

Léonide se apartó un poco del chico, pero solo para palpar su rostro. Recorrió la dureza de sus pómulos y la línea de su mandíbula, enterró las manos en su pelo húmedo y, finalmente, le dio un beso suave en la boca.

Y fue como si su corazón volviese a latir. Lenta y dulcemente.

—Retiro lo dicho: eres tú —suspiró—. ¿Qué haces aquí, por el amor de Dios? ¿Cómo has entrado?

—Por la claraboya.

El chico echó la cabeza hacia atrás. Incluso en la negrura, Léonide creyó adivinar una sonrisa satisfecha en sus labios.

—Te dije que podía trepar como un gato.

La joven apenas podía creerlo.

—Los gatos no suben hasta la torre más alta de la Bastilla, Valérian.

—Porque no tienen que sacarte de ningún lío —dijo él con tono de reproche—. He tenido que sobornar a medio París para averiguar en qué celda estabas y el otro medio podría haberme matado al ver que me acercaba a la fachada de la prisión. ¿A quién se le ocurre retar a un duelo a mi padre?

—A una imbécil como yo —replicó Léonide con tono sombrío. Pero entonces se le ocurrió algo—. ¿Cómo sabes que...?

—Fifi —confesó Valérian—. Ella me contó lo que había ocurrido. Lo de Dufort y... todo lo demás.

Léonide sintió el tacto de sus manos envolviéndole la cara.

—Lo siento mucho, Léonide.

Ella cerró los ojos e inspiró profundamente.

—Yo también.

—No, no me has entendido. —Léonide abrió los ojos al notar que Valérian se tensaba—. Lamento profundamente la muerte de tu maestro, pero no te estoy dando mi pésame, sino pidiéndote perdón.

La chica frunció el ceño y trató de distinguir su cara, pero fue en vano.

—¿Por qué? —le preguntó—. ¿Por qué me pides perdón? —Estiró las manos para coger las del joven—. Soy yo quien debería hacerlo. Tendría que haber confiado en ti.

Pero él suspiró:

—No. Hiciste bien en no confiar en mí. Yo... te he estado ocultando algo. Algo importante.

Valérian apretó sus manos.

—Antes de que te cuente la verdad, tienes que jurarme algo.

La muchacha sintió el impulso de retirar sus manos, pero luego cambió de idea.

—¿De qué se trata?

Valérian exhaló un suspiro.

—Puede que me odies después de esto —dijo en voz baja—. Y no te juzgaré por ello. Pero... tienes que jurarme que harás lo que yo te diga. —Léonide percibió su cercanía y se estremeció ligeramente—. He venido a sacarte de aquí; una vez que lo haya hecho, si así lo deseas, desapareceré de tu vida para siempre. Pero antes debemos salir de la Bastilla.

Léonide tragó saliva al escuchar esas palabras.

—¿Por... ahí arriba?

—Sí. Por donde yo he venido.

La joven se dio cuenta de que estaba conteniendo el aliento. Y también suspiró.

—No entiendo nada...

—Júramelo —insistió Valérian—. Júrame que vendrás conmigo a pesar de... todo.

Léonide miró hacia arriba y volvió a ver las lejanas estrellas. Le asustaban las alturas; nunca lo había admitido delante de nadie, ni siquiera de Dufort, pero no le gustaba verse al borde de un abismo. Y ahora... Valérian le hacía

jurar que descendería con él por la fachada de la Bastilla.

Pero no tenía elección. Si se negaba, moriría prisionera o sería ejecutada... y nunca sabría lo que Valérian le había ocultado durante todo ese tiempo.

—Te lo juro —murmuró—. Habla.

Pero Valérian no habló, todavía no: en vez de eso, la besó con cautela.

Empezó siendo un roce delicado, pero Léonide respondió capturando sus labios con avidez. Como si fuese la última vez que lo hacía. Porque había algo en ese beso que le sabía a despedida y no quería aceptarlo.

Ahora que había decidido confiar en Valérian, él admitía haber hecho algo imperdonable. ¿Por qué nunca podían ponerse de acuerdo?, ¿por qué todo tenía que ser tan difícil cuando se trataba de ellos?

—Lé... Léonide —suspiró el chico entre besos ardientes—. Escúchame...

Ella se obligó a apartarse de él.

—Te escucho —jadeó.

Durante unos instantes, en la celda reinó el silencio.

Un silencio que Valérian rompió con su voz dulce y sus verdades afiladas:

—Yo ya lo sabía —confesó—. Sabía que *le Renard Noir* era Dieudonné.

Algo se quebró dentro de Léonide al escuchar aquello.

¿Valérian... *lo sabía?*

Pero ¿cómo?

—Lo supe desde que nos atacó aquella noche —prosiguió él—. Primero le vi en la hostería Bourbon, pero fingí no hacerlo para no tener que saludarle. Supongo que él fue quien nos echó algo en el vino. Y luego, cuando *le Renard Noir* nos atacó... En fin, ¿cómo no iba a reconocer la voz de mi propio hermanastro? En cuanto se dirigió a ti, supe que era él... y fui a avisar a los mosqueteros. Sabía que no iba a matarme; a ti, por el contrario...

No llegó a terminar la frase, pero no era necesario: Léonide ya sabía que *le Renard Noir* quería matarla. Desde el principio.

Y Valérian se lo había impedido.

Pero también le había protegido. Había dejado que sembrara el terror en las calles de París... y que Léonide se enfrentara a él sin conocer su identidad.

Sacudió la cabeza. Se sentía incapaz de pronunciar una sola palabra.

Valérian suspiró:

—Le abordé en el baile y le dije que te dejara en paz. Amenacé con delatarle si no lo hacía y a él no le quedó más remedio que ceder. —Léonide recordó que los había visto discutir acaloradamente; ahora sabía que ella era

el motivo—. Pero entonces Richelieu le dio la orden de asesinar al señor Dufort y tú fuiste en busca de venganza. Así que todas mis mentiras han resultado ser inútiles —concluyó con aire derrotado—: corres más peligro que antes, ya nunca confiarás en mí y es posible que me odies durante el resto de tu vida.

Léonide se quedó callada durante varios minutos. Primero se concentró en el sonido de su respiración; después escuchó atentamente la de Valérian.

Y, por fin, se llevó las manos a la cara.

Durante todo ese tiempo, Valérian había sabido cuál era la identidad de su peor enemigo y le había protegido con su silencio. Mientras Léonide planeaba estrategias para poner fin a sus crímenes, mientras se proponía cuidar de Valérian contraviniendo los deseos de su propio padre... *él sabía toda la verdad.*

No le odiaba. No podía odiarle.

No le odiaba; solo se sentía herida.

Entonces el chico volvió a hablar:

—Yo no sabía que iban a matar a tu maestro. —Al sentir la calidez de su cercanía, Léonide retrocedió—. Puedes creerme o no, pero es la verdad. De haberlo sabido... te lo hubiese dicho.

Volvió a acercarse a ella, y ella volvió a alejarse. Hasta que su espalda chocó contra la pared.

—Léonide, yo nunca quise traicionarte. Canalla o no, Dieudonné sigue siendo mi hermanastro. No quería que le ahorcaran, ¿entiendes?

Mientras pronunciaba esas palabras, arrinconó a Léonide contra la pared y enredó las manos en su pelo. Ella no podía verle la cara, pero notó la caricia de su aliento en la boca y el palpito apresurado de su corazón. Y quiso apartarle, quiso pedirle que se alejara... pero no fue capaz.

Recibió los besos con alivio, como si fuesen lo único que podía curar las heridas que sentía en el alma. Como siempre, él parecía rendido a sus labios.

Pero se equivocaba: Léonide no se sentía traicionada. Para que hubiese habido una traición, tendría que haber esperado algo de Valérian.

Y no esperaba nada. Tenía demasiado miedo como para hacerlo.

Tal vez ese fuera el verdadero problema.

—Protegeste a Dieudonné, pero ahora estás aquí —respondió entre dientes—. Y has sido sincero conmigo, aunque sabes que intentaré por todos los medios que Su Majestad se entere. ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión,

Valérian?

Él no respondió enseguida.

Y, cuando lo hizo, su voz sonó extrañamente dulce:

—No he cambiado de opinión. Tú siempre has sido mi prioridad.

Léonide abrió la boca para rebatir aquello, pero se encontró sin argumentos.

Valérian se había mostrado arrogante con ella... hasta que supo que eso le dolía. Se había burlado de la esgrima... hasta que se dio cuenta de que era importante para Léonide. Le había hecho un retrato y se lo había enseñado para demostrarle que, a su manera, la apreciaba. Se había hecho a un lado al pensar que podía estar interesada en Henriette Belrose. Le había dado a entender que no tendría ningún problema en compartir la cama con ella y luego le había dicho claramente que no podía conformarse con eso. Había intentado protegerla de su propia familia y, al comprender que no era posible, había acudido a ella para confesarle toda la verdad.

Y ahora estaba allí, en la asfixiante torre de la Bastilla, y su única preocupación era ayudarla a escapar.

Claro que no lo había hecho todo bien. Claro que se había mostrado soberbio, infantil y egoísta en varias ocasiones. Pero ¿acaso Léonide no había cometido ningún error? ¿Acaso no había tratado de ignorar sus sentimientos para preservar su corazón y su orgullo?

—Mira, yo no sé cómo sentirme ahora mismo —dijo finalmente—. Se me da mejor actuar que pensar, ¿sabes? —Sí, claro que lo sabía—. Tú mismo dijiste que era fácil conocerme; sin embargo... yo también te he ocultado algo. —Su corazón se aceleró al pronunciar esas palabras—. Es posible que me arrepienta de decírtelo y que tenga que emborracharme unas cuantas veces para superarlo, pero... la verdad es que te quiero, Valérian.

Sus palabras fueron seguidas por un silencio tenso como la cuerda de un arco. Léonide agradeció estar a oscuras para que Valérian no le viese la cara; después se preguntó cómo podía estar agobiada por lo que acababa de decir y no por el hecho de estar encerrada en la dichosa Bastilla. Definitivamente, tenía que revisar sus prioridades.

Pasaron varios segundos hasta que Valérian habló.

Y lo hizo con tono ampuloso:

—Señor De La Rochelle, debo decirles que la vuestra ha sido la peor declaración de amor de la historia.

Léonide le hubiese estrangulado ahí mismo.

—Ojalá ardáis en el Infierno, Valérian Le...

No pudo terminar la frase: tras soltar una breve risa, Valérian agarró su pelo con suavidad y se apoderó de sus labios una vez más.

—Si ardo —suspiró entre beso y beso—, será en vuestra cama, Léonide de La Rochelle.

Ella le rodeó la cintura con los brazos y respondió con la misma fiereza. Pero apenas habían empezado a devorarse el uno al otro cuando el chico se apartó jadeando.

—Hay... que salir... de aquí. —Le puso las manos en los hombros—. Me lo has jurado, ¿recuerdas?

Léonide cerró los ojos y volvió a abrirlos.

—Jesucristo...

—¿Recuerdas las lecciones de esgrima? —preguntó Valérian—. Pues ahora han cambiado las tornas: yo soy el maestro y tú la aprendiz. ¿Harás lo que yo te diga?

Léonide miró hacia arriba y contempló las estrellas azules.

Después puso sus manos sobre las de Valérian.

—Lo haré.

Él presionó suavemente sus dedos. Y, confiado, tiró de ella hacia la pared.

Capítulo 24

En picado

Pasada la medianoche, un manto de nubes grises cubrió París. Sobre las altas torres de la Bastilla, dos figuras se deslizaban, silenciosas, entre las almenas.

La piedra estaba helada; el cuerpo de Léonide, en tensión.

—¿Puedes ver mi pie? —le preguntó Valérian—. Cuando lo levante, apoya el tuyo en el mismo lugar.

Era la primera vez que Léonide le veía tan seguro de sí mismo. Precisamente, cuando ella se sentía más perdida que nunca.

Le siguió hasta el borde de las almenas. Y entonces cometió el error de mirar hacia abajo.

—Dios bendito —jadeó.

Bajo sus pies se extendía un abismo de tejados y sombras. Cualquier tropiezo sería mortal.

Su garganta se cerró.

—No... No puedo hacerlo —dijo con voz entrecortada—. Baja tú.

Valérian la miró en silencio. Seguía cogiéndola de la mano.

—Por supuesto que puedes.

—No lo entiendes —farfulló Léonide—. Yo no soy como tú. Yo...

—Tú estás conmigo —atajó él—. Y yo seré tu fuerza ahora. Como tú fuiste la mía cuando hubo que blandir una espada.

Mientras hablaba, pasó la pierna derecha entre dos almenas y encajó la punta de la bota en una grieta de la pared.

Entonces soltó la mano de Léonide y bajó la otra pierna.

La muchacha sentía como si su cuerpo fuese a deshacerse de un momento a otro.

—No tengas miedo —dijo Valérian. Sus blancas manos estaban sobre la

piedra—. Deja tus pies exactamente donde yo los coloque. Olvida las manos, no son importantes; úsalas solo para acompañar tus movimientos.

—¿Cuántas veces has hecho esto? —susurró Léonide.

Los labios de Valérian se torcieron en una sonrisa irónica.

—¿Bajar por la pared de la Bastilla? A diario. Es uno de mis pasatiempos preferidos.

—Serás...

—Seré tu guía —declaró el chico—. Y tu maestro, Léonide. Sé una buena discípula, ¿quieres?

Su cabeza desapareció en ese instante. Léonide se sentó en el hueco de las almenas... y el miedo le aplastó el vientre.

Cuando descolgó la pierna derecha, el pánico se apoderó de ella.

—No me atrevo.

—Mírame, Léonide.

Obedeció. Los ojos ocres del joven habían adquirido un brillo tierno.

—No dudaste cuando quisiste salvarme de *le Renard Noir*. —Mientras le recordaba aquello, cogió su pie derecho y lo introdujo en la grieta que él mismo había usado como punto de apoyo—. Ni dudaste cuando fuiste a vengar la muerte de tu maestro. Así que no dudes ahora que te necesito más que nunca.

Léonide inspiró profundamente.

—¿Para qué me necesitas?

Pero Valérian no respondió enseguida.

—La otra pierna —ordenó—. Sin miedo.

Léonide puso las manos en la roca y, obediente, bajó la pierna izquierda.

Ahora ya no podía ver al chico.

—¿Para qué te necesito? —repitió él con tono socarrón—. Si tú caes, yo caeré contigo.

La joven se sintió conmovida, pero resopló:

—Eso es bonito, pero no me consuela.

—No es bonito, es literal: si resbalas, caerás sobre mí y los dos nos mataremos. —Valérian soltó una risa que irritó a Léonide—. No tienes elección, Léonide: si quieres que yo sobreviva a esta noche, más te vale hacerme caso y mantener la calma.

—Muy bien —escupió ella.

Se la había jugado. Para variar.

Él seguía como si tal cosa:

—Voy a ir colocando tus pies en lugares seguros. Tú solo tienes que dejarte hacer.

La mano del chico volvió a rodear su tobillo. Y así, poco a poco, los dos fueron descendiendo por la fachada de la prisión.

Las primeras luces del día los sorprendieron cuando aún estaban a quince pies de altura, pero lo peor había pasado. Léonide tenía el cuerpo rígido y apenas sentía las manos, pero se obligaba a seguir los movimientos de Valérian. Hacía horas que ninguno de los dos pronunciaba una sola palabra; Valérian parecía concentrado y Léonide estaba agotada.

Pero, cuando el primer rayo de luz acarició su nuca, no pudo reprimir un suspiro:

—Ya falta poco.

Hablaba para sí misma, no para Valérian. Pero oyó que él emitía un murmullo de asentimiento... que fue interrumpido por un jadeo de espanto.

—¡Valérian! —gritó Léonide.

Quiso sujetarle, pero ya era demasiado tarde.

Un golpe seco rompió la quietud de la madrugada. Y el alma de Léonide pareció hacerse pedazos.

Capítulo 25

El hombre tras la máscara

Léonide se quedó paralizada hasta que oyó la voz de Valérian.

—Léonide...

—Dios mío, gracias —susurró ella.

El chico dejó escapar un gemido ronco, pero se las arregló para seguir hablando:

—No te distraigas ahora... Mira por dónde pisas.

—¿Estás herido? —Léonide crispó las manos sobre la pared—. ¡Dime la verdad!

—¿Cómo quieres que no esté herido? El milagro es que siga vivo —gruñó él—. Diría que me he roto el brazo y duele como un tormento, pero no creo que muera. —Apretó los dientes—. ¡Haz el favor de bajar con cuidado, por lo que más quieras!

Incluso tirado en el suelo, Valérian era capaz de maldecir como un auténtico aristócrata. Léonide pensó que aquello formaba parte de su peculiar fortaleza y eso le dio ánimos para reanudar la marcha.

Minutos después, ya solo le quedaban cinco o seis pies de altura. Un pequeño esfuerzo más y...

—¡Alto! ¿Quién anda ahí?

Léonide miró por encima del hombro y vio que un guardia se acercaba sosteniendo un farol. La luz anaranjada iluminaba su uniforme rojo.

La joven maldijo para sus adentros: aquel era un hombre del cardenal.

—¡Vos! —le espetó a Valérian mientras trataba de iluminarle—. ¿Quién sois y qué estáis haciendo aquí?

El chico estaba sentado en el suelo, con el brazo pegado al cuerpo y el pelo tapándole media cara. Cuando el guardia se dirigió hacia él, hizo una mueca de disgusto.

—Soy Luis XIII de Francia y II de Navarra y estoy contemplando el paisaje —se burló—. ¿A vos qué os parece, patán? Estoy herido.

Su tono imperioso pareció impresionar al guardia, aunque no lo suficiente.

—¿Y cómo habéis resultado herido?

—Un jinete me derribó mientras volvía de la hostería Bourbon. Un jinete que parecía un jenízaro, debo decir, aunque es cierto que el buen vino siempre adormece mis reflejos. —El joven arrugó la nariz—. No me digáis que no sabéis qué es un jenízaro...

Su indignación resultaba tan convincente que, por un momento, Léonide creyó que el guardia iba a disculparse con él.

Pero, finalmente, el hombre reaccionó:

—¿Un jinete os ha derribado y se ha dado a la fuga? —repitió con tono incrédulo—. ¿A estas horas?

Léonide comprendió que no tenía alternativa. Y, haciendo acopio de todas sus fuerzas, saltó.

Cayó sobre el guardia. La fuerza del impacto le vació los pulmones, pero no le impidió lanzarse a por su espada. Si conseguía apoderarse de ella...

—¡Quieto! —gruñó el hombre.

Le golpeó los nudillos justo cuando Léonide estaba a punto de empuñar el arma. Ella maldijo y respondió con un cabezazo; después hizo un segundo intento de quitarle la espada.

Los dos forcejearon durante unos segundos. Entre tanto, el farol cayó al suelo y Valérian se apoderó de él.

Por fin, la mano de Léonide se cerró alrededor de la empuñadura del arma.

—¡Atrás! —rugió.

El guardia, que aún estaba en el suelo, reptó hacia atrás y levantó las manos.

—Atrás —repitió Léonide. Y, sin perderle de vista, se dirigió a Valérian—. ¿Puedes andar?

—Me he roto el brazo. ¿Tú andas con el brazo?

Léonide se contuvo para no poner los ojos en blanco y tiró de él hacia el río.

Mientras se alejaba, oyó los gritos airados del hombre:

—¡A mí la guardia! ¡Hay dos fugitivos peligrosos sueltos por París!

Léonide reprimió un gruñido. Sí, había dos fugitivos peligrosos sueltos por la ciudad: un pintor quisquilloso y una duelista con la cabeza hueca. Si eso

era todo lo que tenía Su Majestad, ya podía hincar la rodilla ante Richelieu.

Valérian y ella llegaron al Jardín de las Tullerías casi sin aliento.

—¿A dónde... vamos? —preguntó el chico mientras se apoyaba en un parterre.

Léonide observó que había palidecido, pero no se lo hizo notar. No quería herir su orgullo, además de su brazo.

—He pensado que estaremos a salvo en casa de Dufort. ¿Serás capaz de llegar hasta allí?

—¿Puedes llevarme en brazos?

—No sin que nos alcancen.

—Entonces, tendré que ser capaz.

Léonide entornó los ojos y le agarró de la barbilla. El amanecer bañaba su cara de luz mortecina.

—A mí no me hables con ese tono —le advirtió.

Pero, al mismo tiempo, bajó la vista hasta sus labios.

Valérian se los humedeció lentamente.

—¿O qué? —la provocó.

En ese instante, oyeron pisadas y se separaron. Léonide se puso en guardia instintivamente.

Un encapuchado se dirigía hacia ellos. Llevaba una espada en la mano, pero caminaba con tranquilidad. Con una tranquilidad que a la joven le pareció insultante.

—Dieudonné —siseó.

Notó que Valérian se alejaba un paso, pero no hizo ningún comentario al respecto. Sus ojos estaban fijos en el enmascarado.

—Podéis mostrar vuestro rostro —le dijo con voz clara—. Ya sabemos quién sois.

Se oyó una risa bajo la tela negra.

—Lástima que no vayáis a vivir para contarlo.

Léonide apretó los dientes. Esta vez no pensaba dejarse vencer.

—¿Por qué lo hicisteis, Dieudonné? —pronunció su nombre como si fuese una blasfemia—. ¿Por qué os dejasteis convertir en la marioneta de vuestro padre y de Richelieu?

Le Renard Noir avanzó hacia ella sin perder la posición de guardia.

—A diferencia de vos, duelista, yo sé cumplir órdenes.

Léonide siguió hablando mientras se preparaba para el primer ataque:

—Así que os habéis dejado utilizar por Richelieu...

—Yo también tenía mis motivos para molestar a Su Majestad. Pero no espero que alguien tan estúpido como vos los comprenda.

—Podéis probar.

—No veo por qué.

Le Renard Noir hizo un ligamento. La muchacha levantó la barbilla y se concentró.

Detuvo el primer ataque directo; después contraatacó, pero no dio en el blanco. Empezó a presionar, como hacía en los duelos, pero su rival no era un gascón de sangre caliente, por lo que la estrategia no surtió efecto.

Retrocedió.

—¿Qué os ha prometido Richelieu? —preguntó para ganar tiempo—. ¿Dinero? ¿Fama? ¿Vuestro padre será el próximo preboste de la ciudad?

Pero *le Renard Noir* no se dejó provocar; en vez de eso, enlazó una marcha y un fondo para atacar a Léonide.

Ella no logró esquivarlo y la punta de la espada se le hundió en el muslo.

Reprimió un grito de dolor. Y entonces se dio cuenta de que había perdido de vista a Valérian.

Su contrincante aprovechó el momento para presionar. Léonide trató de hacer una flecha, pero no calculó bien la distancia y se llevó un segundo tajo en el hombro.

Lanzó un golpe indirecto, pero *le Renard Noir* lo paró y, con un hábil giro de muñeca, le hirió los nudillos.

Tal vez Léonide hubiese dejado caer la espada entonces. O tal vez no. Sea como fuere, nunca lo supo: instantes después, se oyó un golpe seco y su rival se quedó petrificado durante unos segundos.

Luego su cuerpo cayó desmadejado.

Valérian también permanecía inmóvil. Seguía teniendo el brazo derecho pegado al cuerpo; el izquierdo, sin embargo, estaba levantado por encima de su cabeza. Y en él aún sostenía el farol apagado con el que había golpeado a *le Renard Noir*.

—¿Ahora me crees? —murmuró—. Estoy de tu parte.

Léonide no necesitaba ninguna demostración para creerlo, pero asintió de todas maneras.

—Dudo que le hayas matado —dijo con cautela.

Valérian dejó caer el farol y se sentó en el suelo con un gesto de dolor.

—Acabará muerto igualmente —contestó en voz baja—. Ocúpate de él.
Giró la cara. Y Léonide comprendió que tendría que hacerlo sola.

Contempló la silenciosa figura del enmascarado. ¿Eso era todo? ¿Ya había detenido al criminal más peligroso de París? ¿Con la ayuda de un joven estirado y un farol apagado? No se le ocurría un final menos heroico para su aventura... y, sin embargo, se sentía aliviada.

Por fin, se arrodilló frente a *le Renard Noir* y le arrancó la máscara.

Su corazón se aceleró. Y, al mismo tiempo, la ira estrujó su estómago.

—¿Y bien? —preguntó Valérian sin mirarla—. ¿Está muerto?

Pero Léonide no respondió a su pregunta.

—Nos la han jugado —dijo entre dientes.

El chico se giró con aire confundido. Pero ella no podía apartar los ojos de su víctima.

—Este hombre no es Dieudonné —escupió—. El verdadero Dieudonné anda suelto... y nos ha vuelto a engañar.

Capítulo 26

Hierro contra seda

La casa de Dufort se había quedado fría. Ya no había ni rastro del cuerpo de su dueño: alguien (¿Fifi?) se lo había llevado de allí e incluso se había tomado la molestia de limpiar la sangre. Todo parecía tan tranquilo que, mientras encendía el fuego de la cocina, Léonide albergaba la absurda esperanza de ver entrar a su maestro en cualquier momento.

Cuando las llamas empezaron a lamer el hogar, la joven se incorporó de nuevo y se dirigió hacia Valérian, que la esperaba sentado en el banco de la cocina. El chico mantenía el brazo magullado pegado al cuerpo; estaba pálido, pero sereno.

—Voy a entablillarte eso —dijo Léonide—. Un cirujano lo haría mejor que yo, pero me temo que no podemos pasearnos por París esta noche en busca de uno.

No, no podían. Los hombres del cardenal ya iban tras ellos; cuanto más difíciles les pusieran las cosas, mejor.

Pese a todo, Léonide sabía que ese refugio era provisional: tarde o temprano, alguien los buscaría allí. Pero no servía de nada preocuparse antes de tiempo.

—Qué remedio —suspiró Valérian.

—Siento no ser el médico de Luis XIII —bufó Léonide.

—Yo siento no ser Luis XIII —contestó él con una sonrisilla—. Aunque he estado a punto de convencer a ese idiota de que lo era. ¿Le has visto la cara?

—No, estaba demasiado ocupada quitándole la espada.

—Y salvando a tu caballero en apuros.

Léonide exhaló un ostentoso suspiro y se puso manos a la obra. Valérian se quejó menos de lo que esperaba; de hecho, apenas separó los labios en lo que

duró su intervención.

Cuando le hubo vendado el brazo roto, Léonide improvisó un cabestrillo con un pedazo de tela y ordenó al chico que se sentara de nuevo. Después fue a la alacena y cogió un pedazo de pan negro y el vino de Dufort. Sabía que a su maestro no le hubiese importado que agotara sus provisiones.

Pensar en él le provocaba calor y dolor en el pecho, todo a la vez. Se preguntó si, con el tiempo, el dolor iría remitiendo.

Se dejó caer junto a Valérian y entonces se dio cuenta de lo cansada que estaba.

—Recuerdo la última vez que pisé esta casa —comentó el chico mientras ella bebía el primer sorbo de vino—. Tú estabas inconsciente y te trajimos aquí.

Léonide recordó su aparatoso despertar después de la emboscada nocturna e hizo una mueca.

—Mi maestro me dijo que le había costado deshacerse de ti.

—Le faltó echarme aceite hirviendo desde las almenas.

—¿No le gustabas?

El joven se quedó pensativo antes de responder:

—Sospecho que le gustaba más de lo que quería admitir. En verdad —añadió—, diría que lo que no le gustaba era compartirte.

Léonide sonrió, pero Valérian siguió hablando:

—A mí tampoco me gusta, Léonide —dijo en voz baja. Ahora la miraba con seriedad; Léonide contempló su rostro, desde los ojos graves hasta la boca suave, y tuvo que reprimir el impulso de besarle—. Nunca me ha gustado que tocan mis cosas.

Ella alzó las cejas.

—Ah, muy bonito. ¿Ahora soy una de tus cosas?

Valérian soltó una risa clara. Y Léonide se dio cuenta de que la estaba molestando a propósito.

—¿Vas a decirme que arda en el Infierno? —preguntó el joven sin perder la sonrisa—. Ya van tantas veces que el Diablo se ha aprendido mi nombre.

—Al Infierno voy a mandar a Dieudonné —murmuró Léonide con tono sombrío. Y entonces recordó que aún tenían un asunto importante del que hablar—. Valérian, yo... voy a vengar la muerte de mi maestro. Te guste o no. Si no estás de acuerdo...

Hizo un gesto hacia la puerta. Y trató de controlar la expresión de su cara

para no parecer demasiado afectada.

Valérian le había dicho que ella era su prioridad, pero también le había recordado que, bastardo o no, Dieudonné seguía siendo sangre de su sangre. Si escogía a su hermanastro... bueno, Léonide no se lo reprocharía.

Aunque la idea de separarse otra vez de Valérian le partía el corazón.

Mientras el chico la miraba el silencio, Léonide se preguntó por qué esperaba que permaneciese a su lado. Se había jugado la vida por ella, sí, y le había regalado besos y caricias, pero eso era todo. No le había prometido amor eterno.

En realidad, ni siquiera había sido muy claro con respecto a sus propios sentimientos. Léonide le había dicho que estaba enamorada de él; Valérian, en cambio, se había limitado a mofarse de su penosa declaración.

Y ahora, de pronto, Léonide se preguntaba si no habría dado demasiadas cosas por sentadas. Se suponía que uno solo arriesgaba su vida por alguien a quien quería, pero era más fácil tener un momento puntual de valor que permanecer años junto a una persona. Tal vez la primera decisión requiriese más agallas, pero la segunda entrañaba muchos más riesgos.

Uf, qué complicado era todo. Demasiado para alguien como ella.

—Estoy de acuerdo.

La voz de Valérian la arrancó bruscamente de sus pensamientos.

—Dieudonné se lo ha buscado —dijo entonces—. No seré yo quien le lleve a la horca, pero tampoco impediré que se haga justicia.

Léonide le dirigió una mirada cargada de gratitud. Y se puso en pie de nuevo.

—En ese caso, solo puedo darte las gracias.

—¿Ya has terminado de cenar? —preguntó Valérian.

—No puedo perder ni un minuto más.

—Ven aquí y explícame qué quieres decir con eso.

Pero Léonide ya estaba frente a una de las panoplias de Dufort. Extrajo de ella una espada y un florete y los examinó con detenimiento: la espada era sencilla, pero estaba bien acabada y equilibrada; el florete era una pieza única con la empuñadura profusamente decorada.

Tras dudar unos instantes, la muchacha dejó el florete y empuñó la espada.

—¿Léonide? —insistió Valérian. Él también se había levantado de la mesa, aunque mantenía su brazo firmemente pegado a su cuerpo—. ¿Qué haces con eso ahora?

Ella respondió sin mirarle.

—Si nos quedamos aquí, nos encontrarán. Y tengo un criminal al que detener.

—Sí, bueno, eso está muy bien —replicó Valérian—, pero antes deberías descansar.

—Descansaré cuando haya hecho justicia.

—Cuando te hayas cobrado tu venganza, querrás decir.

Ella levantó la vista y le dirigió una mirada desafiante. Pero Valérian insistió:

—¿Nunca has escuchado eso de que la venganza se sirve en un plato frío?

—Yo no tengo tiempo para enfriar nada.

—¿Siempre tienes que ser tan literal? —El chico se acercó a ella y suspiró—. Estás agotada después de pasar la noche encerrada o huyendo. Deja que tu cuerpo se recupere y después haz lo que tengas que hacer.

Léonide arqueó las cejas.

—¿Me estás sugiriendo que me eche a dormir? ¿Ahora, precisamente?

—Ahora, precisamente —replicó Valérian—. Hay unas pieles frente al hogar; ese será un buen sitio.

La chica sacudió la cabeza.

—Si crees que voy a tumbarme en ellas, has perdido el juicio.

Él esbozó una sonrisa torcida y dio un paso atrás.

—Oh, te tumbarás. Ya lo creo que sí.

—¿Quién te has creído que eres, mi amo y señor? —le espetó Léonide. Y miró a Valérian de arriba abajo—. Fuera de mi camino.

—¿O qué? —dijo él mientras seguía alejándose de ella—. ¿Me retarás a un duelo, De La Rochelle?

La espalda del joven chocó contra la puerta cerrada. Y, por fin, Léonide comprendió qué era lo que se proponía.

—No tengo ningún problema en apartarte a golpes, Valérian.

Por toda respuesta, él rio. Y hubo algo en su risa que enfureció a Léonide. Un eco victorioso, tal vez, o una soberbia imposible de pasar por alto.

Soltó la espada de golpe y se acercó a él dando zancadas.

—Eres odioso —dijo mientras le agarraba del hombro sano—. ¿Me oyes? Eres un prepotente y un perdonavidas...

Valérian no se resistió; de hecho, seguía sonriendo. Y ahora sus caras estaban tan cerca que Léonide podía sentir el roce de su aliento en la boca.

Sin pretenderlo, bajó la mano por su brazo en una torpe caricia. Y maldijo su propia debilidad, pero no fue capaz de alejarse del chico.

—Y tú eres una cabezota y una orgullosa —dijo él entonces. Sus palabras eran ácidas, pero le brillaban los ojos—. Demasiado cabezota como para escuchar lo que te dicen y demasiado orgullosa como para admitir que puedo tener razón en algo tan simple como que perderás ese duelo si llegas a él agotada.

Léonide se quedó mirándole con el ceño fruncido, pero no supo qué responder. Oh, ¿por qué Valérian tenía que tener tanta labia? No quería dejar que la llevara a su terreno, pero sonaba tan razonable...

La presión de su mano se aflojó un poco. Y la sonrisa de Valérian se convirtió en una mueca desafiante.

—Dios mío, Léonide, ¿no ibas a apartarme a golpes? —susurró con aparente dulzura—. Por cómo me miras, creo que preferirías tumbarme sobre esas pieles y cubrirme de besos.

Léonide estuvo a punto de atragantarse al escuchar esas palabras. Apretó los puños y abrió la boca para responder, pero volvió a cerrarla al darse cuenta de que no sabía qué decir.

—¿Estás intentando distraerme? —gruñó finalmente—. ¿Es eso?

Valérian echó la cabeza hacia atrás y suspiró lentamente. Léonide observó cómo temblaba su cuello y tuvo que contenerse para no atacarlo; el chico siguió el recorrido de su mirada y se mordió los labios con suavidad.

—Oh, no lo estoy intentando: lo estoy consiguiendo —se jactó—. Vas a llevarme a la cama, Léonide, y los dos los sabemos. Tus vengativos deseos pueden esperar hasta mañana.

Ella entreabrió los labios para coger aire.

—¿Por qué estás tan seguro? —farfulló.

Pero su cuerpo ya había respondido a esas palabras, y de una forma vergonzosa. Podía notar la piel erizada bajo la ropa y el corazón cargado de anhelos.

Por toda respuesta, Valérian empezó a deshacer los lazos de su jubón con una sola mano. Y Léonide se quedó mirando sus blancos dedos con aire derrotado.

—¿Vas a desnudarte?

—No, estoy practicando mi habilidad para deshacer nudos —dijo él con descaro—. ¿Tú qué crees?

Aunque con dificultad, se quitó el jubón y se sacó la camisa por la cabeza. Su cuerpo parecía una estatua de mármol, y Léonide se estremeció al contemplarlo a la luz rojiza del hogar.

Valérian no dejó de observarla mientras se bajaba los calzones, quedando desnudo y expuesto ante ella. Sus mejillas se habían teñido de rojo, pero parecía decidido.

—¿Y bien? —le preguntó con voz ronca—. ¿Vas a ir al encuentro de la muerte o vas a tomarme aquí y ahora?

Sus palabras dieron paso a un silencio expectante.

Luego, por fin, Léonide avanzó.

Puso las manos en las caderas de Valérian y le pegó a su cuerpo. Después empezó a besarle entre gemidos de anhelo. ¿Cómo podía jugar así con ella? ¿Cómo podía doblegar su voluntad tan fácilmente?

¿Acaso su voluntad no estaba tan clara como creía?

En cualquier caso, Léonide comprendió que, como siempre, Valérian estaba luchando con sus propias armas. Besos en vez de gritos. Caricias en vez de golpes.

El hierro corta la seda, pero la seda puede cubrir el filo de una espada y volverla inservible. Y eso era lo que acababa de sucederle a ella.

Tumbó a Valérian sobre aquel lecho rudimentario, sí. Y también se quitó su ropa, prenda por prenda, hasta que sus pieles se rozaron.

Sin telas de por medio. Sin barreras de ningún tipo.

Sin miedo, por fin.

Léonide sujetó la muñeca sana del chico y pegó los labios a su cuello.

—¿Quieres que siga enseñándote? —murmuró contra la piel caliente.

Notó que él se estremecía y tuvo que reprimir una sonrisa.

—Sí.

Por una vez, no hizo ningún comentario sarcástico. Y, alentada por ese arranque de sinceridad, Léonide se colocó a horcajadas sobre él.

El cuerpo de Valérian invadió lentamente el suyo. Y Léonide comprendió, no sin asombro, que algunas derrotas son más dulces que cualquier victoria.

Capítulo 27

La última lección de Dufort

Léonide abrió los ojos cuando apenas había luz en la cocina. Tras unos instantes de confusión, dedujo que habían dormido durante todo el día y estaba atardeciendo.

El fuego se había apagado. Ella aún estaba en el suelo, enredada en las pieles, pero Valérian no se encontraba a su lado.

Se incorporó con sobresalto. Y, durante una fracción de segundo, se le encogió el corazón.

—Buenos días.

La voz del joven le hizo suspirar de alivio. Estaba sentado en el banco y mordisqueaba un trozo de pan negro. Cuando Léonide le miró, cogió otro pedazo y se lo ofreció.

Ella se lo llevó a la boca en silencio.

—Ya es casi de noche —comentó Valérian—. No he vuelto a encender el fuego para que no se vea luz a través de la ventana.

—Bien pensado —murmuró Léonide. Pero luego miró bien al chico y frunció el ceño—. ¿Qué haces vestido?

—Suelo ir vestido —dijo él con un encogimiento de hombros—. ¿Te molesta que lleve ropa encima?

Léonide gruñó algo imposible de descifrar y huyó de la mirada burlona de Valérian. Estaba pensando en lo que habían hecho encima de aquellas pieles... y no podía evitar sentirse ligeramente aturdida.

El joven parecía divertido:

—Sois una fiera, señor De La Rochelle —ronroneó mientras Léonide recuperaba su camisa arrugada y su jubón—. Un par de encuentros como este y no podré volver a andar.

Ella le miró por encima del hombro y enarcó una ceja.

—¿Vas a ponerte imposible cada vez que lo hagamos?

Valérian sonrió ampliamente.

—Eso quiere decir que habrá más veces.

Léonide no respondió, pero disimuló una sonrisa. Una sonrisa que se agrió un poco al recordar lo que le esperaba.

Se había batido en duelo en centenares de ocasiones, sí... pero aquello iba a ser muy diferente.

Iba a vengar a su maestro. O a impartir justicia. O a hacer las dos cosas al mismo tiempo.

Sea como fuere, Dieudonné moriría. Y Léonide sería la responsable.

No era fácil asumirlo, pero echarse atrás ni siquiera era una opción.

—¿Vamos? —preguntó Valérian entonces.

—Tú no vienes.

—Por supuesto que voy.

—Pero...

El chico se impacientó:

—No te estoy ofreciendo mi brazo, sino mi cerebro. ¿Quieres hacer el favor de aceptarlo?

—Bien —cedió Léonide—, acepto tu cerebro. Pero solo si me juras que no te acercarás a ningún arma, y menos si no soy yo quien la empuña.

Valérian torció el gesto.

—Descuida, sabes de sobra que soy un cobarde.

—Para algunas cosas —admitió ella—. Para otras, sin embargo, eres más valiente que yo.

Los dos intercambiaron una larga mirada.

Léonide se tragó un suspiro y fue a coger la espada que había tomado prestada la noche anterior, pero entonces Valérian la detuvo.

—Espera.

Ella le miró con gesto interrogante mientras se dirigía hacia una de las panoplias. Y se dio cuenta de que otra espada había aparecido en el hueco que había dejado libre la de Dufort.

La reconoció al instante: era la espada de Valérian.

—Ahora es tuya —dijo él. Y se la tendió con aire solemne—. Tú la usarás mejor que yo.

Léonide apretó los labios en una sonrisa conmovida. Después empuñó el arma, la sopesó e hizo un par de movimientos en el aire.

—Es fantástica.

Entonces se le ocurrió algo y dejó de sonreír.

—¿Cuándo has ido a buscarla?

—Antes.

—¿Antes? —se impacientó—. ¿Quieres decir que has salido solo?

—No sabía que necesitara una nodriza —respondió él sin inmutarse—. No he vuelto a casa de mi padre, si eso es lo que te preocupa; la espada me la estaba guardando un amigo.

—¿Qué amigo?

—Uno al que conoces de oídas.

Léonide iba a insistir, pero Valérian la interrumpió con un beso.

—Sea lo que sea lo que nos espera ahí fuera —murmuró—, nos espera a los dos.

A la joven se le encogió el estómago al escuchar esas palabras, pero se limitó a asentir. Y decidió dejar las preguntas para más tarde.

Oyeron las campanas de Saint-Germain l'Auxerrois cuando estaban cruzando el Pont Neuf. Léonide contempló el panorama: piedra gris, cielo encapotado, aguas turbias. Un cuervo sobrevolando el campanario de la iglesia.

No parecía la noche más adecuada para confiar en la suerte. Pero no les quedaba otro remedio.

Léonide sintió que se le aceleraba el pulso al ver aparecer los soportales de la Place Dauphine entre la bruma. Y se dijo que no estaba del todo de acuerdo con Valérian: era más fácil vengarse con la sangre caliente. Ahora que el sueño había enfriado su ánimo, comprendía que no era lo mismo matar a un hombre que asesinarlo.

Pero tenía que mantenerse firme.

Se lo debía a su maestro.

Cuando se detuvo frente a la puerta de la casa de Leroy, descubrió algo sorprendente: ya estaba abierta. Inspiró profundamente y dirigió una mirada interrogante a Valérian; él entornó los ojos con aire pensativo.

—¿Puedo aconsejarte algo? —murmuró.

—Dime.

—No hagas ningún ruido. —El joven ladeó el rostro como si él mismo estuviese aguzando el oído—. Sorpréndelos.

Léonide suspiró.

—De acuerdo. Tú espérame aquí.

Se lo dijo con toda la naturalidad que fue capaz de aparentar, como si se despidiese de él para hacer algo muy sencillo. Pensó que Valérian protestaría, pero no lo hizo; sorprendida, aunque aliviada, giró sobre sus talones.

No quería despedirse. Lo último que necesitaba era ponerse sensible con Valérian justo antes de enfrentarse a su peor enemigo; de hecho, solo había permitido le acompañara porque, en el fondo, le necesitaba a su lado. Más de lo que quería admitir.

La casa la recibió con su olor a limón. Sin soltar la espada, Léonide avanzó sigilosamente hacia las escaleras.

No había ni rastro de Poulin.

Algo extraño sucedía, sí. Y se le erizó el vello de la nuca al pensar en ello. Pero no le quedaba más remedio que seguir adelante, y eso fue lo que hizo.

Mientras subía las escaleras, trató de pensar con frialdad. Leroy tenía que saber que había escapado de la Bastilla; después de todo, un guardia había visto cómo Valérian y ella se alejaban de la prisión a toda velocidad.

¿Y si la estaban esperando? ¿Y si todo aquello era una trampa?

Solo había una manera de averiguarlo.

Llegó al pasillo sin que nadie la detuviese. Avanzó con zancadas silenciosas hasta el despacho de Leroy; la llave estaba en la cerradura.

Léonide la hizo girar y empujó la puerta con cautela, como si estuviese haciendo una visita de cortesía, pero enseguida vio que no había nadie dentro. La habitación estaba oscura y silenciosa.

Aquello olía cada vez peor.

En ese momento, oyó una voz conocida a sus espaldas:

—Por lo que veo, mala hierba nunca muere.

Léonide sintió un escalofrío y se dio la vuelta. El habitualmente pulcro señor Leroy se encontraba de pie en mitad del corredor, en camisa y con el pelo suelto. A juzgar por su aspecto, se disponía a acostarse en ese mismo momento.

Echó un vistazo desdenoso a la espada y añadió:

—Tendré que arrancaros de raíz. —Dio un paso atrás y se giró hacia las escaleras—. ¡Dieudonné! ¡Trae tu espada!

Léonide se preparó para un combate... pero entonces sucedió algo.

Primero oyeron pisadas fuertes y apresuradas que venían de abajo.

Después alguien irrumpió en el pasillo.

Léonide ahogó un grito:

—¡Valérian!

El chico estaba lívido, pero mantenía la calma. Había un hombre detrás de él, un hombre que le agarraba del pelo y sostenía un sable bajo su cuello.

Un hombre enmascarado.

—Léonide... —farfulló el chico.

—Soltadle —siseó ella—. Vuestro enemigo soy yo.

Le Renard Noir dejó escapar una risa gutural, pero no hizo ningún movimiento.

Léonide miró a Valérian y sintió que se le encogía el corazón. Si no actuaba rápido, podía salir herido; si lo hacía... podían matarle.

¿Podían matarle?

—Es vuestro hermano —le dijo Léonide. Su voz sonó más débil de lo que le hubiese gustado—. Y vuestro hijo. ¿Por qué le hacéis esto?

Le Renard Noir volvió a reír.

El señor Leroy dejó escapar un bufido desdeñoso:

—¿A qué esperas, Dieudonné? Suelta a ese inútil y ocúpate de nuestro... invitado.

El encapuchado rio por tercera vez.

Luego, por fin, soltó a Valérian.

—Así que soy Dieudonné —dijo una voz grave bajo la tela—. Bien, señor Leroy, esta era la confesión que Su Majestad necesitaba.

Instantes después, *le Renard Noir* se arrancó la capucha... revelando la cara de un hombre del que Léonide había oído hablar mucho últimamente.

—¡Señor de Tréville! —jadeó.

El líder de los mosqueteros alzó sus finas cejas grises.

—Señor Leroy —declaró con elegancia—, quedáis detenido por orden de Su Majestad Luis XIII. —Alzó la voz—. ¡A mí los mosqueteros!

Léonide seguía con la boca abierta. Mientras, Valérian asistía a aquella escena con aire satisfecho.

Pero, cuando ya empezaban a oírse murmullos abajo, alguien llegó corriendo desde el piso superior.

Años después, Léonide seguiría preguntándose qué pensó Dieudonné cuando acudió a la llamada de su padre y se encontró con el señor de Tréville ordenando su detención. Todo cuanto vio ella fue un brillo peligroso en sus ojos verdes; esa mirada de mal perdedor debió servirle como advertencia,

pero estaba demasiado confundida como para pensar con claridad.

Le Renard Noir, el verdadero, había sido burlado usando sus propias armas: máscaras y ardides. Y ahora se veía acorralado... pero seguía teniendo una espada en la mano.

Y se lanzó al ataque. Pero no fue a por Léonide, sino a por el señor de Tréville.

Entonces, por fin, la joven sintió que su alma de duelista salía a la luz. Sus pies danzaron en el aire y su cuerpo cayó limpiamente frente al de Tréville; instantes después, las armas entrechocaron escupiendo una lluvia de chispas rojas.

Para cuando Léonide quiso recuperar la guardia, Dieudonné ya estaba huyendo escaleras abajo.

—¡Deja que se vaya! —le gritó alguien (¿Valérian, tal vez?, ¿o fue el propio señor de Tréville?).

Pero ella no escuchó. Se había cobrado su venganza sin pretenderlo, ayudada por el cerebro de Valérian y la buena disposición del señor de Tréville; sin embargo, París no sería una ciudad segura mientras Dieudonné anduviera suelto.

Y entonces supo cuál era la diferencia entre vengarse o hacer justicia: lo primero se hacía por puro egoísmo; lo segundo, por una causa noble.

Esa había sido la verdadera lección de Dufort. La última que Léonide recibiría de él, pero también la más valiosa.

Así que, cuando Dieudonné echó a correr hacia el Sena, le siguió. Y se juró a sí misma, por Dios y por la memoria de su maestro, no detenerse hasta darle alcance.

Capítulo 28

Duelo en el Pont Neuf

Léonide alcanzó a Dieudonné en el Pont Neuf.

Le dolía el pecho por culpa del esfuerzo, pero no había dejado de correr en ningún momento: sabía que, si perdía de vista a Dieudonné, ya no volvería a encontrarle. Por eso siguió persiguiéndole hasta que él se detuvo para recuperar el aliento.

—De... La... Rochelle... —jadeó desde el pretil, donde se había apoyado para no perder el equilibrio—. Debí mataros... aquella noche...

—Y yo debería mataros ahora —replicó Léonide—. Pero no voy a hacerlo. Yo no asesino a traición; yo me bato en duelo. —Levantó la barbilla y se puso en guardia—. Pero no sufráis, pues jugáis con ventaja: como sucede con todos los villanos, nadie os importa más que vos mismo.

Dieudonné le enseñó los dientes en una mueca. Ya no le parecía el joven elegante al que había visto el primer día en la casa de la Place Dauphine, pero tampoco la sombría amenaza que se había cernido sobre ella durante las últimas semanas.

Ahora solo era un hombre al que habían arrancado su máscara. Asustado de lo que había debajo, tal vez... pero dispuesto a lavar sus pecados con más sangre.

La muchacha sabía que no debía confiarse.

—¿Y a vos? ¿Quién os importa? —pareció burlarse él desde el pretil. Léonide sabía que le estaba dando margen para recuperarse de la carrera, pero se mantuvo impasible—. Ahora que no tenéis a Dufort, solo os quedan esa piojosa y el blandengue de mi hermano. ¿Qué clase de hombre deja que su amante se bata en duelo sin estar presente?

—Uno que conoce las reglas básicas de los duelos. —Léonide empleó un tono soberbio que habría sido la envidia de Valérian—. Mostrad vuestra

espada, ya que no os daré más tregua.

Ella presentó su arma, como correspondía; Dieudonné no lo hizo. Y, cuando creyó que Léonide tenía la guardia baja, atacó.

Ella detuvo el golpe y lanzó un contraataque, pero Dieudonné lo desvió.

Los dos se quedaron quietos durante una fracción de segundo. Una ráfaga de viento enfrió el sudor de Léonide; creyó oír voces al otro lado del puente, pero no les prestó atención.

Aquello no era el Jardín de las Tullerías; no había vegetación ni luna nueva que los protegiese de las miradas indiscretas. Pero Léonide no podía andarse con miramientos: en cuanto vio que Dieudonné blandía su espada, preparó la suya para responder.

Su rival hizo un ligamento y avanzó; Léonide tenía que admitir que era diestro con la espada. Sin embargo, no era lo mismo enfrentarse a *le Renard Noir* que a Dieudonné: el primero era una sombra tenebrosa y el segundo, un joven con delirios de grandeza.

Dieudonné lanzó un golpe indirecto. Léonide volvió a pararlo; después se adelantó.

Por fin, su espada desgarró la manga y la carne de su contrincante, que dejó escapar un alarido, pero se las arregló para contraatacar al mismo tiempo.

Léonide sintió la quemazón de un corte en el costado y perdió el equilibrio. Aunque el Pont Neuf estaba casi a oscuras, pudo ver cómo su sangre salpicaba la piedra y se maldijo.

Dieudonné era realmente hábil con los fondos. Y los fondos eran el punto débil de Léonide.

Entonces creyó oír el eco de una conversación que había tenido lugar en ese mismo puente hacía tiempo:

—¡Abusas de las marchas! ¡Haz algún fondo!

—¡No tengo espacio para hacer un fondo en el pretil!

—¿Es que tienes miedo de acabar en el río?

Léonide sintió que su corazón se desbocaba. Y, apretando los dientes, decidió jugársela.

Se encaramó al pretil de un salto.

Dieudonné soltó una carcajada.

—¿Tan idiota sois, De La Rochelle?

Pero la imitó.

A Léonide le temblaba la mano en la que sostenía la espada. Era la primera vez que se batía en un duelo a muerte, y temía haber agotado su dosis de suerte hasta el momento. Dieudonné fue avanzando y ella retrocediendo; se dijo que, si no era capaz de cambiar las tornas, terminaría cumpliendo su propia predicción y cayendo al Sena.

Dieudonné volvió a reír:

—¿Y vos sois el mejor duelista de París? —se mofó.

Instantes después, hizo una floritura con su espada y Léonide sintió que un dolor agudo le atravesaba el muslo. Y, para su desesperación, tuvo que hincar la rodilla en el pretil.

Dieudonné chasqueó la lengua:

—Ts, ts, ts. Me lo estáis poniendo demasiado fácil, De La Rochelle... — Mientras hablaba, lanzó un tajo horizontal que rajó el hombro derecho de Léonide y le hizo gritar—. ¿Qué os parece si os despedazo y le llevo vuestros restos a mi hermano? Y después os enterraré con el viejo Dufort. Su final fue tan patético como el vuestro...

Léonide sabía que aquello era una provocación. Y, de nuevo, creyó escuchar la voz de Dufort dentro de su cabeza: «*Le has dejado ver cuáles eran tus puntos débiles. Ahora ya sabe cómo hacerte daño*».

Y tuvo una revelación.

Las armas de Dufort eran su brazo, su honor y su sentido de la justicia. Pero no habían bastado para detener a un rastrero asesino.

Sin embargo, Léonide podía hacerlo. Ella no era un mosquetero retirado, sino una duelista.

La mejor duelista de París. Con sus trucos y sus bufonadas, incluso.

Por eso Dufort había confiado en ella. Porque sabía que era capaz de detener a *le Renard Noir*.

Entonces supo lo que tenía que hacer.

Primero cogió aire.

Después le dio la vuelta a la espada.

Y, por fin, golpeó el tobillo de Dieudonné con la empuñadura. Con todas sus fuerzas.

Es curioso cómo la mente es capaz de alterar la realidad en los momentos críticos. Léonide siempre supo que todo había sucedido muy deprisa; sin embargo, a ella le pareció que el tiempo se detenía en ese instante.

Primero el pie de Dieudonné se torció por culpa del impacto.

Después la otra pierna quiso buscar un punto de apoyo, pero solo halló el vacío.

Finalmente, los ojos del joven se abrieron de par en par en un grito silencioso.

Su cuerpo se precipitó al río en medio de un revuelo de tela y maldiciones sin pronunciar. Y, cuando la espuma lo engulló, Léonide se dio cuenta de que ella misma llevaba unos segundos conteniendo la respiración.

Nunca supo cuánto tiempo transcurrió hasta que las voces se acercaron. Alguien gritó su nombre; momentos después, Valérian se abalanzó sobre ella y la besó en la boca con una brusquedad impropia de él.

—Maldita Léonide —jadeaba contra sus labios, que seguía capturando con ansia a pesar de la gente que los rodeaba—. Maldita seas para siempre...

Ella respondió a los besos instintivamente, pero sin ser realmente consciente de lo que estaba ocurriendo.

Solo cuando Valérian se apartó y vio el semblante intrigado del señor de Tréville fue capaz de reaccionar:

—Solo era un hombre —fue lo primero que dijo—. Solo un hombre.

Curiosamente, el señor de Tréville entendió lo que quería darle a entender. Miró hacia abajo, pero ya no había ni rastro de Dieudonné; con un suspiro, el hombre envainó su propia espada.

—Démosle por muerto —gruñó—, y esperemos que lo esté.

Por fin, Léonide se fijó en los hombres que le rodeaban. Todos eran mosqueteros.

Valérian había dejado de besarla, pero seguía pegado a ella. No parecía importarle el hecho de que tuviesen testigos.

—¿Por qué lo has hecho? —insistía el chico. Era la primera vez que Léonide le veía tan nervioso—. ¡Podría haberte matado!

—Solo era un hombre —repitió ella con aire abstraído. Pero, cuando vio que los ojos de Valérian estaban empañados, le puso las manos en la cara—. Oh, Valérian... ¿estabas preocupado por mí?

—No —mintió él.

La muchacha le rozó la mejilla con dulzura.

—Deja de mirarme así o pensaré que estás enamorado de mí.

—Dios bendito —suspiró el chico—, ¿aún dudas que lo esté?

Léonide se dio cuenta de que estaba sonriendo. Pero la voz del señor de Tréville rompió el hechizo:

—El joven Leroy tiene razón, De La Rochelle: vuestra temeridad podría haberos costado muy cara. —El hombre entornó los ojos—. Pero Su Majestad querrá recompensar vuestros servicios.

—Honestamente, señor, no quiero ninguna recompensa —respondió ella. Y luego inclinó la cabeza con aire solemne—. Con el debido respeto.

Tréville esbozó una sonrisa, pero no insistió. Solo dijo:

—Volveremos a vernos. Muy pronto. —Él también se inclinó ligeramente—. Ahora debemos hablar con Su Majestad.

Entonces a Léonide se le ocurrió algo:

—¿No vais a detenerme? —murmuró—. Sabréis que me fugué de la Bastilla hace poco...

Valérian le dirigió una mirada de exasperación, pero el señor de Tréville se limitó a ensanchar su sonrisa.

—No creo que Su Majestad quiera encerrar a su campeón.

—Campeona —puntualizó Valérian.

Todos se giraron para mirarle, pero él mantuvo la cabeza alta.

—Lamento la confusión... —empezó a decir Tréville, pero el chico le interrumpió:

—No ha sido una confusión: Léonide es un campeón y una campeona al mismo tiempo.

El Señor de Tréville abrió la boca para decir algo, pero luego debió de pensárselo mejor, porque volvió a cerrarla y giró sobre sus talones. Y los mosqueteros fueron tras él.

Cuando se quedaron solos, Léonide miró a Valérian con reproche.

—Has sido grosero con el señor de Tréville.

—¿Eso es todo lo que te preocupa ahora mismo? ¿Después de haber vencido al criminal más buscado de París?

—Le he vencido —repitió ella con cierta perplejidad.

Pero no se sentía eufórica, ni siquiera satisfecha. Solo... cansada.

Valérian le dirigió una mirada interrogante, pero ella no sabía cómo explicarle todo lo que llevaba dentro, por lo que se limitó a sacudir la cabeza.

—Vámonos.

—¿A dónde?

Para eso sí que tenía una respuesta:

—A la hostería Bourbon. Un duelo no termina hasta que se celebra como Dios manda.

Entonces se le ocurrió pensar que quizá Valérian no tenía ganas de celebrar la derrota de su hermano bastardo. Pero el joven pronto despejó cualquier duda al respecto:

—Me parece bien. Y esta vez —añadió con un suspiro—, podremos emborracharnos tranquilos.

No era lo más romántico que podía decirle aquella noche, desde luego. Pero a Léonide le bastaba.

Y, mientras los dos se dirigían hacia la Île de la Cité, tuvo la corazonada de que le bastaría durante bastante tiempo. Quizá durante el resto de su vida.

Epílogo

La ciudad de las tres torres

El hierro escupía estrellas incandescentes cada vez que lo golpeaba con el martillo. Estaba sudando, pero no le importaba; sudar formaba parte del oficio de herrero, exactamente igual que acabar sin aliento y con el brazo agarrotado.

Pero el esfuerzo merecía la pena: cuando hundió la espada en el agua para enfriarla, supo que había hecho un buen trabajo. Pronto podría colocarle la empuñadura y exhibirla en la herrería de su padre, cuya reputación había aumentado desde que Léonide se había unido a él.

Por La Rochelle corrían toda clase de rumores sobre el hijo de Absolon (¿o era su hija?): que había sido duelista en París, que había derrotado a un peligroso asesino y que Su Majestad en persona le había invitado a formar parte de los mosqueteros, pero había rehusado amablemente su oferta.

También se decía que era el amante del pintor. Los dos vivían en la misma casa, y los más chismosos aseguraban haber visto cómo se acariciaban discretamente mientras el joven artista pintaba en la playa.

Léonide no confirmaba ni desmentía nada de aquello: se limitaba a hacer su trabajo y luego acudía al encuentro de su supuesto amante. Día tras día. Fielmente.

Se lavó la cara y las manos antes de salir de la herrería. Fuera hacía fresco, pero había pasado tanto calor junto a la forja que ni siquiera se puso la capa; prefirió dejar que el aire enfriara su cuerpo poco a poco.

Encaminó sus pasos hacia la playa y se detuvo al borde de la arena. Más adelante, casi a orillas del agua, había una esbelta figura inclinada sobre un caballete.

Léonide se acercó lentamente y contempló a Valérian en silencio. La brisa le había arrancado la cinta con la que sujetaba su pelo y tenía un pincel entre

los dientes; en esos momentos, mientras fruncía el ceño para examinar su obra con aire crítico, la muchacha era consciente de lo mucho que le quería.

Y de lo mucho que se alegraba de haber dejado atrás el París de la sangre y los complots, el de los duelos y las traiciones, el de Luis XIII y Richelieu.

Claro que no todas las intrigas de la capital le habían perjudicado. La última de todas, la que había unido los esfuerzos de Valérian Leroy, Fifi Lachance y el señor de Tréville para detener a Dieudonné, le había salvado la vida.

¡Qué asombrosa alianza! Cada vez que Valérian le contaba cómo habían planeado hacer que el señor de Tréville obtuviera la confesión de Leroy haciéndose pasar por el mismísimo *le Renard Noir*, Léonide se sentía admirada y molesta a partes iguales: admirada porque dos personas tan diferentes como Valérian y Fifi habían sido capaces de persuadir al señor de Tréville para que se prestara a colaborar; molesta porque, mientras tanto, ella estaba durmiendo en casa de Dufort. Pero, tal y como solía recordarle Fifi, «el señor Dufort no la quería por su ingenio, sino por la fuerza de su brazo y la grandeza de su corazón».

Léonide echaba de menos a Fifi, pero le quedaba el consuelo de saber que estaba haciendo de las suyas por las calles de París. En cuanto a Dufort, trataba de hacerle seguir viviendo en su memoria.

La muchacha hablaba de su maestro a menudo; sobre todo, cuando bebía. Narraba su pasado heroico, recordaba sus lecciones de vida y celebraba que hubiese muerto como deseaba: luchando con honor.

No mencionaba algunas cosas, como que había querido raptar a un joven el día de su boda y luego le había servido con lealtad durante años, ni tampoco lo que le enorgullecía estar entre los amigos de una duelista que no usaba la cabeza. Esa parte del señor Dufort formaba parte de la amistad que habían compartido, y Léonide se la llevaría a la tumba.

Pero la muerte rara vez aparecía en sus pensamientos. En La Rochelle tenía a sus bondadosos padres, que habían escuchado su historia perplejos, pero la habían acogido con los brazos abiertos; tenía a Valérian, que no había puesto reparos a la hora de vender la casa de la Place Dauphine para comprar la que ahora compartían en la ciudad de las tres torres; y, por encima de todo, tenía la vida que había escogido.

Valérian escupió el pincel. Léonide ya no pudo contenerse y le abrazó por detrás; él se puso tenso durante unos instantes, pero luego se relajó. Con el

tiempo, se había acostumbrado a sus arrebatos de cariño.

No se habían casado; tampoco eran amantes. Eran mucho más que todo eso, y lo demostraban cada noche, cuando se encontraban en el mismo lecho para dormir, conversar o arrancarse la ropa el uno al otro.

—¿Prefieres que la próxima vez te pinte como un hombre o como una mujer? —murmuró él sin dejar de mirar el cuadro.

—Píntame como quieras, me basta con que pienses en mí.

Valérian suspiró al escuchar aquello. Léonide no podía ver su cara de satisfacción desde donde estaba, pero podía imaginársela.

Y también sonrió.

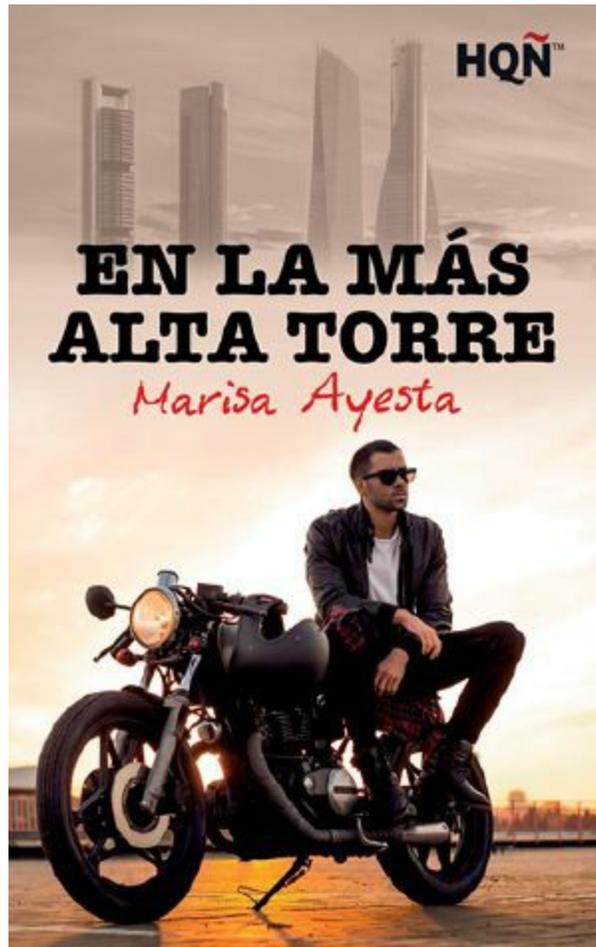
—La mejor duelista de París y el mejor pintor de La Rochelle —declaró—. ¿Eso es lo que somos, Valérian?

—No lo sé. —Él se giró para contemplarla. Sus ojos brillaban con dulzura—. Solo sé que somos felices.

Le dio un beso delicado. Ella respondió con otro feroz.

Y, una vez más, se dijo que se había ganado aquella felicidad con sus propias armas. Merecidamente.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com



HQN™

LA
MÁSCARA
del
TRAIDOR

Amber Lake
Ganadora del VI Premio HQN Digital

La máscara del traidor (Ganadora VI Premio Internacional HQÑ)

Lake, Amber

9788491881926

493 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Novela ganadora del VI Premio Internacional HQÑ Amor y traiciones en los turbulentos años de la Guerra de Independencia española. Eugenia Madrigal, hija del marqués de Aroche, regresa a Sevilla tras pasar unos meses en Madrid, donde su padre ha intentado conseguirle un esposo acaudalado que resuelva sus problemas económicos. Se reencuentra con Rafael Tablada, burgués enriquecido por el comercio y que se ha convertido en un paria en una sociedad dominada por los aristócratas. Son momentos convulsos. El levantamiento del pueblo madrileño el 2 de mayo contra los invasores franceses y la posterior renuncia de los Borbones al trono de España a favor de Napoleón son la mecha que enciende la sublevación de los españoles contra el destino que les han trazado. En este violento escenario se desarrolla la historia de amor entre Eugenia y Rafael. La oposición del padre de ella, que guarda un secreto odio hacia los Tablada, y las circunstancias por las que el país atraviesa ponen trabas a esa unión, debiendo luchar ambos para conseguir que su amor venza a la adversidad.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



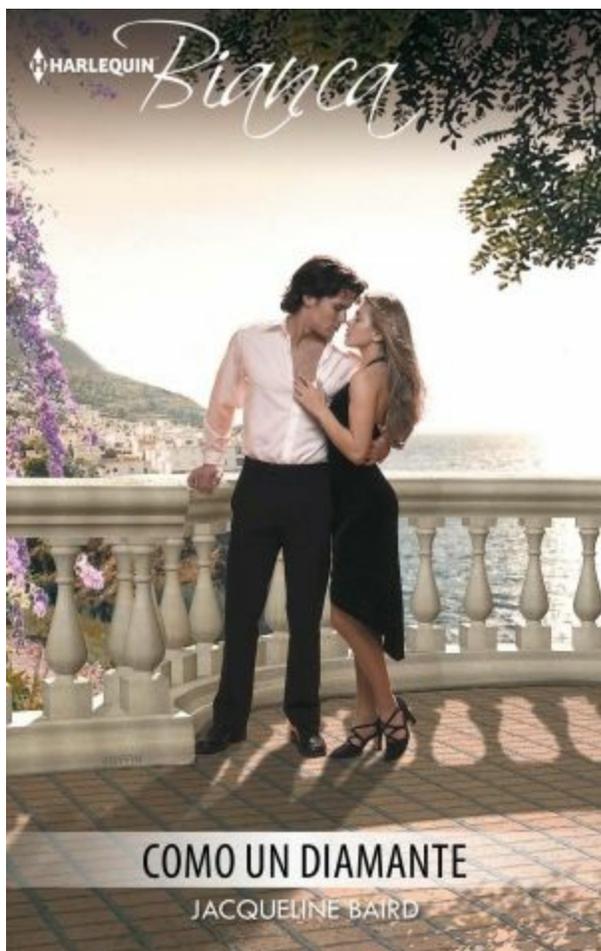
Deseos ocultos del conde

Heath, Lorraine
9788491707929
384 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Una noche de verano, años atrás, Edward Alcott había cedido a la tentación de besar a lady Julia Kenney en un jardín oscuro. Después de que la dama se hubiera casado con el hermano gemelo de Edward, el conde de Greyling, esa pasión que ella había despertado en él debía permanecer entre las sombras del jardín. Sin embargo, cuando la tragedia les golpeó con fuerza, y para honrar el juramento hecho a su hermano moribundo, Edward debía fingir ser Greyling hasta que la condesa diera a luz a su bebé. Tras el regreso de su esposo, después de un viaje de dos meses de duración, Julia lo encontró cambiado. Más descarado, audaz, y mucho más travieso, aunque limitara sus encuentros a unos simples besos. Cada día que pasaba, ella se sentía más enamorada de él. Para Edward, los rescoldos del deseo, que habían prendido aquella noche de hacía tantos años, recobraron vida con suma rapidez. Se moría por ser su esposo en toda su plenitud. Pero, si ella descubriera el engaño, lo despreciaría, y las leyes inglesas le impedían casarse con la viuda de su hermano. Aun así, sabía que debía arriesgarlo todo y revelar sus secretos si quería optar a recibirlo todo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



COMO UN DIAMANTE

JACQUELINE BAIRD

Como un diamante

Baird, Jacqueline

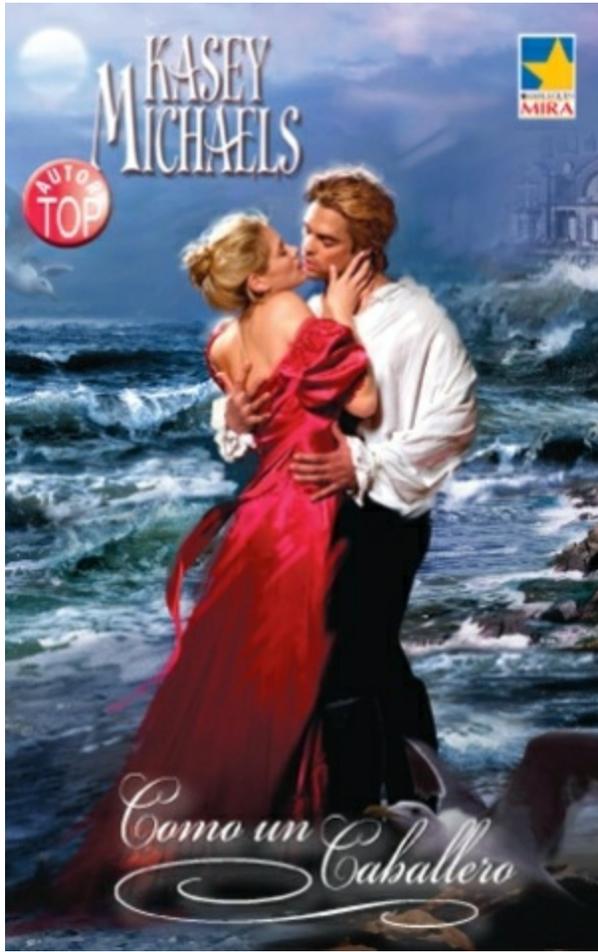
9788491882039

160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Tenía licencia para emocionar. Al darse cuenta de que la bella Liza Summers trabajaba para el principal sospechoso de un caso de robo de diamantes, Nick Menéndez decidió encargarse del asunto personalmente y proteger a Liza. Pensó que la manera más sencilla de descubrir la verdad y proteger a aquella encantadora mujer era llevársela a la cama.... e intentar que se quedara allí hasta saber si estaba implicada en el caso.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Como un caballero

Michaels, Kasey

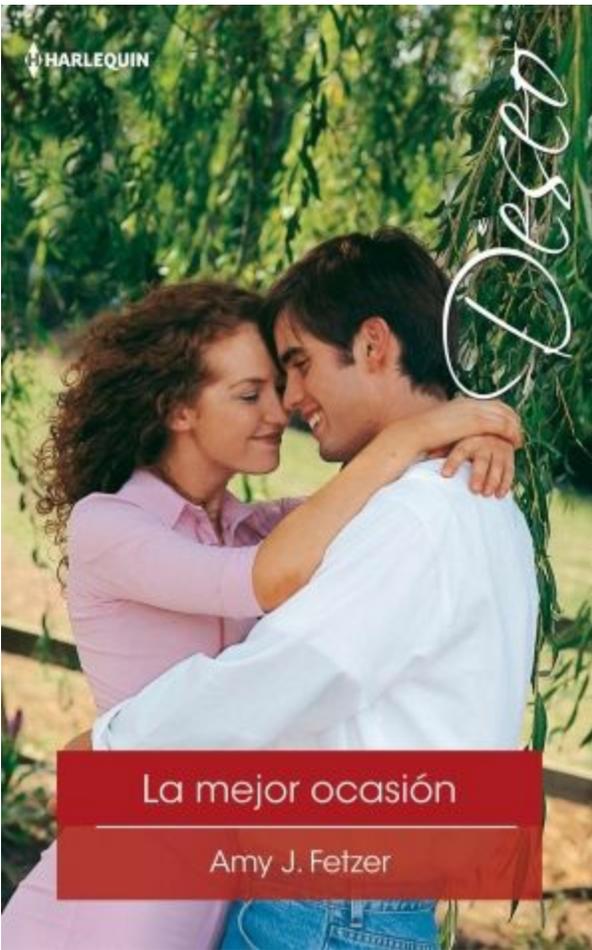
9788468716749

352 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Chance Becket llevaba sus treinta años de existencia tratando de olvidar. Para ello había ocultado su desagradable juventud casándose con una dama y consiguiendo un prestigioso empleo en el Ministerio de la Guerra. Pero ahora el viudo tendría que enfrentarse al pasado y volver a la costa de Romney Marsh... donde continuaban vivos los fantasmas de su infancia. Julia Carruthers estaba encantada de ser la nueva institutriz de la hija de Chance y escapar así de Londres. Pero la emoción del viaje hasta la misteriosa casa de su jefe no era nada comparada con la atracción que surgió inmediatamente entre ellos. Entonces Julia oyó algo que no debía haber oído, y comenzó a preguntarse si el repentino interés de Chance hacia ella no estaría motivado por la necesidad de proteger los secretos de su familia...

[Cómpralo y empieza a leer](#)



HARLEQUIN

Deseo

La mejor ocasión

Amy J. Fetzer

La mejor ocasión

J. Fetzer, Amy
9788491882152
160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Ángela Justice, soltera y sin compromiso, sentía un poderoso e instintivo deseo de ser madre. Pero su mejor amigo, el doctor Lucas Ryder, no dejó entrar a su preciosa amiga al banco de esperma. Para él, algunas cosas había que conseguirlas a través de la pasión. Ante sus caricias, el cuerpo de Ángela respondió con deseo, y él recorrió cada centímetro de su piel, dejándola colmada, feliz y embarazada. Aunque Ángela amaba a Lucas con una intensidad que la desconcertaba, se juró a sí misma que no creería en sus promesas de amor hasta que sintiese en el fondo de su alma que eran verdaderas y eternas.

[Cómpralo y empieza a leer](#)